

---

# MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: EL PADRENUESTRO

---

Ponente: Gerald Procee PhD

14 LECCIONES



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto John Knox de Educación Superior**

*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

Rev. Gerald Process es pastor del Evangelio en la iglesia Christelijke Gereformeerde de Middelharnis, en Holanda.

# *Módulo*

---

## **EL PADRE NUESTRO**

Presentado en 14 Lecciones y llamado:  
**LA BELLEZA DE LA ORACIÓN**

*Dr. Gerald R. Procee*

1. Introducción: Fundamento Bíblico y Bosquejo del Curso . . . . .	1
2. Padre Nuestro Que Estas en Los Cielos . . . . .	6
3. Santificado Sea Tu Nombre . . . . .	11
4. Venga Tu Reino . . . . .	17
5. Hágase Tu Voluntad, Como en El Cielo, así También en La Tierra. . . . .	22
6. El Pan Nuestro de Cada Día Dánoslo Hoy. . . . .	27
7. Perdonanos Nuestras Deudas Como También Nosotros Perdonamos a Nuestros Deudores . . . . .	32
8. No Nos Metas en Tentación, Más Libranos del Mal. . . . .	37
9. Porque Tuyo es El Reino, y El Poder, y La Gloria . . . . .	42
10. Amén. . . . .	47
11. Cuestiones Practicas Sobre La Oración . . . . .	52
12. La Vida de Oración de Los Pastores . . . . .	56
13. Dificultades en La Oración . . . . .	61
14. Bendiciones de La Oración . . . . .	66

# *Lección 1*

---

## **INTRODUCCIÓN: FUNDAMENTO BÍBLICO Y BOSQUEJO DEL CURSO**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 1**

Bienvenido a la serie sobre la belleza de la oración. En estas 14 lecciones, meditaremos acerca de varios aspectos de la oración. Esperamos que sean de bendición para ti y te invitamos a recorrerlas. En esta primera lección, haremos una introducción y consideraremos el fundamento bíblico de la oración. Además, trazaremos un esquema de las próximas lecciones.

La oración, es un tema muy glorioso, muy dulce y de mucha bendición. Es algo muy emocionante, porque a través de la oración puedes hablar con Dios, y Dios te invita a hablar con Él. Dios está en el cielo y aun así, puede estar muy cerca de una persona. La Biblia nos enseña que es posible establecer una comunión viva entre el Dios Todopoderoso y Eterno y un ser humano débil y eso ocurre a través de la oración. Es un milagro que el Dios eterno que mora en luz inaccesible, que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra, que es santo, majestuoso, todopoderoso, glorioso y que no necesita de nadie; esté dispuesto a entrar en una comunión viva con un hombre mortal y corrupto.

¿Quién de nosotros tiene acceso a un rey? ¿Quién de nosotros puede hablar con un presidente? Sin embargo, es posible para nosotros hablar con el Rey de reyes y el Señor de señores. Esto es un milagro y un privilegio enorme; es gracia. Porque, ¿Quiénes somos? Somos criaturas caídas. Nos rebelamos contra en el Paraíso. Hemos pecado contra Dios al transgredir todos Sus mandamientos y por lo tanto, merecemos ser echados en la oscuridad para siempre. Sin embargo, vemos el milagro de la gracia de Dios cuando Juan nos dice en el capítulo tres, versículo 16 de su evangelio: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

“Vida eterna”, ¿Qué significa eso realmente? Significa que conoces a Dios, que lo amas y que vives con Él. La vida eterna comienza aquí en la tierra. Aquí, en esta vida, las personas aprenden a creer en el Señor Jesucristo. El Espíritu Santo de Dios los llena, y comienzan a vivir para y con el Señor Jesús. Caminan en una vida nueva y piadosa con el Señor. En esta vida, una persona experimenta paz mental.

De ese modo, una persona es librada de preocupaciones y puede descansar en el brazo Todopoderoso de su Amado. Descansa en el Dios Todopoderoso. Dios se ha convertido en su Pastor, y no tendrá necesidades. Esa persona puede descansar y confiar en el cuidado amoroso de Dios. Es comprado por el Señor Jesucristo a través de Su sangre, es morada del Espíritu Santo. El cielo es su hogar. Pero mientras está en la tierra, está llamado a

escuchar la Palabra de Dios y a ser guiado por ella y por el Espíritu Santo de Dios. Y está llamado a vivir en comunión con Dios; lo cual, consiste en una vida de oración.

No obstante, muy a menudo los hijos de Dios son tentados a descuidar la oración personal y a comenzar a centrarse demasiado en esta vida y en sus dificultades. De igual forma, a veces los hijos de Dios pueden parecerse a una oruga que se arrastra sobre el polvo de la tierra, cuando están llamados a ser como una mariposa que vuela hacia el cielo y se regocija en la luz del sol y en la belleza de la naturaleza. Así que, un hijo de Dios está llamado a volar hacia el Señor en oración, para ver y disfrutar de la belleza que Dios tiene y que Dios da. Es pura gracia que podamos invocar a Dios. Es un milagro que se registra en Isaías 57, versículo 15, que el Señor Dios mora en las alturas y aun así baja su mirada a los pobres y necesitados que tiemblan ante Su Palabra.

En la oración, un ser humano débil puede conectarse con el Dios Todopoderoso, grande y glorioso y experimentar una relación personal con Él a través de la obra de Su Espíritu Santo. Así que, cuando el Espíritu de Dios nos guía en una vida de comunión con el Señor, nos enseña varias lecciones. Una de las primeras lecciones que el Espíritu de Dios enseña a un pecador es la de tener un profundo temor y reverencia por el Señor. De esta manera, esa persona recibe una impresión de la gloria y la majestad de Dios y se da cuenta de que Dios debe recibir gloria, alabanza y adoración. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, una vez que ha iluminado sus ojos, hace que esa persona se vea a sí misma como un ser humano débil y pecaminoso. Lleno de corrupción. Luego, este pecador corrompido se inclina en adoración ante este Dios altísimo. Consiguientemente, suplica ser limpiado y lavado en la sangre de Cristo y más allá de eso, el ser guiado por el Espíritu Santo de Dios en una vida de dedicación y devoción a este Dios glorioso y bueno.

De esta forma, puede experimentarse lo que el Rey Salomón pidió en 1ª Reyes, versículo 23: “Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti con todo su corazón”. De esta manera, una persona aprende a adorar a Dios por quién Él es, no tanto por lo que Él da.

La adoración es la forma más elevada oración. Esta llegará a su máxima expresión en la gloria, en el cielo. Allí, el Señor recibirá toda la alabanza y la adoración, pero aquí en la tierra, la oración y las súplicas son la clave para acceder al depósito de Dios, porque Dios puede dar mucho más de lo que esperamos. Él puede hacer milagros. Es posible renovar las fuerzas y secar las lágrimas. En la oración, se pelean y se ganan las batallas. Se producen conflictos y la voluntad del Señor puede verse claramente. A través de la oración, las personas reciben sabiduría para saber qué hacer en medio de decisiones difíciles y problemas de la vida diaria. Es a través de la oración que recibes luz para atravesar cierto camino que tienes que recorrer en la vida. Es a través de la oración que recibes amor y gozo en el Señor, y una esperanza bien fundamentada.

Entonces, la tarea principal de un hijo de Dios en esta vida es orar. La oración es la ocupación de un cristiano. Eso es lo que enseñó el reformador alemán, Martin Lutero, que al igual que un zapatero repara zapatos y al igual que un sastre arregla la ropa, un cristiano ora. Ese es su negocio. El Señor renueva a los pecadores y estos se convierten en profetas, reyes y sacerdotes. Un hijo de Dios se convierte en rey porque lucha valientemente contra el Diablo y el pecado, y posteriormente reinará con Cristo en gloria. Los hijos de Dios también se convierten en profetas a medida que entienden la Palabra de Dios, y la proclaman. Como testigos del Señor Jesús, también se convierten en sacerdotes porque se entregan como sacrificio vivo al Señor, toda su vida está dedicada al Señor, y se entregan a la oración.

Así que, podemos decir que la vida de un cristiano se caracteriza por la oración. Sin la oración verdadera, no hay vida espiritual. Una recitar formalmente algunas palabras sin pensar, no es realmente oración. Cuando la oración es solo algo formal, o cuando se carece de ella, se evidencia la ausencia de una vida espiritual. Cuando en una persona no hay anhelos por el Señor, ni por la gracia de Dios, cuando la sed por el Señor está ausente y no existe en ella la necesidad de confesar el pecado ni el deseo de adorar y alabar a Dios, puedes concluir que esa persona no es cristiana, y que su falta de oración así lo demuestra.

En las Escrituras, encontramos que los hijos de Dios eran hombres y mujeres de oración. Leemos cómo Abraham oró, cómo Job oró por sus amigos, cómo Moisés intercedió por el pueblo y pueden darse muchos más ejemplos. La iglesia primitiva se dedicaba a la oración. Cuando Pedro se encontraba en prisión, la iglesia en Jerusalén oraba por él continuamente. Vemos que Isaac salía al campo a orar. Daniel oraba tres veces al día con las ventanas abiertas hacia Jerusalén. David se levantaba en medio de la noche para adorar al Señor. Pablo y Silas

adoraban y alababan al Señor incluso mientras se encontraban encarcelados y con sus espaldas ensangrentadas de los terribles azotes por los que habían pasado.

Incluso el Señor Jesús se caracterizó por la oración, no teniendo pecado que confesar y teniendo todo el poder. Podía dar órdenes a los espíritus malignos. Le ordenó al viento y a las olas y estos lo obedecían. Podía librar a las personas de todas sus enfermedades. Era todopoderoso y, sin embargo, necesitaba la oración. Necesitaba retirarse de la atmósfera pecaminosa de este mundo y buscar la comunión con su Padre en oración. Así que, encuentras varias veces en los evangelios, y esperamos verlo más adelante en estas lecciones, cómo el Señor Jesús se apartaba para orar a solas.

Los siervos más eminentes de Dios fueron sobre todo, hombres y mujeres de oración. Es en la oración que se experimenta la debilidad propia. Cuando se está solo ante Dios y se derrama el corazón delante del Señor, se da cuenta de que se necesita la ayuda de Dios. En la oración, un pecador descubre su propia miseria y esta consiste en que por naturaleza hemos perdido el contacto con Dios. Nos amamos a nosotros mismos en lugar de amar a Dios. Esa es nuestra miseria y eso es lo que el Señor te revela.

Durante tu oración personal, comienzas a descubrir quién eres realmente y así, te humillas a ti mismo. Aborreces tus inclinaciones pecaminosas. Te quejas de tus pecados personales. No lo haces tanto delante de la gente, pero lo haces especialmente delante de Dios. De esa manera, nuestra comunión con el Señor se nutre, el amor de Dios es derramado en el corazón y se demuestra que la sangre de Cristo es efectiva para propiciar una comunión viva con Dios.

Es en esa postura de oración personal en la que se aprende a regocijarse en Dios. Existe un amor profundo hacia Dios que fluye desde el corazón. Así es como nos enseña el Espíritu de Dios. Luego, el lugar en el que oras se convierte en un lugar sagrado. Donde te encuentres a solas con Dios se convierte en un lugar preciado para ti. Es allí donde las compuertas del cielo se abren y el Señor desciende, y aprendes a regocijarte en la gracia salvadora del Señor Jesucristo. Es allí donde anticipas la futura vida gloriosa con Dios. Allí te das cuenta de que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”, Romanos ocho, versículo 28. Esto es algo glorioso y muy dulce que esperamos estudiar en las próximas lecciones.

Hay mucho que decir sobre el tema de la oración y debemos limitarnos. Pero, para empezar, digamos que nada es tan estimulante para el bienestar espiritual personal como una vida de oración. Es el latido de la vida de fe y lo que la hace tan valiosa. En la oración, eres guiado por el Espíritu de Dios y en el cielo el Señor Jesús ora junto contigo, llevando tus oraciones a Dios.

El Señor nos da gran ánimo para orar. Dios escucha la oración. Mira lo que el Señor dice en Mateo 6, versículo 6: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”. Más adelante en Mateo siete versículos del siete al 11, leemos estas palabras de ánimo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”.

El Señor Jesús animó a Sus discípulos en Juan 14, versículos 13 y 14: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”. Y en el siguiente capítulo, Juan 15, versículo siete: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. El apóstol Pablo anima al pueblo de Dios a orar sin cesar (1ª de Tesalonicenses 5:17). Y Santiago nos alienta en Santiago 1, versículo cinco: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”.

Entonces, allí puedes ver cómo el Señor nos anima a esperar todo lo que necesitamos, y que incluso puede obrar antes de que lo pidamos. Isaías 65, versículo 24: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído”. Muchas angustias y problemas en la vida pueden estar relacionados con la falta de oración. El descuido de la oración conduce a tener iglesias tibias, y cuando aquellos que llevan el nombre de Dios son cautivos de los placeres del mundo, por los deseos de la carne y la vanagloria de la vida, entonces la oración es descuidada y el resultado es miseria y la angustia.

Así es como el rey Ezequías evaluó el entorno espiritual del pueblo de Judá en 2ª de Crónicas 29 versículos seis y ocho: “Porque nuestros padres se han rebelado, y han hecho lo malo ante los ojos de Jehová nuestro Dios; porque le dejaron, y apartaron sus rostros del tabernáculo de Jehová, y le volvieron las espaldas. Por tanto, la ira de Jehová ha venido sobre Judá y Jerusalén, y los ha entregado a turbación, a execración y a escarnio, como veis

vosotros con vuestros ojos”. Todo esto se debe al abandono de la oración y al abandono de la búsqueda de Dios. Por esto vienen las miserias, porque nos separamos de la fuente de toda bendición.

La oración es un medio para recibir gracia, pero la oración también es un objetivo. Cultivar la oración debería ser el objetivo del pueblo de Dios durante su vida en la tierra, lo cual quiere decir que deberían llevar una vida de oración. Tener fe significa confiar y esperar en el Dios vivo. La fe es el medio por el cual la oración asciende al cielo. Romanos diez, versículo 14 dice: ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?”. Así que, la fe es necesaria, y es a través de esta fe que Dios es glorificado. Cuando Dios el Espíritu Santo abre los labios de los pecadores y enseña a orar a los que antes callaban delante de Dios, Dios se lleva la gloria. Es algo muy vivificante y estimulante para la vida espiritual.

Así que, el Señor Jesús ha dado instrucciones elaboradas para la oración. Especialmente después de que los discípulos vinieron a Él y escucharon cómo oraba con tanta dulzura y belleza, le preguntaron: “Enséñanos a orar”. Los discípulos nunca habían escuchado a nadie orar así. Estaban acostumbrados a las oraciones formales de los fariseos y las oraciones hipócritas. Pero la forma en la que el Señor Jesús oraba era dulce, amorosa y familiar. Conmovidos por esto, pidieron al Señor Jesús que los enseñara a orar, por lo cual el Señor Jesús les dio un modelo para orar. Esto es, el Padrenuestro.

Leemos en Mateo seis: “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (versículos 9–13). Esto es a lo que llamamos el Padrenuestro, pero no se nos da necesariamente como un modelo de oración que simplemente debemos copiar y recitar. Más bien, se nos da como un formato para orar y como un modelo para la oración. En realidad, lo que encontramos es un plan equilibrado para poder organizar nuestras oraciones personales.

Entonces, en esta serie de lecciones, esperamos considerar los distintos componentes de esta oración y de este modelo de cómo orar. Vemos la referencia a Dios como Padre celestial, eso se nos da para estimularnos a la actitud correcta en la oración: una reverencia y expectación como la de un niño. Decir Padre habla de amor, y Él está en el cielo. Él es todopoderoso. Luego, en este modelo vemos las tres primeras peticiones, y todas comienzan con “Tu”. Están enfocadas en Dios. Dios es el enfoque: el nombre de Dios, el reino de Dios y la voluntad de Dios.

Así que, al decir del reino de Dios: “Venga a nosotros tu reino”, nos referimos a la preservación y al aumento de la iglesia y a la destrucción de todo lo que se oponga al reino de Dios y al avance del dominio de Cristo en cada esfera de la vida. Entonces, en esta oración, el enfoque está primero en el nombre de Dios: “Santificado sea tu nombre”. Dios debe recibir toda la gloria; y luego: “Venga a nosotros tu reino”, la extensión de Tu reino, para que la iglesia crezca y prospere aquí en la tierra, y luego: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, esta es una petición para que las personas aprendan a hacer la voluntad del Señor, que aprendan a negarse a sí mismos, a tomar a sus cruces y a seguir al Señor Jesús, haciendo Su voluntad.

Luego, el Señor Jesús nos enseña que podemos pedir a Dios nuestro pan de cada día y pedir por nuestras necesidades diarias. Podemos dejar estas necesidades delante el Señor, conscientes de que Él será la fuente continua de toda provisión y de que debemos estar contentos y tener una actitud de confianza. De esta manera, el Señor Jesús también nos enseña a pedir perdón por todos nuestros pecados, pues debemos confesar nuestros pecados diarios delante del Señor. Y luego, puesto que Dios perdona nuestros pecados, el Señor Jesús nos muestra que también debemos estar dispuestos a perdonar los pecados de los demás. Si no podemos o no estamos dispuestos a perdonar la pequeña deuda que los demás tienen con nosotros, entonces Dios no nos perdonara nuestra gran deuda.

Los hijos de Dios todavía viven aquí, en este mundo lleno de tentación, y tienen corazones que se inclinan a la maldad. El diablo ataca a los hijos de Dios y por lo tanto, debemos orar diariamente que no caigamos en tentación, sino que seamos liberados del poder del diablo. Así que, dependemos de la protección de Dios y de que no nos deje caer en tentación. Luego, el Señor Jesús también nos da una base firme para la oración, y ese es el fundamento de la oración, el fundamento para suplicar, algo sobre lo cual puedes suplicar, una base para tu oración, la cual es, que Su reino vendrá, que Dios tiene todo el poder para liberar y que hace todas las cosas para Su gloria. Termina con: “porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos”. Finalmente, la

oración concluye con esa pequeña palabra: “Amén”. Amén. Aun así, hay mucho contenido en esta pequeña palabra “Amén”, cuando se dice con fe. Por eso, también abordaremos esta pequeña palabra “Amén”, que tiene tanto poder y gracia, en una de las lecciones .

Entonces, al seguir este modelo de oración, nos daremos cuenta de que la oración es realmente emocionante y alentadora. Porque los hijos de Dios no hablan a un Dios distante y remoto, sino a un Dios que está cerca de nosotros. Él nos conoce y nos permite que veamos que nos conoce y que Se preocupa por nosotros; y esa conciencia del cuidado de Dios ocurre especialmente en la oración personal. Así que, además de estas diversas peticiones del Padrenuestro que esperamos considerar, también hay ciertos asuntos prácticos relacionados con la oración y también los estaremos considerando en próximas lecciones. Preguntas como: ¿Cuándo debemos orar? O, ¿Con quién debemos orar y cómo debemos orar con nuestras familias? Además, por ejemplo, ¿cuáles es el contenido de la oración? En otras palabras, ¿cuál es el formato según el cual debemos orar? ¿Cómo debemos orar? ¿Oramos al Padre, al Hijo, o al Espíritu Santo? O, ¿también podemos orar directamente al Señor Jesús, y cómo debemos hacerlo?

Muchos de los que siguen estas lecciones esperan convertirse en pastores, o tal vez ya seas un pastor y por lo tanto, es útil considerar la vida de oración de un pastor. Cada pastor debe ser un hombre de oración, y eso es lo que esperamos discutir en una lección posterior. También hay varias dificultades relacionadas con la oración, porque la oración: requiere energía, la oración consiste en una lucha, la oración no es fácil; muchos de nosotros tenemos restricciones de tiempo. ¿Cómo encontramos tiempo para orar? A veces también puede ser difícil vocalizar nuestras necesidades y expresar nuestros deseos en palabras. También puede que haya momentos en los que pensemos que nuestras oraciones son inútiles, que Dios no las responde y eso puede ser muy desalentador. Por lo tanto, es importante cómo debemos tratar con ese asunto que llamamos: ‘Oración no contestada’.

Además de eso, también debemos prestar atención a la necesidad de perseverar en la oración y de no rendirnos. Porque el maligno disparará sus flechas a la vida de oración de un cristiano. No quiere que el cristiano ore. Le tiene miedo a la oración. No sabe cómo Dios va a responder estas oraciones, por lo que el diablo busca socavar la oración personal. Por lo tanto, también consideraremos en una de las lecciones posteriores los obstáculos en la oración.

Luego, la lección final se tratará de las bendiciones de la oración. El resultado de la oración intensa es ser ejercitado en la piedad. Consiguientemente, se recibe la seguridad de la salvación, se experimenta la comunión viva con Dios en la oración y el amor de Dios fluye a través del corazón. Para obtener estas bendiciones, es importante tener una vida de oración ardiente continua. Es una práctica que requiere autodisciplina. Por eso, siempre debemos orar sin rendirnos. De esta manera, verás mucho fruto en tu vida y todo esto se recibe por medio de la oración. Entonces, ¿Comenzamos con estas lecciones? Es un viaje a lo largo del cual examinaremos los diversos aspectos de la oración y en el que esperamos ser alentados y motivados, un viaje en el que aprenderemos sobre la oración y descubriremos cómo acceder a los tesoros de Dios a través de la oración personal. Gracias.

## *Lección 2*

---

# **PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 2**

Durante nuestra primera lección, consideramos el fundamento bíblico de la oración. El Señor Jesús nos exhorta repetidamente a orar porque Dios escucha la oración. Es a través de la oración que nos unidos al Dios vivo, poderoso y bueno, y por eso el Señor Jesús nos ha dado un formato de acuerdo al cual estamos llamados a orar. Encontramos en lo que llamamos la oración del Padrenuestro una especie de modelo y esquema.

En esta oración, encontramos un receptor, cómo y a quién debemos dirigirnos, y que debemos orar solamente al Dios viviente. La Biblia es muy clara en que el hombre solo puede orar a Dios. El Señor Jesucristo dice en Mateo 4: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (versículo 10). Esta es una referencia a lo que encontramos en el primero de los diez Mandamientos que Moisés dio al pueblo de Israel, donde el Señor dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Solo debemos orar a Dios.

Aun así, en nuestros corazones tenemos esta inclinación a idear y fabricar todo tipo de dioses, cosas o personas en las que ponemos nuestra confianza. En consecuencia, por naturaleza somos propensos a la idolatría, lo cual es un pecado grave. No son solamente idólatras aquellas personas que adoran imágenes, sino también aquellas personas en nuestro mundo contemporáneo, que viven en nuestra sociedad moderna. Para algunos de nosotros es el dinero, los bienes y las riquezas, o ciertas personas en las que enfocamos nuestra atención y en las que llegamos a confiar y a adorar como si fueran un dios. De ese modo, la idolatría es un pecado grave en la vida de las personas.

Este también fue el terrible pecado de Israel. Antes del exilio, los israelitas recurrían continuamente a la idolatría. Después su regreso del exilio en Babilonia, no leemos tanto sobre actos de idolatría; pero, todavía había un ídolo al que adoraban. Se adoraban a sí mismos, su justicia propia y el dinero que poseían, en el cual se enfocaban. Aún tenían ídolos. La adoración de imágenes era un pecado grave. Debemos adorar solamente al Señor Dios.

En repetidas ocasiones, el Señor declaró a su pueblo que Él es su Dios. Los profetas comparan la relación entre el Señor y su pueblo con la de un vínculo matrimonial, como el amor entre un esposo y una esposa. Ahora bien, una esposa no puede tener varios maridos a los que ama, solo debe amar a su único y legítimo esposo. Por eso, el Señor le dice a Israel: “Yo soy tu esposo legítimo; debes servirme y adorarme”. Por lo tanto, no tenían permitido adorar a otros dioses; del mismo modo, tampoco nosotros. El Señor Dios no es uno entre muchos dioses. No, Él es el único Dios, y solo a Él adoraremos.

No debemos adorar a los santos, ni ancestros. No debemos adorar a nada ni a nadie más. En algunas iglesias se tiende a adorar imágenes como la de María y la del Señor Jesús, pero tampoco debemos adorar imágenes. En

algunos círculos, se invoca a los ángeles, y es triste decir que algunos incluso adoran al diablo, pero nosotros debemos adorar solamente a Dios. Él es nuestro Creador y el que sostiene nuestras vidas. Él debe recibir toda la alabanza, el honor y la adoración. Debemos buscar Su rostro, estamos llamados a confiar en Él, ya que solo Dios puede darnos todo lo que necesitamos para este tiempo y para la eternidad.

Al invocar al Señor Dios, también debemos tener en cuenta cómo lo invocamos. Debemos reverenciarlo. Es decir, debemos dirigirnos a Él con humildad y debemos considerar Su santidad al venir delante de Él, presentando nuestros cuerpos como sacrificios vivos santos y agradables.

Cuando oramos a Dios, primero debemos reconocer quién es Dios. Él está muy por encima de nuestro entendimiento y, sin embargo, se revela en Su Palabra. Se revela como el Dios eterno, bueno, amoroso y compasivo. Dios es amor; está lleno de misericordia. Es un amor y un cuidado especial el que Dios tiene por Su pueblo. Vemos el cuidado y la misericordia de Dios en el hecho de que satisface nuestras necesidades. Tú has experimentado muchas veces el cuidado de Dios, como ha contestado tus oraciones o como dio la salida en medio de cierta necesidad. Por lo tanto, debemos ser conscientes de que Dios es un Dios de amor.

Además, el Señor Dios también es glorioso. Es auto-suficiente y auto-existente. Es tan glorioso que no necesita de ningún otro ser. Él está lleno de perfección y habita en una luz inaccesible. Sus perfecciones no se pueden comparar con nada. Para nosotros los humanos, Su naturaleza sobrepasa el entendimiento. Él está infinitamente por encima de nosotros, por lo que podemos decir que Dios es inmortal. Él es desde la eternidad y hasta la eternidad. Él ama a Su pueblo con un amor inmutable. Es un amor constante, que no se ve afectado por sus acciones, ni por las buenas acciones, ni por su reincidencia. El Señor Dios tiene un amor eterno, continuo e inmutable por Su pueblo. Es por eso que el Señor nunca abandonará las obras de Sus manos.

El Señor Dios también es el Dios Santo. Él es completamente justo, santo, fiel y apartado para Sí mismo; por eso podemos depender de Él. No hay engaño en Dios. Su palabra es la verdad y Él habla verdad. Sus juicios son puros, Él es la verdad, Él es completamente amoroso. Dios también es el Todopoderoso. Dios tiene todo el poder para hacer todas las cosas de acuerdo a Su voluntad y, por lo tanto, Dios no solo es capaz de protegernos de cualquier peligro, sino también de sostener nuestras vidas y darnos lo que necesitamos en el presente, en nuestra vida cotidiana.

Él es plenamente capaz de socorrernos en todas nuestras circunstancias. Nos da a diario la comida, la bebida, y el abrigo. Hace que la tierra sea fértil, que produzca frutos y que crezcan las plantas. Todos los seres vienen de Su mano. Él sostiene todas las cosas vivas, por lo tanto, Él es el Dios Todopoderoso.

Entonces, al acercarnos a Dios debemos reconocer quién es Él como el Dios Omnisciente. Lo sabe todo acerca de nosotros. Él conoce tus necesidades y las mías, y puesto que el Señor Dios lo sabe todo, no tenemos que explicarle cuidadosamente cada detalle de nuestra necesidad. Él lo sabe de antemano. En realidad, cuando ponemos nuestras necesidades delante de Dios nos desahogamos y eso nos hace bien. Pero no estamos informando a Dios acerca de nuestras necesidades como si Él no las conociera, porque Él lo sabe todo. Puedes poner todas tus necesidades y vaciar tu corazón de todas sus cargas delante del Señor.

Por eso, el Señor Jesús también nos dice que cuando oremos no debemos usar largas oraciones, palabras complicadas u oraciones cuidadosamente compuestas. Al invocar a Dios tenemos que ser como niños, porque el Señor Jesús dice: “No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:8). Porque Él es el Dios Omnisciente.

Debemos saber que, sin importar en qué situación nos encontremos, Él está al tanto de todo. Podemos traer todas nuestras necesidades ante Dios con sencillez y mansedumbre. Es bueno traerlas todas, tanto las grandes como las pequeñas. Para el Señor no hay diferencia entre una necesidad pequeña y una grande, porque Él es Todopoderoso. No te avergüences de pedirle al Señor por esas pequeñas necesidades diarias. Así como un niño pide a su padre todo lo que necesita, incluso las cosas pequeñas; de la misma forma, puedes traer todas tus necesidades delante del Señor. “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2ª de Crónicas 16:9).

Cuando oramos a Dios, debemos estar conscientes de quién es Dios. No solamente que es Todopoderoso y Omnisciente, sino que también está en todo lugar. Para nosotros es un gran consuelo que Dios esté presente en todo lugar. Donde quiera que estés y en cualquier circunstancia en la que encuentres, Dios estará allí. Él guiará a Su pueblo. En cualquier circunstancia, Su pueblo nunca está solo.

A pesar de que no estamos seguros de lo que podría pasar, no tenemos que preocuparnos porque Dios estará ahí. Para el Señor todas las cosas están claras y a la vista. Para Él no hay diferencia entre la luz y la oscuridad, Él sabe quiénes somos y dónde estamos. Incluso cuando Su pueblo se desvía y recae, lo guiará de regreso. Puede que castigue a Su pueblo, lastimándolos para hacerlos correr de vuelta a Él, pero como Dios lo sabe todo, cualquiera sea el caso, podemos clamar al Señor y Él escuchará.

Donde sea que estemos, nunca estaremos fuera de Su alcance. Qué gran alivio es saber que Dios es Todopoderoso, Omnisciente y que está en todas partes. Cuando observamos todo esto, nos damos cuenta de cómo debemos acercarnos a Dios en oración. Qué privilegio tan grande que podamos venir ante Dios, y que incluso Él nos invite y nos anime a acercarnos a Él y a estar en Su presencia. Es una misericordia inmerecida que podamos venir ante el Dios Todopoderoso y bondadoso.

Cuando nos dirigimos al Señor Dios, debemos reconocer quién es Dios y comprender un poco quién es el Señor. También debemos saber que Él es el Dios que mora en los cielos: “Padre nuestro que estas en los cielos”. Estamos en la tierra. Somos pecadores del polvo, y ¿cómo es posible que nosotros, personas mortales y pecaminosas, podamos poner nuestras necesidades ante este Dios todopoderoso y glorioso? La respuesta se encuentra en el amor de Dios hacia nosotros a través del Señor Jesucristo, porque Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito, y el Hijo de Dios vino a este mundo para eliminar cualquier obstáculo o impedimento entre Dios y el hombre.

Es por eso que tuvo que soportar la ira de Dios contra toda la raza humana. Entonces, el Señor Jesús abrió para nosotros un camino nuevo y vivo para llegar a Dios. Jesús mismo, es el camino. Cuando invocamos a Dios, debemos hacerlo en el nombre del Señor Jesucristo porque Él abrió el camino. Dios derramó su ira divina sobre el pecado, sobre su Hijo, Quien cargó con la ira de Dios. Nunca olvidemos que Dios muestra Su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:8).

Podemos dirigirnos al Señor Dios a través de Su hijo, y enfocarnos en que el Señor Dios está en el cielo: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9). Es cierto que el Señor está presente en todas partes, que lo sabe todo y que lo ve todo, pero el cielo es, por así decirlo, su hogar. La Biblia dice que la Tierra es el estrado de sus pies y que el cielo es su morada, su trono (Isaías 66:1). Allí mora en una luz inaccesible, en presencia de sus ángeles, que continuamente lo alaban y adoran.

Muy a menudo, la Biblia nos llama a alzar nuestros ojos al Señor. ¿Por qué alzar la mirada? Esta es una expresión simbólica para describir que el Señor está en el cielo. Está más allá de nosotros. Está por encima de nosotros. Por otro lado, leemos con mucha frecuencia que se le pide al Señor que mire hacia abajo desde el cielo. El cielo es el lugar de gloria y del descanso eterno. Es un lugar donde todo el pueblo de Dios se reunirá al partir de esta vida. Serán trasladados allá inmediatamente para estar donde pertenecen. Pertenecen a su Padre fiel y amoroso que los hizo y que los está guiando por esta vida hasta que un día estén con Él.

Ahora bien, lo que es tan hermoso del cielo es que allí no hay pecado y que allí se encuentra el Señor Jesucristo; donde todo es santo y glorioso. En el cielo está el árbol de la vida, y el trono de Dios, junto con el Cordero y la incontable multitud de personas de Dios que han sido redimidas de la tierra. El cielo es realmente el hogar de los hijos de Dios, porque ¿qué anhelan los hijos de Dios? Anhelan al Señor: “Mi alma tiene sed de Dios” (Salmo 42:2). Como dijo el apóstol Pablo: “A fin de conocerle”, es decir, a Cristo, “y el poder de su resurrección” (Filipenses 3:10).

Verás, en esta vida terrenal, nunca terminaremos de reconocer quién es Dios ni de aprender a conocer más de Él. ¿No deseas amar a Dios con todo tu corazón y con toda tu alma por encima de todo lo demás? Aquí en la Tierra, no podemos hacer eso. Es por eso que debemos ver que el cielo es el hogar del pueblo de Dios. Que el cielo debe ser el objetivo de nuestra vida y, por lo tanto, no vivir para esta vida presente. Puede que parezca muy atractiva, pero debemos vivir para la vida venidera, en el cielo, en gloria con el Señor.

El Señor Jesús nos muestra aquí que Dios es el Padre. ¿No es esa una hermosa manera de dirigirse a Dios? Nosotros por cuenta propia nunca nos habríamos atrevido a llamar a Dios Padre. Entre los paganos, no hay nadie que se atreva a dirigirse a su Dios como Padre. Padre significa amor, cuidado y consideración, e incluso abnegación para el bienestar de los niños. Dios es Padre para que reconozcamos cuán bueno es Dios. Especialmente el Señor Jesús fue quien nos mostró que Dios es el Padre, porque el Señor Jesús mismo habitó desde toda la eternidad en el seno del Padre y nos dio a conocer Su amor. Cristo pudo haber revelado los pensamientos y la voluntad de Su Padre, pero vino especialmente a este mundo para desvelar el corazón de Dios, que es un corazón

de amor. Entonces, aquí vemos los pensamientos más profundos, y escuchamos las palabras más dulces que se hayan pronunciado: que podemos llamar Padre a Dios.

No es que debamos pensar que el Señor Jesús se ganó el amor de Dios el Padre por nosotros. No es que Dios el Padre estaba airado contra nosotros, y entonces el Hijo quiso venir a este mundo para hacer que Dios el Padre cambiara de parecer, para nada. Dios el Padre amó a Su pueblo desde toda la eternidad, y por amor, dio a Su Hijo porque quería reconciliar a estos pecadores consigo mismo. El Señor Jesucristo vino por amor a este mundo para entregarse a Sí mismo; y dar al Espíritu Santo, quien fue derramado después de que el Señor Jesús ascendió al cielo. Él obra con amor en los corazones de los pecadores para revelarles a Cristo.

Todo esto proviene del amor de Dios Padre. Él es la fuente de todo amor. Dejó que Su Hijo pagara la pena del pecado; y ese es un milagro eterno, que nunca llegaremos a comprender en la vida. Ese milagro crece a medida que aprendemos a acercarnos a este Dios santo, majestuoso y todopoderoso con nuestras necesidades. Siendo pecador, ¿cómo puedo llegar hasta Dios con todas mis necesidades? Eso solo es posible a través del Mediador, porque Él es el camino vivo hacia Dios. Así es como encontramos al Señor Jesús en el Padrenuestro.

A veces escuchamos a algunos decir que el nombre de Cristo no se encuentra en el Padrenuestro, y en ningún lugar leemos que pedimos todo en el nombre de Jesús, pero debes entender que toda la oración del Padrenuestro solo es posible a través de la obra mediadora de Cristo. Es solo por causa de Él que podemos hacer estas peticiones al Señor. A lo largo de toda la oración del Padrenuestro, vemos a Cristo. Solo podemos dirigirnos a Dios como nuestro Padre a través del Señor Jesucristo porque sin el Señor Jesús, sería una blasfemia decir que Dios es nuestro Padre, pues hemos pecado gravemente contra Él.

Por eso, cuando un pecador en la tierra se dirige al Señor Dios en oración, solo puede hacerlo a través de la obra terminada de Cristo Jesús. Él se ganó el acceso a Dios, y se lo ganó porque Él mismo fue privado de ese acceso. Cuando estaba en la cruz, Cristo fue expulsado de la presencia de Dios y, mientras estaba en la oscuridad, clamó a Su Dios, pero Su Dios no lo escuchó. No tenía acceso a Dios. Estaba en la oscuridad, y ahí es donde tú y yo pertenecemos por toda la eternidad. Sin embargo, Él tomó el lugar de todos los que confían en Él. Y a través de Él, ahora podemos orar a Dios y esperar, por gracia, Su misericordia y cuidado hacia nosotros.

El Señor Jesús nos instruye que oremos: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9), pero como ya sabes, debemos estar conectados con Cristo personalmente para poder decir verdaderamente: “Padre nuestro”. Él es el camino, la verdad y la vida; solo a través del Señor Jesús el hombre tiene acceso a Dios (Juan 14:6). Por eso, necesitamos conocer al Señor Jesucristo personalmente como nuestro Mediador. Fuera de Cristo, no podemos acercarnos a Dios.

Si no tenemos a Cristo como nuestro Salvador, podríamos tener miedo de Dios y ser que los paganos. Ellos ven a sus dioses como tiranos y por eso tratan de apaciguarlos, intentando comprar su favor. Así es como ves a Dios si aún estás fuera de Cristo. Los paganos solo acuden a sus dioses cuando ya no pueden ayudarse a sí mismos, y lo mismo sucede con una persona que se encuentra fuera de Cristo. Solo le importa Dios cuando está en problemas y entonces, intenta hacer cosas para ganarse el favor de Dios.

La realidad es que, por naturaleza, somos enemigos de Dios y nos negamos a inclinarnos ante Su autoridad. Es solo a través de la regeneración que los pecadores son adoptados como hijos de Dios. Debido a nuestros pecados y rebelión contra Dios, no podemos simplemente asumir y decir que Dios es nuestro Padre. Encontramos un hermoso ejemplo de eso en la parábola del hijo pródigo, el hijo perdido que dejó a su padre y que gastó todos los bienes de su padre en un país lejano, y que luego, cuando se encontró en pobreza se dio cuenta de lo bueno que era su padre y de cuán vergonzosamente mal se había comportado contra él. El hijo pródigo deseaba volver con su padre. Todavía lo llama “padre”, pero se da cuenta de que no es digno de ser llamado su hijo, por lo que leemos en Lucas 15, versículos 18 y 19: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros”.

Este hijo pródigo es en realidad una representación de nosotros. Hemos abandonado a Dios el Padre y, vergonzosamente, nos hemos portado; así como el hijo pródigo renunció a su derecho a ser hijo de su padre, de la misma manera cuando un pecador se siente indigno y condenado por sus pecados también dirá: “No soy digno de ser llamado Tu hijo”. Porque, ¿En que consiste el pecado? En rebelarse contra Dios, en querer ser como Él y desear que Dios ni siquiera exista, para que así podamos ser nuestro propio dios y hacer lo que queramos; deseamos quitar a Dios de su trono. Así de severo y terribles son nuestros pecados. Pero el Señor Jesús nos dice que nos dirijamos a

Dios como nuestro Padre, porque la casa del Padre todavía está abierta para los hijos fugitivos de Adán. El Señor Jesús nos llama a mostrar reverencia y confianza, pero también humildad cuando venimos ante el Señor Dios.

¿Has notado esto en tu vida? ¿esta inclinación natural de ir en contra de Dios? ¿Te has dado cuenta de que no eres digno de ser llamado hijo de Dios, y que tampoco eres digno de llamar a Dios tu Padre? Es un milagro que las personas a pesar de ser indignas estén invitadas a venir a la casa de Dios Padre. Ese es el milagro del amor de Dios, ser invitados a volver a casa. Allí, a Sus pies, Su amor te abrumará, porque todavía está dispuesto a recibirte, independientemente de lo que hayas hecho, todavía está dispuesto a ser un Padre amoroso en Cristo y que Su Espíritu Santo te enseñe a decir: “Abba, Padre”, y que consiguientemente, te unas a los hijos de Dios y digas con Su Iglesia: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Esta actitud de humildad, confianza y reverencia a Dios caracteriza la verdadera oración. Al igual que un niño respeta a sus padres y confía en ellos, nosotros también podemos confiar, respetar y tener reverencia hacia el Señor Dios. No debemos apresurarnos demasiado al venir ante el Santo, ni debemos dirigirnos a Dios de manera irreverente, porque Él sigue siendo el Altísimo que habita en los cielos. El Señor Jesús dice: “Padre nuestro que estás en los cielos”, eso muestra la distancia. Dios está en el cielo, pero, al mismo tiempo está cerca. Estamos llamados, no a mantener distancia, sino a acercarnos a Dios con la expectativa de que Él está dispuesto a escucharnos por medio de Su Hijo, el Señor Jesucristo.

La reverencia nos enseña a inclinarnos ante Dios por Su santidad y majestad, y la confianza nos enseña a acercarnos a Dios esperando en su bondad y fidelidad, siendo alentados por Su poder. Por causa de Jesús puedo orar como un niño que quiere preguntarle algo a su padre. Así que podemos entrar en el palacio del Rey de reyes y el Señor de señores (Apocalipsis 19:16), y podemos venir antes Su trono sagrado y hablar con Él como un niño hablaría con su padre.

Cuando el Señor Jesús nos dice que oremos “Padre nuestro”, es para que veamos a Dios con un temor filial, con reverencia y expectativa; esto representa bien la base de la oración. Puedes sentirte animado y en paz porque el Señor se encargará de todas las cosas de esta vida, cuidará de ti y te proveerá. Porque primero nuestros padres nos negarían las cosas terrenales, que Dios las cosas que Le pidamos en fe verdadera.

¿No es esta una hermosa ilustración? Un niño pidiendo algo que necesita a su padre, sabiendo que su padre no se lo rehusará, diciendo: “Mi padre me ayudará”. Incluso si un padre rehúsa ciertas cosas a su hijo, un niño que confía en su padre no se quejará, sino que se dará cuenta de que su padre sabe lo que más le conviene. Así es la vida de la fe. La vida de la fe consiste en confiar en que Dios no me negará ningún bien que yo necesite en esta vida. Cuando algo me es negado, debo seguir confiando en que el Señor sabe lo que es mejor para mí, y que todas las cosas ayudan a bien, a los que aman a Dios y son llamados conforme a Su propósito.

Puede que no sepa por qué me suceden ciertas cosas, pero si este Dios, que prueba Su amor al dar a Su Hijo por mí me niega algo, entonces puedo confiar que Él será fiel. Él es mucho más sabio que yo. Yo no soy más que un niño necio, y su “no” es mucho más sabio que mi “sí”, y por eso aprendo a poner todas mis preocupaciones delante de Él. Su espíritu me da gracia y confianza para dejar todas estas preocupaciones delante de Él y puedo tener valor porque Él me dará todo lo que necesito.

Por último, queda un aspecto de esta hermosa primera petición del Padrenuestro, y es algo que encontramos en la expresión “Nuestro”, “Padre nuestro”. El Señor Jesús no nos dijo que oráramos “Padre”, sino “Padre nuestro”. Esto muestra que todos los hijos de Dios están juntos en esta oración. No solo somos individuos orando individualmente y pidiendo a Dios por ciertos asuntos, sino que todos los hijos de Dios forman un cuerpo, forman una unidad, por lo que debemos orar junto con los que nos rodean y debemos acordarnos de ellos mientras oramos. Puesto que existe un vínculo especial entre todos aquellos que aman y temen al Señor. Están unidos en Cristo y por eso oran juntos el uno por el otro y el uno con el otro, oran: “Padre nuestro”.

La expresión “Padre nuestro”, nos muestra la necesidad de orar unos por otros. De esa forma, esta petición nos eleva ante la presencia de Dios, pero no estamos solos. Estamos junto con los demás, con los hijos de Dios de todos los tiempos, días y épocas. Todos están unidos en oración a Dios: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Que enorme bendición que tu Dios sea tu Padre en el cielo. Cuánta felicidad que seas hijo de un Padre como ese. Jamás debes ser objeto de compasión en este mundo con un Padre como este, que te ayudará, te cuidará, te guiará y que se aferrará a ti. En la vida y en la muerte, te guiará. Con un Padre como este tienes una gran bendición. Confía entonces en el “Padre nuestro que estas en los cielos”. Gracias.

## *Lección 3*

---

# **SANTIFICADO SEA TU NOMBRE**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 3**

Bienvenido a la tercera clase de la serie sobre la belleza de la oración. Hoy nos enfocaremos en la primera petición del Padrenuestro, “Santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Es maravilloso que este sea el primer asunto al que el Señor Jesús nos dirige en la oración. El Señor Jesús no nos dice que oremos primero por nuestras necesidades o por nuestras necesidades físicas. Hacemos eso a menudo, pero lo primero y más importante en la oración es que Dios sea honrado.

Toda nuestra vida debe enfocarse en Dios. Él debe ser amado y glorificado. Debemos aprender a obedecerlo y amarlo. Él tiene la prioridad, y es por eso que esta primera petición es una petición por la honra de Dios: “Santificado sea tu nombre”. ‘Concede que recibas todo honor, alabanza y adoración’. Ese también debería ser el objetivo de nuestra vida. Ese debería ser nuestro deseo más grande, sin importar lo que nos suceda, Dios sea glorificado en nuestras vidas; porque nuestra vida es un fracaso si no hemos aprendido a glorificar a Dios.

Dios nos creó con ese propósito, para que no vivamos para nosotros mismos, sino que Él sea glorificado en nosotros y para que aprendamos que debemos glorificarlo y honrarlo con nuestra mente, nuestro corazón, nuestro entendimiento, nuestras palabras, nuestros cuerpos y con todo lo que tenemos y todo lo que hacemos (Marcos 12:30). Pero tristemente, hemos fallado al respecto, porque muy a menudo buscamos nuestro propio honor.

Incluso los hijos de Dios que tienen conocimiento de la gracia, muy a menudo buscan su propio honor y exaltarse, y pueden volverse orgullosos. Pero cuando Dios obra en el corazón, nos enseña a abandonarnos y a hacer del honor y la gloria de Dios el enfoque de nuestras vidas. Así es como el Señor renueva a un pecador. Lo hace para la gloria de Su nombre. Cuando el Señor entra en el corazón, hay un comienzo donde el Señor se glorifica y se vuelve el anhelo de Su pueblo. Si las cosas van bien espiritualmente, ese anhelo aumentará y se hará cada vez más grande; es por eso que el Señor Jesús nos enseña “Santificado sea tu nombre”.

¿Sabes? Esto es lo más glorioso en la vida. Nos hace mucho bien que aprendamos a glorificar a Dios. La actividad más bendita que el hombre pueda realizar en la tierra, es que Dios reciba el honor, la alabanza y la adoración. Consiguientemente, para santificar el nombre de Dios, necesitamos conocer el nombre de Dios. Necesitamos saber quién es Dios, y es por eso que el Señor se revela a nosotros en Su Palabra: para que sepamos quién es Él, y para que conozcamos Su nombre.

El Señor se revela así mismo especialmente en Su nombre. Verás, nosotros no inventamos nombres con los cuales invocamos a Dios. Dios se dio estos nombres; y Su nombre revela quién es Él. Los nombres que tenemos fueron los que nuestros padres y madres nos dieron. Pero estos nombres no caracterizan quiénes somos. Pero cuando Dios se pone nombres a Sí mismo, estos funcionan como una revelación personal de Dios. Explican quién es Él.

Consiguientemente, el Señor se revela a Sí mismo como Yahweh. En hebreo. Ese nombre es Jehová o Yahweh; que quiere decir YO SOY EL QUE SOY (Éxodo 3:14). Puede que ese nombre te parezca extraño, pero es un nombre muy hermoso porque demuestra que Dios siempre es el mismo. Nosotros cambiamos. No podemos decir: “Yo soy”, porque fluctuamos. Pero el Señor Dios es el eterno YO SOY y eso demuestra que es confiable. Él es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Él es confiable. Él es fiel. Él es suficiente. Por eso puedes confiar en Él. El Señor también se reveló a Sí mismo en otros nombres. Puedes considerar el nombre, “El Shaddai” (Génesis 17:1), que quiere decir Gobernador todopoderoso, u otro nombre en hebreo, Adonai (Génesis 15:12) en el cual Se demuestra a Sí mismo como el Dueño, como Maestro del cielo y la tierra. Él es el Señor.

Consiguientemente, el Señor también se llama a Sí mismo Jehová Sabaot (Romanos 9:29). Este es un nombre que lo subraya como el Señor de los ejércitos y que todos los ángeles están a Su disposición, y que viene a librar a Su Iglesia con Sus huestes celestiales.

Podemos conocer quién es Dios a partir de Sus nombres, pero también a partir de Sus características y atributos. Nuevamente, el Señor se revela a Sí mismo por medio de Sus atributos. Por ejemplo, que Él es el Eterno. No tiene principio y no tiene final. Él es el Compasivo. Él cuida de Su pueblo. Sus misericordias son genuinas. Son nuevas cada mañana (Lamentaciones 3:22-23). Él es amor. Él está lleno de longanimidad (Números 14:18), lo cual quiere decir que tiene una paciencia amorosa y cuidadosa para con Su pueblo.

Dios también el Alto y Sublime y, aun así, se deleita en morar con los humildes. Isaías 57:15, un texto conocido: “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”.

Dios también es el Poderoso. Conocemos a Dios por Su poder. Por ejemplo, mira la creación. Dios causó la creación por Su poder. Llamó todas las cosas a la existencia de la nada y lo hizo hablando (Génesis 1). Su Palabra tiene poder. Vemos esto en la creación, pero también vemos a través de las Escrituras que Él es el Dios que habla y se hace. Él llama la materia a la existencia. Habla al viento y el mar y le obedecen (Marcos 4:39). Por Su Palabra resucita a los muertos (Marcos 5:41-42; Juan 11:43-44). Muestra Su poder a través de Su Palabra.

Dios también es sabio en todas Sus obras. Conduce y guía a Su pueblo sabiamente. Quizá has podido ver esto en tu propia vida en la manera en la que el Señor te conduce por caminos que nunca habrías elegido, pero ¿cuán sabio fue el Señor al hacerlo? ¿Cuán amoroso y cuidadoso? De la misma forma, también vemos la bondad de Dios y que Él se preocupa por este mundo. Se preocupa por todas las personas. Abre Sus manos. Alimenta todas las cosas vivas. Hace salir Su sol sobre justos e injustos (Mateo 5:45). Provee la lluvia y el sol. Lo hace por personas que Lo aman, pero también es bueno para con aquellos que no Lo aman. ¿Cuán bueno ha sido el Señor conmigo y contigo?

Cuando se nos llama a conocer a Dios por Sus características, también vemos Su justicia. Él es tan bueno que no puede soportar ninguna injusticia, de tal manera que no puede dejar que el pecado quede sin castigo y, por lo tanto, castiga el pecado en Su Hijo. Para que el pecador pueda reconciliarse con Él. Dios ama lo que es justo y recto, así que salva a Su pueblo en justicia y equidad. Todos sus pecados han sido pagados y son pagados por Su Hijo.

De esta manera, Dios es justo. Él castiga el pecado en Su Hijo o en el pecador, pero siempre castigará el pecado. Pero al mismo tiempo, Dios también está lleno de misericordia porque nos dice en Su Palabra que no quiere la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y encuentre misericordia en Dios (Ezequiel 33:11). A pesar de nuestra indignidad, el Señor nos invita a recibir la salvación en Él de todos modos. Él se deleita en misericordia.

Dios también es verdadero. Él está lleno de verdad. Su Palabra es verdad. Él Señor Jesús dijo de Sí mismo: Yo soy “la verdad” (Juan 14:6), y es por eso que Su Palabra siempre se cumplirá. De esta manera, vemos quién es Dios en Sus atributos. Vemos Su poder, Su sabiduría, Su bondad, Su justicia, Su misericordia y Su verdad. Todo esto se demuestra claramente. Hay mucho en Dios.

Entonces, en la Biblia leemos quién es Dios. En última instancia, lo que necesitamos comprender es que este Dios bueno, poderoso y amoroso trata con nosotros. Verás, así es como experimentas quién es Dios. Así es como experimentas la verdad de la Palabra de Dios en tu vida. Así es como ves que Dios es justo. Así es como ves cuán

misericordioso, amoroso y sabio en Su trato contigo es Dios. De esta manera, no crees en la Biblia solo porque se trate de la Biblia, sino que experimentas en tu corazón que todo esto es verdadero; y así conoces quién es Dios.

Eso se llama conocimiento de la fe. Es confiar en Dios. No solo es un asunto de la mente, sino del corazón; y de esta manera conoces quién es Dios y es la razón por la que Lo amas y quieres conocerlo y amarlo más. Él se vuelve el propósito de tu vida. Aprendes a vivir para Dios y quieres que Él y Su nombre sean santificados en tu vida.

Este conocimiento de la fe se traduce en amor a Él. En última instancia, el Señor se revela a Sí mismo a nosotros en Su Hijo, el Señor Jesucristo. Pues el apóstol Juan dice en Juan 1:18: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Los que han visto a Cristo han visto al Padre. En Cristo vemos el reflejo de Dios el Padre. Por lo tanto, si quieres saber quién es Dios, pasa tiempo a los pies de Cristo con frecuencia y contempla a Jesús. Aprenderás a conocer quién es Dios a través de Su Hijo, Jesucristo.

Es esencial que conozcamos a Dios. Cuando conoces algo de Su gracia y amor, deseas ser conformado a Su imagen. Desearas ser revestido de Cristo. Oraras a Dios que ponga Su imagen en ti y entenderás por qué el apóstol Pablo dijo que el objetivo de su vida era conocer a Cristo y el poder de Su resurrección (Filipenses 3:8-14).

¿Estas deseoso de conocer al Señor? ¿Has comprobado que el Señor es bueno? ¿Has aprendido a amarlo? Entonces, desearas que Su nombre sea santificado en tu vida por encima de todo. Así que, necesitamos honrar a Dios en nuestra vida entera. Eso es lo que quiere decir esta petición: “Santificado sea tu nombre”. Quiere decir que aprendemos a amar a Dios en todo lo que hacemos. Por esa razón, necesitamos que Dios obre esta obediencia en nuestras vidas.

Pero, como dije anteriormente, tenemos una naturaleza pecaminosa en nuestro interior que muy a menudo, de una forma muy sutil, desea que nos honremos a nosotros mismos. Preferiríamos promocionar nuestro nombre y nuestro honor en lugar de honrar a Dios. Esto es pecado contra el primer mandamiento: No tendrás dioses ajenos delante de mí (Éxodo 20:3; Deuteronomio 5:7). También es pecado contra la primera petición: Santificado sea tu nombre. Porque la vida no se trata de nuestro nombre, sino sobre el nombre de Dios.

Qué miserable es que tan a menudo nos enorgullecamos y busquemos nuestro propio honor pensando que somos de mucha importancia. Qué bendición sería el poder ser libres de ese mal y aprender a ser mansos y humildes de corazón. Si tan solo pudiéramos aprender a buscar primero el honor de Dios. Qué gran victoria sería el poder ser libres de buscar nuestro propio honor.

¿Hemos aprendido a ver lo egoísta que somos? ¿Te has hecho consciente de que con mucha frecuencia buscamos lo nuestro y que pecamos contra un Dios bueno? ¿Hemos aprendido a dolernos y a sentir pena por esa inclinación dentro en nosotros? ¿Hemos aprendido a resistir esta inclinación? Porque cuando conoces el amor de Dios en tu corazón, querrás honrarlo. Estarás a los pies de Cristo y le pedirías que te libere de buscar lo nuestro y nuestro propio honor.

Piensa en el Señor Jesús. Él nunca buscó Su propio honor. Él era manso y humilde de corazón y nos dice que aprendamos de Él a ser mansos y humildes de corazón (Mateo 11:29). A los pies de Cristo, contemplándolo, mirarás Su rostro y verás que no buscaba Su propio honor, sino el honor de aquel que lo envió. Allí, tu corazón se llenará de vergüenza y al mismo tiempo te llenará el mismo deseo y anhelo de que el Señor Jesús te llene de Su Espíritu; y qué bendición es ser consolado por el nombre de Jesús, pues Él salva a Su pueblo de Sus pecados (Mateo 1:21).

No solo limpia de pecado, sino también cambia tu naturaleza. A través de Su Espíritu, Él te enseña paso a paso a buscar el honor de Dios. Te enseña a orar así: ‘Guíame, Jehová, en tu justicia, a causa de mis enemigos; endereza delante de mí tu camino’ (Salmo 5:8) y hazme honrarte con lo que tengo’.

Verás, buscar el honor de Dios también es buscar el bienestar de quienes nos rodean. Necesitamos interesarnos genuinamente en otros. Sufrir con ellos. Estar cerca de ellos cuando están en necesidad. La gente que ama a Dios mostrará amor e interés por quienes están a su alrededor. Al hacer esto, honrarán a Dios. Así es como Dios es honrado en sus vidas, al tener amor y compasión por quienes están a su alrededor.

¿No es eso lo que el Señor Jesús dijo en Mateo 25 cuando se refirió a Su pueblo como los que ayudan a otros en necesidad, les dan de comer y dan de beber a los sedientos? Y cuando otros están desnudos, les dan vestido y visitan a los enfermos y a los presos. El Señor Jesús dice en Mateo 24:50: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

Verás, honramos a Dios cuando mostramos amor y compasión por nuestro prójimo y cuando nos interesamos por los que nos rodean. Esto santifica el nombre de Dios en la práctica diaria de nuestra vida. Consiguientemente, necesitamos honrar a Dios en la totalidad de nuestras vidas. Pero para hacer esto, necesitamos humillarnos. Necesitamos ser humillados por Dios. Él nos enseña la humildad. Él logra esto en nosotros mostrándonos que dependemos de Él en todo y que solamente el Señor puede suplir todas nuestras necesidades.

De ese modo, reconocemos Su grandeza, Su bondad y Su misericordia, y que no hay nada que podamos hacer sin Él. En ese sentido, somos guiados a humillarnos ante Dios. Él Señor hace que nos volvamos humildes, revelándose a nosotros en Su grandeza y bondad, amor y misericordia. Por otro lado, el Señor nos enseña humildad mostrándonos quienes somos y allí se produce un crecimiento en el conocimiento de Dios y en el conocimiento de nosotros mismos. Así, el Señor revela más de nuestro pecado y nos muestra más y más nuestra naturaleza pecaminosa.

De este lado del cementerio, nunca superaremos nuestra pecaminosidad. Piensa en el apóstol Pablo, que era un hombre santo y justo, pero que se llama a sí mismo el primero de los pecadores (1ª de Timoteo 1:15). Encontrarás a menudo en las Escrituras que las personas aprenden a humillarse delante de Dios, especialmente quienes han recibido una medida de gracia más grande. Estos son los que se humillan más delante de Dios. Porque el Señor muestra a Su pueblo más y más que están destituidos de la gloria de Dios.

En nosotros mismos, no somos más que leprosos de quienes se dice en Israel: “Inmundo, inmundo”. Porque siempre llevamos esta naturaleza inmunda con nosotros. Aunque el Señor vive en nosotros y el Señor está poniendo Su imagen y llevamos el fruto del Espíritu Santo, también hay una vieja naturaleza obrando en nosotros en la que somos inmundos en nosotros mismos. Muy a menudo, vamos en contra de Dios en nuestros pensamientos, palabras y acciones y eso trae el dolor más grande en la vida: Que no puedo amar y honrar a Dios como debo. Por eso oro: ‘Señor, que tu nombre sea honrado en mi vida. Que tu nombre reciba toda la gloria. Santificado sea tu nombre’.

De esta manera, somos llamados a amar al Señor Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas y con todas nuestras fuerzas. Somos llamados a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, pero fallamos en estas cosas. De este lado del cementerio, no podremos hacerlo perfectamente. Consiguientemente, también vemos en la Palabra de Dios como hijos de Dios a quienes se les dio un gran privilegio y recibieron mucha gracia, fe y confianza en el Señor, aún tuvieron sus pecados. Por eso los escuchamos orar humillándose continuamente delante de Dios.

Mira cómo Abraham, el amigo de Dios, ora en Génesis 18. No ora por él mismo. Está orando por Sodoma y por su sobrino, Lot, y por su familia. Mira cómo se humilla delante del Señor Dios. Dice en el versículo 27: “He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza”. Mira cómo se humilla.

También pensamos en Jacob, que recibió visiones de Dios y recibió la promesa de que Dios sería su Dios. Lo vemos en Génesis 32:10: “Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo”. También leemos de Job, un hombre justo y temeroso de Dios. Dice en Job 40:4: “He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca”.

Piensa en el profeta Isaías en el capítulo 6, versículo 5: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”. Y al apóstol Pablo diciendo en Romanos 3:10–12: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Así que, cuando pensamos en el honor de Dios, debemos hacerlo con humildad, conscientes de quienes somos en realidad. Pero al mismo tiempo, podemos acercarnos a Dios con esperanza y expectación. Podemos ir delante del Señor como un hijo va a su padre o madre. Lo vimos en la clase anterior. Pero cuando nos acercamos a Dios en oración y procuramos honrar Su nombre, podemos esperar cosas buenas de Él porque Él es un Dios bueno y benevolente.

Él está dispuesto a darnos todo lo que necesitamos. Podemos animarnos porque en Él hay perdón (Salmos 130:4) y Él ha prometido redimir a Su pueblo de todas Sus iniquidades (Salmos 130:8) y Dios no despreciará un corazón contrito y humillado (Salmos 51:17). De esta manera, podemos humillarnos delante de Él con expectación, con una esperanza genuina en Dios, porque el Señor Dios está dispuesto a dar. Él dará mucho.

En última instancia, Él debe recibir todo el honor y recibirá todo el honor. En última instancia, toda rodilla se doblará ante Él (Filipenses 2:10), pero Él está dispuesto a dar ahora. Él está dispuesto a cuidarte.

Considera como el Señor Jesús cuidó de Sus discípulos, de tal manera que se humilló y estuvo dispuesto a lavar los pies de los discípulos. Así mismo, está dispuesto a darnos mucho más de lo que merecemos. Puedes poner todas tus necesidades delante de Él. Si el Señor estuvo dispuesto a humillarse a Sí mismo ante Sus discípulos de la misma forma que nosotros debemos hacerlo, así también debemos buscar el bienestar de los demás. Debemos estar dispuestos a ser sus siervos. Debemos orar por ellos. Debemos elevar oración y súplica delante de Dios, como dice el apóstol Pablo.

Debemos hacerlo por todos los hombres, como dice en 1ª de Timoteo 2:1. Los hijos de Dios pueden venir en humildad y con confesión de pecado. Pueden reconocer su indignidad y al mismo tiempo reconocer que Dios, su Padre en el Cielo, les dará todo lo que necesitan, que Él es un Dios bueno y fiel y que esto Le trae tanta gloria que nos hace venir con anticipación delante de Él. Así honramos a Dios.

Así que, mientras procuramos honrar a Dios, lo hacemos al conocer Sus características. Debemos honrar a Dios en la totalidad de nuestras vidas, donde todo en nosotros esté dedicado a Él y debemos honrar a Dios mostrando reverencia y humillándonos delante de Él. Pero también lo honramos cuando ponemos todas nuestras necesidades delante de Él.

Vemos esto continuamente en la palabra de Dios, que Dios es honrado cuando ponemos nuestras necesidades delante de Él. La palabra de Dios está llena de personas que no tenían fuerzas, pero que fueron llamados por Dios para cumplir con ciertas tareas. Para lo que sea que el Señor te llame a hacer en la vida, no tienes fuerzas para lograrlo y el Señor te enseñará que a darte cuenta de que no tienes las fuerzas para hacerlo, que necesitas que Dios te ayude y te sostenga.

De esta manera, vemos repetidamente en la Palabra de Dios que los grandes hombres de Dios eran débiles en sí mismos y ponían toda su debilidad e inhabilidad delante de Dios y eso honraba a Dios. Incluso cuando parecía que Dios no les respondía, aún ponían sus necesidades delante del Señor continuamente y esto Lo honraba: Señor, separado de ti nada puedo hacer (Juan 15:5).

Por ejemplo, mira a Moisés, un gran hombre de Dios. Fue el mediador entre Dios y el Israel del Antiguo Testamento. No podía hablar bien y se lo dijo al Señor, pero el Señor le dijo: “Ve, porque yo estaré contigo” (Éxodo 3:12). Y Josué, siendo un esclavo en Egipto, fue enviado al desierto y estando allí se convirtió rápidamente en el capitán de los ejércitos del Señor, los israelitas. Tuvo que pelear contra los amalecitas. Más adelante, tuvo que conquistar la ciudad fortificada de Jericó.

No podía hacerlo. Nunca fue a la academia militar. No sabía nada de estrategia o guerra. Aun así, el Señor lo enseñó y le dio la fuerza. El profeta Jeremías era joven y el profeta Isaías se consideraba como un hombre de labios inmundos. Daniel vio sus iniquidades y las de su pueblo. Así que, todos ellos eran inadecuados, pero el Señor con frecuencia escoge a personas inadecuadas e incapaces para servirlo.

Que esto sea de ánimo para ti cuando, quizá si eres pastor te preguntas: ‘¿Cómo podré cumplir con este llamado?’ Bueno, no puedes, pero Él puede a través de ti y eso Lo honra. Así es como Dios santifica Su nombre en tu vida. Considera a los apóstoles. Muchos de ellos eran pescadores hebreos. ¿Cómo podían proclamar Su evangelio glorioso a un mundo pagano? Todos somos inadecuados y no aptos.

¿Quién de nosotros es capaz de criar a sus hijos en nuestras familias como se debe? ¿Quién de nosotros es capaz de ser un cónyuge impecable o piadoso? Independientemente de lo que el Señor nos llame a hacer, no tenemos la fuerza para hacerlo, pero es muy bueno depender de Dios en nuestra vida buscando toda la ayuda del Señor. Él es el Dios que levanta al necesitado y que los escucha cuando claman (Salmos 72:12). Por lo tanto, nuestra fuerza no está en nosotros sino en Dios. Entonces, sin importar a qué te llame el Señor, Él estará allí para fortalecerte. No te alejes de ningún llamado a tu vida. La oración te dará la fuerza y el nombre de Dios será santificado.

Pero, cuando ponemos nuestras necesidades delante del Señor ¿por cuáles cosas deberíamos orar? Bueno, como veremos más adelante en el Padrenuestro, deberíamos orar, debemos orar por el perdón personal de todos nuestros pecados. Necesitamos ser renovados según la imagen de Cristo. Así es como Dios se glorifica, cuando la imagen y el reflejo de Su Hijo está en nosotros, para que los demás vean que hemos estado con Cristo, así como lo vieron en Sus apóstoles.

La gente puede notar que has estado con Cristo pasando tiempo privado en oración por el reflejo del Señor Jesús, no de una manera literal que se pueda ver en tu rostro. Más bien, en la manera que te comportas en tus acciones y conducta. Ya sabes, puede que no estés consciente y a menudo, eso es lo mejor, porque si lo ves caerás en el orgullo fácilmente. Pero otros lo ven y la razón es que has estado con el Señor en un tiempo privado derramando tu corazón delante de Dios, rogando al Señor que la imagen de Cristo sea sobre ti, que te anime en la vida de la fe, que te haga valiente, que te equipe con perspicacia y sabiduría. Por lo tanto, puedes suplicar Su bondad y Su disposición de darte todas las cosas que necesitas.

Así que, en tus oraciones puedes descansar en la obra consumada del Señor Jesucristo en que, por amor a Jesús, Dios perdonará tus pecados. Dios te equipará para enfrentar todas tus necesidades, como dijo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis” (Mateo 7:7). Todo esto santifica el nombre de Dios. Él recibe la gloria, la adoración y la alabanza; y serás guiado a una nueva vida de obediencia al Señor Jesús. El Señor nos da la gracia para negarnos al mundo, rendirnos a Él y amarlo y buscarlo por sobre todas las cosas.

Por lo tanto, oremos continuamente por el Espíritu Santo en nuestras vidas. Eso es lo que Dios ha prometido. Que daría Su Espíritu Santo a los que se lo pidan. En Lucas 11:13: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” Verás, solo a través del Espíritu Santo podremos vivir como creyentes.

A través del Espíritu Santo Dios será santificado y honrado en tu vida, porque el Espíritu Santo da amor, gracia y misericordia. Provee todas las cosas en la vida y guía al pueblo de Dios. Los protege. Está con ellos al momento de partir de esta vida (Salmos 23:4). A través de Su Espíritu, Dios te instruirá y te enseñará el camino que debes seguir. A través de Su Espíritu, serás guardado de caer en pecado y con Su Espíritu podrás resistir las tentaciones del maligno. A través de Su Espíritu, llevarás el fruto del Espíritu Santo en tu vida.

Y a través de Su Espíritu, recibirás la sabiduría y la gracia en tu vida diaria. A través de Su Espíritu, el temor del Señor aumentará en tu vida; y caminarás con humildad delante del Señor y el Dios eterno será tu refugio y apoyo. Él será todo para ti, tu todo en todo (1ª de Corintios 15:28), así es como Dios es honrado y santificado en tu vida. Hará buenas todas las cosas y, por lo tanto, venir delante del Señor en oración para derramar tus suplicas delante de Él es un gran privilegio; también lo es, que Él sea un Dios que hará buenas todas las cosas (Marcos 7:37).

¿Sabes cuándo lo verás? Al final de tu vida cuando te presentes delante de Él. Es como un niño, hijo de un granjero. El granjero lo lleva con él a arar los campos juntos. El padre toma el arado, traza un surco en el terreno y da el arado a su hijo; su hijo sujeta el arado, pero el padre ha puesto su mano sobre su hijo. Luego, el hijo traza un surco derecho en el terreno. Al final del surco, el ojo ve a su padre con una sonrisa y el padre lo mira y le dice: “Bien hecho, hijo mío”. Pero esto fue posible por la mano del padre sobre el hijo y el muchacho sabe que fue su padre. Su padre lo hizo todo.

De esta manera, cuando el pueblo de Dios entre en el cielo, como leemos en la parábola, el Señor dirá: “Bien, buen siervo y fiel” (Mateo 25:21). Pero en realidad, Sus hijos dirán: “Tú lo has hecho todo. A ti sea todo el honor. Tú me has llevado por la vida. Tú lo has hecho todo. Santificado sea Tu nombre por toda la eternidad”. Y pondrán sus coronas a los pies de Dios, pues Él debe ser glorificado. Él lo hizo todo de principio a fin. Amén.

Gracias.

## *Lección 4*

---

# **VENGA TU REINO**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 4**

Bienvenido a esta cuarta lección de nuestra serie “La Belleza de la Oración”. Me gustaría comenzar considerando esta petición que el Señor Jesús nos enseña a hacer: “Venga tu reino”. Hasta ahora, hemos visto en la oración del Padrenuestro que el Señor Jesús nos dice que oremos: “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado por tu nombre. Venga tu reino”. ¿Existe una relación entre la primera petición y la segunda petición, entre “santificado sea tu nombre” y “venga tu reino”?

¿Hay una relación? Sí, lo hay porque ambos están enfocados en Dios, en Su gloria y en Su honor. En la primera petición, vemos que Dios es el Santo, y que debe recibir gloria, alabanza y adoración. Su nombre debe ser santificado. Vemos que Él es digno de ser amado. Él es el Soberano Todopoderoso, el Señor de señores, el Rey de reyes, y a Él se debe dar toda la gloria. No podemos comprender la grandeza del nombre de Dios.

Nos resulta difícil imaginar quién es Dios porque Él está muy por encima de nosotros. Por eso Su nombre debe ser santificado y honrado, eso es lo más importante en la vida. Esto también está conectado con la venida de Su reino, porque Su reino también es glorioso. Su reino se extiende por todas partes. En esta petición, el Señor Jesús nos toma de la mano y nos guía a través del reino de Dios y nos muestra cuán glorioso es. Así como Dios mismo es glorioso, Su reino también lo es. Es el reino del Señor Jesucristo que se aproxima, que está en desarrollo. Este reino vino a nuestro mundo cuando vino el Señor Jesús. Él nos reveló a Dios. Él predicó que el reino de los cielos había llegado, por lo tanto, arrepíentanse y crean en el Evangelio.

Desde Su venida, el reino de Dios ha venido a nuestro mundo. El Señor Jesús está liderando todos los eventos en la historia mundial para implementar la venida de este reino. Cuando este reino venga por completo, entonces todo Su pueblo, todos los elegidos de todas las edades y de todas las naciones estarán con Él, y lo servirán sin pecado. Ellos glorificarán eternamente al Señor. Lo amarán sobre todas las cosas. Qué glorioso es este reino. En ese reino no habrá pecado, ni oscuridad, ni mancha ni tachadura. Todos serán perfectos. Allí serán una multitud innumerable. Ese es el anhelo de Su iglesia en la tierra.

La venida de Su reino es lo más glorioso aquí en la Tierra, y por eso Su pueblo ama a Su iglesia. Su iglesia es la manifestación de Su reino y busca la venida de Su reino porque este será la gloria de Dios.

También es importante, al considerar lo que el Señor Jesús nos enseña: “Santificado sea tu nombre, venga tu reino”. Lo que el Señor Jesús nos enseña en relación a esto: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. Todo esto, nos muestra que Dios debe tener todo el énfasis. Dios y Su honor están muy por encima de todo lo demás. Cuando el Señor Jesús nos enseña a orar, primero nos enseña a orar hacia Dios. Es decir, por Su honor, por la extensión de Su reino y para que los pecadores aprendan a hacer su voluntad. Eso es lo más importante. Dios debe tener todo el énfasis y la prioridad en nuestras oraciones.

Después de eso, podemos poner todas nuestras necesidades delante del Señor como el Señor Jesús nos enseñará en la cuarta petición: “Danos nuestro pan de cada día”. Esperamos considerar eso en otra lección más adelante. Vemos que, si bien nuestras necesidades personales son importantes, los aspectos de la oración mucho más importantes deben enfocarse en Dios, en Su reino y en que Su voluntad sea hecha en las vidas de las personas. Que aprendan a seguirlo. Eso debe tener el énfasis también en nuestras oraciones personales.

Ahora, nos enfocaremos en esta petición: “Venga tu reino”. Primero que nada, podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿Qué significa ‘el reino de Dios’? Para contestarla podemos referirnos al reino de Dios en la naturaleza. El Señor Dios creó los cielos y la tierra. Él creó a todos los seres, así como los animales y las plantas. Por eso, en la naturaleza vemos Su reino; lo que Él Señor creó. Los océanos, el universo, Él los hizo todos y puede comandar sobre ellos. Los vientos y los mares son sus súbditos.

En conexión con Su reino en la naturaleza, también podemos referirnos al reino de Su Providencia. Ninguna persona puede vivir sin Dios, en Él vivimos y de Él proviene nuestro ser. No podemos hacer nada sin Él. Este mundo no está gobernado por el destino, sino que está gobernado por Dios, por Su Providencia. El Señor Dios ordena todas las cosas y, en Su trato providencial con este mundo, el Señor Dios muestra Su poder, Su majestad y Su bondad. Todo está bajo Su control.

Cuando decimos “venga tu reino”, no nos estamos refiriendo al reino de Dios en la naturaleza o, a Su gobierno providencial para dirigir todas las cosas en este mundo y en nuestras vidas. Cuando decimos “venga tu reino”, nos estamos refiriendo al reino especial de Dios. Ese es el reino donde Dios es obedecido y amado. Podemos decir que el reino de Dios consiste de todos aquellos que obedecen y aman al Señor Dios, que lo reconocen como Gobernante, como Señor, que aprenden a inclinarse ante Él y que tienen ansias de obedecerlo. Su reino que está presente en el cielo es perfecto. Ahí se encuentran los ángeles, que siempre están listos para hacer la voluntad de Dios y atender a Su llamado. Sin objeción alguna, siempre están listos y preparados para hacer la voluntad de Dios.

En el cielo, es donde también se reúne la innumerable multitud de los salvos de todas las épocas. Ya se encuentran ahí, alabando, honrando y amando a Dios. Esa es la manifestación del reino de Dios en el cielo. Además de eso, el Señor Dios también tiene Su reino aquí en la tierra. Su reino en la tierra se encuentra donde sea que las personas se inclinen ante Él. No es un reino exterior con una ciudad capital, tampoco es un reino geográfico. Es un reino espiritual que, de nuevo, consiste en todos aquellos que se inclinan ante Él, ya sea que vivan en China o en África o en América. Todos los que han aprendido a seguirlo y amarlo y que desean obedecerlo, juntos forman el reino de Dios aquí en la tierra.

También llamamos a esto el reino en el que se manifiesta Su gracia. El Señor gobierna sobre este reino, Su reino aquí en la Tierra con Su poder, con Su amor y cuidado porque se preocupa por Su pueblo. Los ha regenerado. Los ha comprado con su sangre. Él los cuida. Él protege a su pueblo en la vida y en la muerte. Le pertenecen a Él.

Podemos decir que el Reino de Dios en la tierra es en realidad Su iglesia, pero no es la iglesia externa como la vemos, porque sabemos por las Escrituras que no todos los que pertenecen externamente a Su iglesia son miembros verdaderos. Solo aquellos que han nacido de nuevo, que han aprendido a amar al Señor Jesús con su corazón, quienes han sido atraídos por Su amor, han sido redimidos por Su sangre y cuyos corazones han sido renovados, pertenecen a la iglesia de Cristo. Ellos pertenecen a Él y desean honrarlo. Ahí es donde el pueblo de Dios ama honrar Su nombre y promover Su reino.

Este reino es muy hermoso. Es un gozo en la tierra. Es una bendición cuando el Señor establece Su reino en una nación. Hay varias naciones en este mundo donde el Señor tiene a Su pueblo y es una bendición para tales naciones y para la sociedad que haya cristianos; personas que aprendan a obedecer a Dios y amarlo. Todas estas personas pertenecen a Su Rey, el Señor Jesucristo, porque Él pagó por sus pecados. Los redimió del poder del diablo, y están conectados a Dios con lazos de amor. Todo esto, por obra del Espíritu Santo de Dios.

El reino de Dios está creciendo aquí en la tierra. Crece porque diariamente más personas se convierten. Incluso podemos decir que el reino celestial de Dios también está creciendo porque todos los días, parte de Su pueblo es llevado de la tierra al cielo. Allá están con Él y la multitud en el cielo crece diariamente. Podemos decir que Su reino está creciendo en el cielo, pero especialmente aquí en la tierra. En eso nos centramos en esta oración. Oramos para que Su reino se expanda aquí en la tierra. Podemos tener la certeza de que cada día las personas se están convirtiendo en todo el mundo y que el Espíritu Santo, por Su poderosa obra, está ganando ciudadanos para este Reino de Dios. El Señor está trabajando reuniendo pecadores, y por eso este Reino está creciendo. Por lo tanto, el

Señor hace uso de ministros, de los que tienen un cargo en la iglesia, ancianos y diáconos. El Señor hace uso del testimonio de Su pueblo, porque todos los hijos de Dios están llamados a ser testigos y a hablar de las bendiciones de Su Rey, pero especialmente los pastores están llamados a ser fieles en la proclamación de Su Palabra.

A veces los pastores pueden preguntarse: '¿De qué sirve todo mi trabajo? Parece tan inútil'. Sin embargo, tal vez sepas que, como dice Pablo al final de 1ª de Corintios 15, su labor no es en vano en el Señor (versículo 58). El Señor hace uso de las labores de sus siervos a medida que estos proclaman Su reino. De una manera poderosa, a veces desapercibida para nosotros, el Señor utiliza la proclamación de Su Palabra por medio de Sus siervos. Es una gran vocación, porque están llamados a ser compañeros de trabajo con Cristo. Es glorioso, es el trabajo más hermoso que una persona puede hacer. Es un trabajo que tiene un impacto eterno. El Señor bendice a sus siervos y los fortalece. A través de su servicio, el Señor hace que Su reino crezca.

Ahora, el Señor hace que Su reino crezca debido a la realidad del pecado. Porque lo que ocurre en nuestras vidas es que la humanidad está bajo el poder y el dominio del pecado. Las personas necesitan ser liberadas de ese dominio. Están bajo la esclavitud del pecado y necesitan ser lavados, redimidos y guiados hacia una nueva vida con Cristo. Debido a la presencia del pecado en esta sociedad y en nuestro mundo es posible un aumento del reino de Dios. Diariamente, las personas son liberadas de esa esclavitud del pecado y conducidos a una vida con Cristo.

Debes entender que una vez hubo un día en la historia cuando todo el mundo pertenecía al reino de Dios. Había vida y abundancia, felicidad y paz, pero luego el pecado entró en nuestro reino porque el hombre se rebeló contra Dios y eligió el lado del diablo. Los resultados fueron horribles. La muerte y la miseria entraron en este mundo, y el reino de Dios se rompió aquí en la tierra.

Entonces Dios, en Su amor inexplicable, envió a Su Hijo para que soportara las consecuencias del pecado y pagara el precio, la pena del pecado. Conquistó la muerte y ganó y ameritó el Espíritu Santo que da vida. En realidad, este reino comenzó en el Antiguo Testamento. Era bastante pequeño. Comenzó con Adán y Eva, pasó por Abel. Luego el Señor comenzó de nuevo con Noé. Cuando nuevamente el pueblo de Dios lo abandonó y cuando el mundo se vio envuelto en la maldad, entonces el Señor comenzó de nuevo con Abraham y a través de Abraham, el pueblo de Israel.

Recibieron la luz de la Palabra de Dios. Se les dijo que el Mesías, el Salvador prometido, vendría a través de ellos. Cuando vino el Señor Jesús, le dijo al pueblo en Marcos 1:15: "El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio". Pero sabemos lo que sucedió. Israel rechazó al Señor Jesús, e Israel, junto con los paganos, crucificó al Señor Jesús. La humanidad no quería inclinarse ante Cristo.

Después de Su resurrección y ascensión, Dios derramó su Espíritu Santo. Fue entonces cuando sus apóstoles comenzaron a predicar el reino de Dios en todo el mundo. Entonces el reino de Dios se extendió por todas las naciones. Y así, aunque nadie preguntaba por Dios y nadie buscaba a Dios, Dios se estaba asegurando de que las personas se convirtieran, de que nuevamente hubiera personas aquí en la tierra que vivieran de acuerdo con la voluntad de Dios, que amarían Dios y honrarían Su nombre. Esta gloriosa obra de Dios, de salvar a los pecadores, continuará y continuará hasta el final de los días.

Luego, en el día final, Dios derrocará a todos Sus enemigos. Él condenará a Satanás, y luego el Señor Dios establecerá Su reino aquí en la tierra. Esta tierra será renovada. El cielo y la tierra se unirán, y el Señor Jesús reinará para siempre con Su pueblo en gloria y paz.

Cuando pedimos "venga tu reino", estamos pidiendo que este glorioso reino venga y que, por lo tanto, ahora, en el tiempo que queda entre nosotros y el día del juicio, Dios extienda Su reino, que muchas personas se conviertan, que en todas partes el Evangelio tenga cabida en la vida de las personas. Cuando pedimos "venga tu reino", en realidad oramos para que las personas sean liberadas de religiones falsas como el islam, el budismo y el hinduismo. Oramos por la conversión de los judíos y oramos para que las personas en todos los lugares aprendan a inclinarse ante el Señor Jesús como el único Salvador, y por eso estamos llamados a orar: "Venga tu reino".

Con relación a esto, debemos orar por aquellos que sufren por causa del Señor Jesús. Oramos por otras personas para que se conviertan. Oramos para que Su iglesia continúe a pesar de la ignorancia del hombre, a pesar de la persecución y de las tribulaciones. Al recordar a las personas que nos rodean en oración, podemos creer que Dios escuchará estas oraciones, que el Señor Dios fortalecerá a los encarcelados y a los que sufren dolor y vergüenza por el nombre de Cristo. Creemos que Dios convertirá a las personas que ahora ignoran el Evangelio.

Confesamos y creemos que Dios hará que los pecadores se conviertan y que Su pueblo será fortalecido en medio de sus luchas.

Mientras pedimos al Señor que venga Su reino, pedimos que los errores y las herejías sean desenmascarados y que muchos puedan recibir el poder de la piedad. Oramos para que el pueblo de Dios sea revivido y que todos los enemigos de la iglesia sean derrocados, que todos los planes perversos del diablo se deshagan. Todo esto pertenece a la petición “venga tu reino”.

¿Cómo está tu vida de oración? ¿Oramos por las personas que nos rodean? ¿Oramos para que otros también conozcan la salvación? Entonces también es nuestro deber ser testigos de esta gran salvación. Por eso también debemos contarle a quienes nos rodean de esta salvación. Necesitamos ser un ejemplo vivo de piedad para ellos. Esa es la parte más difícil. Es difícil hablar sobre el Señor Jesús, pero es mucho más difícil ser un testigo vivo de nuestras acciones y comportamiento. Y así, con relación a esta oración, “venga tu reino”, es necesario que también seamos testigos vivos del Señor Jesucristo porque es realmente glorioso ser liberado de la esclavitud del diablo, de todos los vientos de este mundo, de una vida de vanidad; que el vacío se transforme en plenitud, que veamos la gloria de Dios y que aprendamos a amarlo. Así tendremos un objetivo en la vida.

Al considerar esta oración: “Venga tu reino”, también debemos preguntarnos a nosotros mismos, si pertenecemos a Su reino. Es decir: ¿El Espíritu de Dios llena nuestras vidas? ¿El Espíritu Santo ha llenado tu vida? Cuando el Espíritu Santo obra en nuestras vidas, nos muestra que nos hemos rebelado contra Dios. Nos muestra que tenemos un corazón que está en contra de Dios, que queremos centrarnos en nuestros propios deseos en la vida. El Espíritu Santo nos revela nuestra propia culpa. Él nos humilla, y nos damos cuenta de cuán inclinados estamos a seguir nuestros propios caminos, incluso después de haber experimentado la gracia, que con mucha frecuencia buscamos hacer nuestra propia voluntad.

El Espíritu Santo nos da el deseo de humillarnos delante de Dios. El Espíritu Santo nos enseña a amar a Dios sobre todo lo demás. Cuando pedimos “venga tu reino”, oramos para que nosotros también pertenezcamos a este reino. En realidad, podríamos verbalizar esta petición diciendo: “Reina de tal modo sobre nosotros por tu Palabra y Espíritu, que nos sometamos cada vez más y más a Ti”. Y así, esta petición, “venga tu reino”, nos muestra la necesidad de obediencia personal porque el reino de Dios tiene lugar en nuestras vidas a través de la obediencia, la obediencia humilde.

El Espíritu Santo nos enseña a depender completamente del Señor Dios. El hombre, por naturaleza, sueña con gobernar su propia vida, pero el Señor Jesús le enseña a las personas a orar: “Reina de tal modo sobre nosotros por tu Palabra y Espíritu, que nos sometamos cada vez más y más a Ti”. ¿Es esta también tu oración? ¿Es esto lo que te motiva? Este debe ser nuestro deseo en la vida, que aprendamos a tener al Señor como nuestro Rey, que Él reine en nuestras vidas, que Él gobierne nuestras vidas. ¿Hemos aprendido a orar: “Señor, llévanos a la gloria de Tu nombre”? ¿Hemos aprendido a orar: “Señor, glorifícate en nuestras vidas”?

Si no conocemos esta oración, entonces todavía resistimos a Dios, y no queremos que Él gobierne nuestras vidas. Entonces, estamos solos. Si estamos sin este Rey, si no pertenecemos a Su reino, entonces vivimos solos. Nadie se preocupará por nosotros. El diablo ciertamente no se preocupará por nosotros. El mundo no puede cuidar de nosotros y nosotros no podemos cuidar de nosotros mismos. ¿Quién te protegerá del peligro? ¿Quién te guiará por esta vida? ¿Quién estará contigo cuando tengas que morir? Sin inclinarte ante el Señor Jesús en verdad, te estás apartando de la fuente de toda vida. Estar así es una condición muy miserable.

Observa cuán bueno es el Señor Jesús, que nada puede separar al pueblo de Dios de Su amor y que se preocupa por ellos. Cuando Él es tu Rey, nunca estás solo. Él te fortalece y te guía. ¿Cómo guía el Señor en la vida? Él guía a través de Su Palabra y a través de Su Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos enseña a obedecer a Dios según Su Palabra.

También observamos que esta petición se cumplirá. El cumplimiento de esta petición, “venga tu reino”, se ve en la vida de las personas que aprenden a obedecerlo. Ellos aprenden a amar a Cristo y a Su iglesia, y esa es una manifestación de Su reino. En ese momento desearíamos apoyar a la iglesia de Dios. Veremos que los pecadores seguirán a Cristo. Cuando hemos sido ganados para el Señor Jesús, pertenecemos a Su iglesia y la amamos. Entonces, cuidaremos de ella, la respaldaremos y oraremos por ella, para que sea librada de los ataques del maligno porque el diablo siempre está ocupado intentando obstaculizar y detener el progreso del reino de Dios. El diablo es un gran adversario y enemigo del Señor. Él siempre está ocupado intentando arruinar la iglesia. Él

odia la iglesia porque odia al Rey de la iglesia. El diablo hace esto porque es malvado. Cuando pedimos “venga tu reino”, estamos orando para que Dios derribe los planes perversos del diablo.

De todas las maneras posibles, el diablo tratará de dañar a la iglesia mediante la persecución, la mundanalidad, la religión falsa. Debemos orar para que el Señor sostenga a su pueblo bajo persecución. Cuando pedimos “venga tu reino”, oramos para que la iglesia que se está volviendo tibia reviva y para que las herejías puedan ser derrocadas. Oramos para que en todas partes Su iglesia crezca y se haga sana y fuerte. Esta es una oración también contra nuestras propias inclinaciones, nuestra tibieza y nuestra pereza natural. Esta petición nos acusa personalmente de que estamos centrados en nosotros mismos y no en Su iglesia como deberíamos estarlo.

Cuando pedimos “venga tu reino”, en realidad estamos orando: “Que mi reino caiga y que mi honor tenga poca o ninguna importancia, pero que Tu reino se establezca. Entonces Tu verdad será reconocida, y la gente encontrará vida eterna y verdadera salvación en Cristo”. Oramos: “Glorifícate, oh Señor, al expandir y preservar Tu iglesia y protegerla de todos sus enemigos”.

Esta petición finalmente conducirá a la gloria de Dios porque el reino de Dios debe venir, y vendrá. Y entonces el Señor lo será todo en todo. Él lo será todo para el pueblo de Dios. Esta es la esperanza y la expectativa de todo el pueblo de Dios. Por eso, cobran valor y siguen adelante. Saben que Su reino vendrá. Es por eso que nuestro enfoque no debe estar en nuestra propia comodidad o en nuestros propios deleites o en nuestra propia prosperidad, sino que nuestros deseos sean por la gloria de Dios, por la extensión de Su reino. Para que los pecadores se salven, para que aprendan a amar a Dios sobre todas las cosas.

Entonces desearemos que venga el glorioso reino de luz de Dios, y que el diablo y todos los enemigos sean vencidos. Esto será una realidad en tu vida cuando el Señor te haya ganado para Su reino. En ese momento no podrás ser de otra manera, sino que anhelarás la extensión de Su reino, en todo el mundo, pero también la extensión de Su reino en tu propia vida, serás conquistado para Él cada vez más. ‘Enséñame a hacer tu voluntad, oh Señor. Enséñame a crucificar mi propia carne. Que muera el viejo hombre dentro de mí, y enséñame a llevar el fruto de Tu Espíritu para que Tu reino venga dentro de mí. Que tu amor, oh Señor, me constriña. Enséñame a ser una bendición para los demás, aunque en realidad no soy nada”.

Luego pides: “Lléname de tu Espíritu, oh Señor, y abre mis labios para que pueda hablar tu palabra”. Y así tienes paz en tu corazón. Tienes un objetivo en la vida; un poder todopoderoso está de tu lado. Él cumplirá esa petición en tu propia vida. Dios recibirá gloria en tu vida, y anhelamos y creemos que Dios también será glorificado en la vida de muchas otras personas. ¡Qué gran prospecto es este! El momento en el que todos los pecados sean quitados, la ley de Dios sea implementada completamente en la vida de su pueblo y el pueblo de Dios esté para siempre con Él en Su luz gloriosa en la Nueva Jerusalén con un nuevo cuerpo, un nuevo nombre, deseos nuevos y perfectos, cuando Él sea su todo en todo. ¡Qué gran prospecto que Él haya dicho!: “He aquí que yo hago cosa nueva”. Esa será la manifestación final de Su reino. Eso durará por siempre y para siempre. Nunca más ningún ataque. Nunca habrá más tentaciones. El diablo será derrocado y entonces mi carne pecaminosa se purificará. Habrá una nueva tierra en la que morará la justicia. El reino de Dios equivaldrá a esto.

Juan vio, en Apocalipsis 21: “Un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron” (versículo 1). “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (versículo 4). Esto sucederá porque se basa en la muerte y resurrección de Cristo a quien se le da todo el poder en el Cielo y en la tierra, y así podemos orar con expectativa. Podemos orar con fervor. Podemos seguir orando constantemente: “Venga tu reino”. Gracias.

## *Lección 5*

---

# **HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, ASÍ TAMBIÉN EN LA TIERRA**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 5**

Bienvenido a la quinta lección de nuestra serie “La Belleza de la Oración”. Nos enfocaremos en la tercera petición del Padrenuestro, que dice así: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. Al considerar esta petición, muchas personas hacen una comparación con lo que el Señor Jesús soportó en el jardín de Getsemaní. Sabes que allí el Señor estuvo angustiado porque sintió que el terrible tormento de Dios venía hacia Él. Allí, Él luchó en medio de la densa oscuridad y tenía mucho miedo porque sabía lo que le iba a pasar. Tuvo que soportar la ira de Dios, y esta se desataría contra Él en toda su plenitud. Su alma estaba tan angustiada que les dijo a Sus discípulos en Marcos 14 versículo 34: “Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte”. Fue entonces cuando oró, Marcos 14, versículo 36: “Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; más no lo que yo quiero, sino lo que tú”, así, el Señor Jesús se negó a Sí mismo. Dijo: “Que no se haga mi voluntad sino la tuya, Padre Mío”.

A veces, esto es considerada como la interpretación de esta tercera petición. La gente entiende que esta petición significa que debemos aprender a negarnos a nosotros mismos y que la voluntad de Dios se haga en nuestros corazones y aprender a orar ‘que no se haga mi voluntad, sino la tuya’. Bueno, sin duda hay días en nuestras vidas en los que atravesamos ciertas luchas donde nos gustaría tomar cierta dirección, donde Dios nos enseña a ver que no se hará nuestra voluntad, sino la suya; del mismo modo, puede haber días en los que no entendemos la guía de Dios y surge la necesidad de ser humildes y orar: “Señor, que no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Esa es una oración de abnegación, y es perfectamente necesaria, legítima y verdadera, pero, aun así, esa no es toda la interpretación de esta tercera petición. Podemos decir que es parte de esta petición, pero el significado real de esta petición es que pedimos que nosotros y otras personas aprendamos a hacer la voluntad de Dios positivamente. Entonces, en primer lugar, no es que aprendamos a negarnos a nosotros mismos, sino que, puesto de manera positiva, aprendamos a vivir de acuerdo a la voluntad de Dios en la totalidad de nuestras vidas.

¿Qué quiere Dios que hagamos? La voluntad de Dios para nosotros es que lo amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas. La voluntad de Dios es que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Esto es lo que el Señor Jesús explica en Mateo 22. Esta es la voluntad de Dios, Su voluntad revelada para nuestras vidas; y por eso, cuando oramos: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, estamos rogando que las personas aprendan a vivir según la voluntad

revelada de Dios, amando a Dios en todo lo que hacen y al prójimo como se aman a sí mismos. Es una oración positiva, que nos acompañará a lo largo de nuestras vidas porque debemos aprender continuamente a andar en los caminos de Dios.

Esta petición comienza refiriéndose al cielo: “Hágase tu voluntad, como en el cielo”. La voluntad de Dios se hará en el cielo, pero ¿Qué quiere decir “en el cielo”? ¿Quiénes están en el cielo? Allí es donde están los ángeles y la iglesia redimida de Dios. En el cielo, los ángeles están escuchando a Dios continuamente y lo obedecen. Siempre son obedientes y fieles en hacer lo que Dios les dice que hagan. Así como los ángeles siempre son obedientes a Dios, el Señor Jesús nos dice que nosotros en la tierra también deberíamos estar siempre haciendo las cosas que Dios quiere hagamos; por eso, esta petición se refiere a asuntos prácticos en la vida diaria. Nos referimos aquí a nuestro llamado diario. El Señor quiere que vivamos de acuerdo con Su voluntad y que lo hagamos con toda diligencia. Por otra parte, pensamos en los ángeles. Ellos, sin murmurar, obedecen Su voluntad. También deberíamos hacer lo mismo: atentos a seguir Su señal, Su voluntad, Su dirección; y obedecerlo tan fieles y voluntariamente como los ángeles en el cielo.

Vemos un ejemplo de vivir según la voluntad de Dios en el Señor Jesucristo. Su vida entera estaba enfocada en Dios y lo podemos ver desde que era niño. Cuando el Señor Jesús era un niño de 12 años, estaba en el templo y le encantaba estar allí. Estuvo allí por tres días y habló con los maestros y les hizo preguntas y ellos le hicieron preguntas. ¡Oh! Amaba y deseaba estar en los negocios de Su Padre. Habló con los doctores de la ley. Era Su deleite. Cuando Su madre y José lo buscaban ansiosamente, tuvo que regresar a Nazaret y no pudo permanecer en el templo. Tenía que obedecer. Era la voluntad de Dios para Él en esta etapa de Su vida.

Leemos en Lucas 2 versículo 51: “Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos”. Estaba haciendo la voluntad de Dios, la cual estaba llamado a hacer. Allí en Nazaret, tenía un trabajo diario. Era el hijo de un carpintero, por eso fue entrenado como carpintero. Este era Su llamado, y lo aceptó. Tenía que trabajar en esa aldea polvorienta y de madera de Nazaret, lejos de la casa de su Padre, pero lo hizo sin murmurar. Lo hizo con devoción. Él se dedicó a la obra que el Señor le había dado. Podemos estar seguros de que el Señor Jesús era un buen carpintero y que realizó un buen trabajo porque sabía que esa era la voluntad de Dios para Él. Entonces, en su trabajo diario, estás llamado a hacerlo bien y a hacerlo de manera diligente.

Esa es la voluntad de Dios para nuestra vida diaria, pero también existe la obediencia en la vida espiritual porque aprendemos a hacer la voluntad de Dios y a vivir de acuerdo con Sus instrucciones. La realidad es que somos criaturas caídas que nos hemos alejado de Dios y, por lo tanto, nuestra voluntad se ha pervertido. Deseamos hacer nuestra propia voluntad y no la voluntad de Dios. Mi inclinación es a odiar a Dios y a mi prójimo y por eso me rebelo contra la voluntad de Dios. Esa es mi naturaleza, mi naturaleza corrupta. Ahora bien, nuestra voluntad debe ser cambiada. Todo el mecanismo dentro de nosotros nos lleva en la dirección opuesta, lejos de Dios y ahora el Espíritu Santo de Dios debe entrar en nuestras vidas para guiarnos en la dirección de Dios. El Espíritu Santo da a las personas un nuevo corazón, quita el corazón de piedra y les da un corazón de carne. De esa forma, las personas reciben el Espíritu Santo de Dios en sus vidas y sus voluntades son cambiadas. Esa enemistad contra Dios es rota. Su voluntad está limitada y ahora anhelan hacer la voluntad de Dios. Son movidos por el amor de Dios.

Todo esto es obra del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios te muestra tu depravación y culpa y el Espíritu Santo te renueva. ¿Esto ya ha sucedido en tu vida? ¿Quién mueve tu vida? ¿Quién dirige tu voluntad? ¿Quién te dirige? Nos dirige el Príncipe de las tinieblas o el Rey de reyes. ¿Dios está guiando tu vida? ¿Ha renovado tu voluntad? Pídele a Dios que Su Espíritu Santo obre poderosamente en ti. No puedes cambiar tu propio corazón. No puedes renovar tu propia voluntad, pero Dios puede hacerlo. Él puede renovarte. Cuando el Espíritu de Dios entra en tu vida, ¿qué sucede? Bueno, ya no puedes seguir viviendo como solías vivir. Te das cuenta de que extrañas a Dios. Te inquietas y necesitas vivir según la voluntad de Dios.

Al entender esto, el Espíritu Santo te atrae con lazos de amor y te guía a orar: “Enséñame, oh, Señor, a hacer Tu voluntad”. Ya no confías en tu propia visión. Ya no quieres hacer tu propia voluntad, necesitas que Dios te fortalezca y te das cuenta de que eres débil. Necesitas Su gracia, no solo una vez, sino a lo largo de tu vida, ya que repetidamente estamos inclinados a seguir nuestro propio camino, pero debemos seguir el camino de Dios. Por eso el Salmo 86 dice: “Enséñame, oh Jehová, tu camino; caminaré yo en tu verdad; Afirma mi corazón para que tema tu nombre” (versículo 11), porque por naturaleza nuestro corazón es como los dedos de nuestra mano, y

nuestro corazón se va en todo tipo de direcciones, pero ahora todos estos dedos deben unirse para que podamos aprender a hacer la voluntad de Dios: “Afirma mi corazón para que tema tu nombre”. Entonces la imagen del Señor Jesús es puesta sobre ti y muestras los frutos del Espíritu Santo. Te deleitas en hacer Su voluntad y en la Tierra, es solo un comienzo. Aprenderás perfectamente a hacer la voluntad de Dios cuando estés con el Señor en gloria, donde tu voluntad será renovada.

Si nos resistimos a Dios y rechazamos Su llamado sobre nuestras vidas, debes saber que ciertamente perecerás. Aquellos que resisten a Dios y se niegan a hacer Su voluntad, que van en Su contra y no se niegan a sí mismos, perecerán. Es una bendición rendirte ante este Dios y aprender a abandonar tu propia voluntad para hacer la suya. Es una bendición cuando el Señor se adueña de tu vida y te enseña a caminar según Sus caminos. Entonces, oraras continuamente: “Enséñame a hacer tu voluntad, oh Señor”.

Vemos que a menudo vamos en contra de Dios y luego lo confesamos ante Él. Tal vez fallaste, tal vez muchas veces, pero no descanses en tus fallas y no te alejes de Dios. No te quedes sin Cristo, sino confiesa tu fracaso y busca Su gracia para que se haga Su voluntad en tu vida. Cuando se nos llama a orar: “Hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra”, estamos orando para que aprendamos a vivir personalmente según la voluntad de Dios. Esa es una lucha de toda la vida, pero también estamos orando por otras personas y ese es un llamado cristiano de orar unos por otros. Así que oramos para que la voluntad de Dios también se haga en la vida de otras personas. Una vez más, no queremos decir que la dirección y el gobierno soberano de Dios vendrá a sus vidas porque el gobierno de Dios se llevará a cabo independientemente, pero estamos pidiendo que otras personas aprendan a inclinarse ante la voluntad de Dios, para que aprendan cada vez más a Entreguen sus vidas al Señor Dios. Eso es lo que llamamos oración intercesora.

Debemos ser hombres y mujeres de oración. Juan Bunyan retrata esto maravillosamente en su majestuoso trabajo, *El Progreso del Peregrino*. Allí nos muestra la imagen de un hombre que fue retratado en una pintura y sus ojos se alzaban al Cielo. El mejor de los libros estaba en su mano y la ley de la verdad estaba escrita en sus labios. El mundo estaba a sus espaldas y se ponía de pie como si suplicara a los hombres, y tenía puesta una corona de oro sobre su cabeza. Esta es la imagen de un cristiano que ya no vive para el mundo, sino que cumple con la santa revelación de Dios y es un hombre de oración.

Un cristiano debe orar por las personas a su alrededor. Antes que nada, un cristiano debe orar por sí mismo, por eso, oramos por la obra de Dios en nuestros corazones y en nuestras vidas, pero también debemos orar para que la obra de Dios se lleve a cabo en los corazones de las personas que nos rodean. Encontramos que esto se enfatiza repetidamente en las Escrituras. La oración es un cierto poder. El apóstol Pablo estaba convencido del poder de la oración, aunque todo es por gracia y, aunque no tenemos poder, estamos invocando a Dios, que tiene todo el poder para que enseñarles a otras personas a vivir según Su voluntad. Las personas, tu propia familia, tal vez tu esposo o esposa, tal vez tus padres o tus hijos, tal vez, conocidos u otras personas a quienes evangelizas, Dios puede cambiar sus vidas y hacer que aprendan a hacer la voluntad de Dios y que lo hagan con gozo y alegría. Dios puede cambiar sus corazones y está dispuesto a escuchar la oración.

El apóstol Pablo puso énfasis en la oración. Lo encontramos repetidas veces en Romanos 15:30: “Pero os ruego, hermanos... que me ayudéis orando por mí a Dios”. Pablo mismo necesitaba la oración. Necesitaba que lo enseñaran a hacer la voluntad de Dios. Necesitaba ser guiado más adentro en los caminos de la salvación y también en Efesios 6:19–20: “y súplica por todos los santos y por mí, a fin de que al abrir mi boca... que con denuedo hable de él, como debo hablar.” En 2ª de Tesalonicenses 3:1: “Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra”. Hebreos 13:18: “Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo”. Pablo necesitaba las oraciones de las personas que lo rodeaban porque creía que Dios escucharía esa oración, por lo cual él mismo oró mucho por otras personas a su alrededor. Este es el llamado de un cristiano a orar por otras personas para que se conviertan y aprendan a hacer la voluntad de Dios.

Esta es una oración personal que debemos conocer en nuestra vida privada. Pero, además, esta petición de que las personas aprendan a hacer la voluntad de Dios también es una oración ofrecida por la iglesia, es por eso que debemos unirnos como congregaciones para pedir que otras personas aprendan a hacer la voluntad de Dios. El Señor se deleita al ver a Su pueblo reunido para hacer esa oración, y encontramos esto bellamente redactado en el Salmo 87. Allí leemos en el versículo 2 las siguientes palabras: “Ama Jehová las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob”.

¿Qué quiere decir eso? ¿Qué son las puertas de Sion? Ese es el lugar de las reuniones corporativas oficiales del pueblo de Dios. Estas puertas eran anchas y muy amplias para que el pueblo se reuniera allí. Sentarse en la puerta de una ciudad significaba que esa persona era miembro del consejo municipal, por ejemplo, Lot. Él se sentó a las puertas de Sodoma, y Booz reunió a 10 hombres a su alrededor para sentarse en las puertas de Belén, ya que quería asegurar que Ruth fuera su novia. Las puertas de Sion, constituían los lugares de reunión del pueblo de Dios, y esto se refiere a los servicios de adoración pública de la iglesia. Allí se ofrecía la oración. La oración corporativa era ofrecida conjuntamente por el pueblo de Dios.

La expresión “las moradas de Jacob” se refiere a los hogares individuales del pueblo de Dios. Allí también elevaban oraciones al Señor y esa oración era efectiva y el Señor las escuchaba. No oraban en vano, pero las Escrituras nos dicen que el Señor tiene un deleite especial en las oraciones de Su pueblo cuando se reúnen en los servicios oficiales de adoración. Por eso este texto: “Ama Jehová las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob”, Es un gran estímulo para que las iglesias se reúnan para la oración corporativa. Estas oraciones son por la extensión del reino de Dios, que los pecadores aprendan a hacer la voluntad de Dios, que las personas sean ganadas para Cristo, que sus corazones se renueven y que Su Palabra entre en sus vidas para que Dios sea glorificado.

¿No es esto lo que el Señor Jesús quiso decir en Mateo 18:19? “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”. Esto muestra nuevamente la necesidad de oración comunitaria y corporativa. El Señor se deleita en que Su pueblo se junte al unísono para ofrecer oración ante el Señor. Él escucha tales oraciones.

Además, esta petición: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, debe estar en nuestras oraciones personales para que podamos aprender a hacer la voluntad de Dios, y no sólo eso, sino que también otras personas, ya sea que estén cerca o lejos, aprendan a hacer la voluntad de Dios. Esta oración es esencial y necesaria. Es un trabajo duro que requiere de tiempo y abnegación. Pero es muy importante, porque Dios escucha la oración y el incorpora tu oración en Su plan de salvación. Tus oraciones hacen una diferencia.

Verás, no podemos cambiar a una persona. No podemos convertir a un pecador. Ese es el trabajo de Dios, y Dios lo hará. Mientras tu solo observas, el hará cosas maravillosas, puede que ni siquiera estés involucrado, pero si oraste por eso. Dios escucha, y aunque lo hace a Su manera y en Su propio tiempo, Dios escucha la oración. Existen numerosos ejemplos en la historia de la iglesia, y tal vez lo has visto en tu propia vida, cómo estabas orando por la conversión de otra persona y el Señor escuchó esa oración porque el Señor es fiel. Cuando oras a Dios, Él está escuchando y toma en serio tus oraciones, y es más que capaz y está más que dispuesto a concederte tu solicitud, por eso, debes orar con expectativa.

Consideremos este pasaje de 2ª de Crónicas 16:9: “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él”. Esto significa que Dios busca a los que lo buscan, aquellos que piden que ocurran cosas que no pueden hacer por sí mismos. Por eso, ora con expectativa.

Ora también con fervor, consciente de que estás invocando al mayor poder que existe, el poder de Dios Todopoderoso, y que Él ha prometido escuchar tu oración. Ten una actitud de seriedad en tus oraciones. Toma el reino de Dios con violencia. Acuérdate de Jacob suplicando al Señor en Peniel en Génesis 32:26: “No te dejaré, si no me bendices”. Acuérdate de las súplicas de Daniel en Daniel 9:19: “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo”. Ora también con fe, porque en Marcos 11:24, leemos: “Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”. Ora con fe.

Además, sé particular en la oración. Sé particular cuando expongas las necesidades de otras personas ante el Señor, cuando veas cuán endurecidas pueden estar, cuando veas cuán indiferentes pueden ser. Ponlo todo delante de Dios. Una persona comprometida en la oración será un muro de fuego alrededor de un país, una iglesia o una familia. La oración de un hijo de Dios que está solo, tal vez en la cárcel o tal vez atado a su hogar, cuando ora, esa oración puede ser poderosa por la gracia de Dios. Los enemigos del evangelio le temen a esa oración. Es por eso que el diablo ataca y asalta a las personas que se dedican a la oración.

La reina de Escocia, en el día de la Reforma Protestante, temía las oraciones de John Knox, el reformador piadoso escocés. Tenía más miedo a sus oraciones que a todo un ejército de soldados. El yerno de John Knox, John Welch también fue un ministro. Era conocido por levantarse en medio de la noche y rogarle a Dios en oración, y su esposa en una ocasión temió que su esposo se resfriara, y ella lo siguió a la habitación en la que él se había

retirado. Ella lo escuchó suplicar en frases rotas: “Señor, ¿me concederías a Escocia?” Estaba orando para que se hiciera la voluntad de Dios, que los escoceses aprendieran a hacer la voluntad de Dios. Estaba orando por la conversión de ellos, y eso es lo que realmente significa esta oración: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. “Señor, convierte a los pecadores”.

Que podamos tener esa audacia en nuestras oraciones. Puedes orar por cosas que crees que son demasiado maravillosas, demasiado asombrosas, pero que son lo que Dios hará con aquellos que lo esperan. Por lo tanto, tengamos audacia en nuestras oraciones, y busquemos almas por las cuales orar y que la salvación se desborde a través de la obra de Dios. Especialmente, los pastores deben orar para que los pecadores aprendan a hacer la voluntad de Dios. Cómo vemos en las Escrituras que especialmente los pastores eran hombres de oración, cómo Samuel rogaba a Dios por el pueblo, y no quería renunciar a eso. Aunque el pueblo era desobediente y no estaba dispuesto, y a menudo se rebelaba contra el Señor, Samuel todavía veía como su tarea orar continuamente por el pueblo de Israel para que aprendieran a hacer la voluntad de Dios. En 1ª de Samuel 12:23, escuchamos a Samuel orar: “Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto”. Samuel seguía enseñando los caminos del Señor, y combinó su enseñanza con una oración privada, personal, ferviente y audaz. Samuel no quería dejar de orar, porque veía esto como su trabajo más importante: La oración intercesora.

Vemos otro ejemplo en un hombre de Dios, Jeremías, quien oró por el pueblo de Judá. Sufrió mucho bajo su maldad, pero no dejó de orar por ellos hasta que la medida de su iniquidad fue tan grande que el Señor le dijo que ya no debía orar por estas personas en Jeremías 7:16: “Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni me ruegues; porque no te oiré”.

Encontramos un ejemplo en Ezequías, el glorioso y buen rey de Judá, cuando tenía una gran necesidad porque los asirios habían rodeado la ciudad de Jerusalén. Él pide al profeta Isaías que ore por el pueblo, pero también vemos que él mismo entró en el templo y dejó las cartas que el rey asirio le había dado diciéndole que no debía confiar en Dios, pero él puso todo delante del Señor, oró e intercedió para que Dios librara a Su pueblo, que lo mantuviera alejado del daño y que Dios fuera honrado. Él oró por el bienestar del pueblo de Judá y así lo vemos en la vida de Daniel, que oró por la gente. Vemos muy a menudo en la vida de los apóstoles, que oraban por el pueblo. Vemos que, por ejemplo, en Hechos capítulo 6, se mantuvieron tan ocupados atendiendo a las necesidades de las viudas que se dieron cuenta de que su trabajo principal sufriría, que era la oración y permanecer en la Palabra de Dios, entonces le dijeron a la congregación que buscaran hombres que estuvieran llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, para que se ocuparan de las necesidades de las viudas. Los apóstoles dijeron en el versículo 4: “Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”. Consideraron que su tarea principal era participar en la oración.

Piensa en cómo el apóstol Pedro subía a la azotea como era su costumbre para orar. Era alrededor del mediodía cuando estaba orando, y ¿para qué oraban? Para que la voluntad de Dios se hiciera en sus propias vidas y en la vida de otras personas, que las personas se convirtieran, porque los pastores deberían tener una sed ardiente por las almas de los pecadores; para que venga el Reino de Dios y que los pecadores aprendan a hacer la voluntad de Dios, y el nombre de Dios sea glorificado.

Observa cómo el apóstol Pablo oraba extensamente por las iglesias. No solo mantenía la oración personal por sí mismo y no solo les pidió a otras personas que oraran por él, sino que él mismo oró mucho por las iglesias. Cuando lees sus epístolas, debes ver y sentir la profunda impresión de cuánto debe haber orado. En 1ª de Corintios 1:4-5: “Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús”. En Filipenses 1:4: “siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros”. En Filipenses 1:9: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento”. Pablo oraba para que su amor aumentara, oraba para que hicieran la voluntad de Dios.

Lo mismo sucede en Colosenses 1:9: “No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual”. En 2ª de Tesalonicenses 1:11: “Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder”. Estaba pidiendo que estos cristianos en Tesalónica fueran fieles a Dios, orando de esa forma por la extensión del reino de Dios y para que el pueblo aprendiera a hacer la voluntad de Dios. Todos los hijos de Dios deben hacer esta oración: “Señor, enseña a las personas a hacer tu voluntad. Enséñame a hacer tu voluntad, que se haga tu voluntad en la Tierra como en el cielo”. Gracias.

## *Lección 6*

---

# **EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLO HOY**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 6**

En esta serie sobre la belleza de la oración, estamos considerando las diversas peticiones del Padrenuestro y, ahora, hemos llegado a la petición: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Es muy notable que en la segunda parte del Padrenuestro, en la cual nos enfocamos en nuestras propias necesidades personales, el Señor Jesús comienza abordando nuestras necesidades físicas. El Señor no comienza con el alma. Cuando nuestras necesidades personales necesitan ser atendidas, Él no comienza con el perdón de los pecados, sino que comienza con las necesidades de nuestro cuerpo porque el Señor sabe que necesitamos comida y bebida y sabe que tenemos muchas necesidades físicas. El Señor no es excesivamente espiritual. Él no quiere que nos enfoquemos primero en el perdón de los pecados, en las aflicciones y las luchas espirituales y que simplemente ignoremos las necesidades del cuerpo.

No, es al revés. El Señor hace que nos enfoquemos primero en las necesidades físicas de nuestro cuerpo, pues, ¿cómo puedes hablar a un hombre hambriento acerca de su alma? ¿Cómo puedes hablar de la salvación a una persona enferma? El hombre está hambriento o ese hombre está enfermo. Una persona podría sufrir calambres debido al hambre. Primero necesita ser alimentado o recibir tratamiento médico para liberarse del dolor que siente. Solo entonces, podrás hablarle de las necesidades verdaderas y reales de una persona, y estas necesidades son las necesidades espirituales.

El Señor Jesús nos está mostrando esto. Este orden, al hacernos orar primero: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” también una aceptación del hecho de que Dios nos provee el sustento diario. No es la tierra la que nos da el alimento, es el Señor. Él hace que el trigo crezca en los campos, es Él quien da al terreno y a las plantas su fertilidad. Él es el Creador y Sustentador de todo lo que vive y el Señor Jesús nos enseña a confesar esto. Confesamos que Dios nos provee el alimento diario cuando oramos y se lo pedimos: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Dios es honrado cuando nos damos cuenta de que es Él quien nos da todo lo que necesitamos y que dependemos de Él.

Ahora, esta pequeña petición: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” involucra varios asuntos que resaltaremos. Veamos primero lo que el Señor dice acerca del pan de cada día. Él nos enseña a orar por las necesidades de este día, el día en el que estamos ahora, hoy; no por las necesidades de mañana o de la próxima semana o del próximo año, sino las de hoy. Cada día tiene sus propias preocupaciones. No sabemos lo que sucederá mañana o el año que viene. Debemos vivir cada día, uno detrás del otro.

Esto no significa que no deberíamos ocuparnos del futuro. Una persona puede estudiar para salir adelante en la vida; del mismo modo trabajamos y plantamos, sembramos semillas para obtener una cosecha al cabo de

algunos meses. Proverbios 6:8 nos enseña claramente que debemos ocuparnos del futuro, es decir, tomar previsiones cuando aún tenemos la oportunidad de hacerlo. Aun así, necesitamos orar: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”.

Tenemos algo más que destacar en esta cuarta petición que hacemos: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Nos referimos a nuestro alimento diario, porque hay ciertas culturas en las que ni siquiera comen pan. Hay culturas en las que comen arroz, otras en las que comen maíz y otras en las que comen pan. Cuando el Señor Jesús nos enseña a orar por nuestro el pan de cada día, se refiere a que debemos orar por nuestra provisión diaria, por la comida que necesitamos diariamente.

En los días de Israel cuando el Señor Jesús ministraba allí, comían pan todos los días. Israel era un país donde el trigo crecía abundantemente, por lo que la gente tendría el pan como el alimento diario, y realmente estamos hablando aquí del pan normal. Cuando decimos: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”, no estamos hablando del pan a un nivel espiritual; no nos estamos refiriendo a asuntos espirituales. Estamos hablando muy concreta y prácticamente, sobre nuestra comida diaria, nuestro pan de cada día que necesitamos. De esta manera, vemos que aquí el Señor se centra en lo que necesitamos diariamente y que se preocupa, que es considerado y compasivo. Lo que es espiritual aquí, es entender que Él cuida de nuestras necesidades diarias y que lo reconocemos, al igual que considerar que nuestra comida de cada día viene del Señor.

Nuevamente, al observar esta petición: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” ¿qué quiere decir “dánoslo hoy”? Quiere decir que actualmente me encuentro en el día presente; que me levanto por la mañana y por la noche me acuesto a dormir. Se trata de este día, el que es puesto frente a nosotros cuando amanece, del cual podemos esperar preocupaciones o problemas. Este día puede causarnos miedo y estar lleno de preocupaciones y deseos. Hay personas que se preguntan cómo comerán este día y qué sucederá. Hay personas que están en peligro, y aun así el Señor nos dice que oremos para que Dios nos cuide en este día.

Y así, el Señor Jesús nos dice en Mateo 6:34: “Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal”. Dios sabe que estamos muy limitados por nuestros cuerpos y que necesitamos Su cuidado. No podemos mirar hacia el futuro. Nuestra comprensión es muy limitada. Solo sabemos que hoy tenemos nuestras necesidades, y lo que sucederá mañana es incierto; y que podemos llevar estas necesidades diarias delante del Señor.

Eso es lo que dijo el Señor Jesús en Mateo 6:25–27: “Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?”.

Podemos estar agobiados por las preocupaciones. Podemos estar torturándonos con ellas, pero es una carga demasiado pesada para nosotros. Dios no carga demasiado el barco de nuestra vida, pero cada día es suficiente. Cada día tiene su propio afán y debemos creer que Dios cuidara de nosotros en este día. “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. El Señor no quiere que nos vayamos a la cama por la noche y que estemos preocupados y despiertos porque Dios está hoy presente en tu vida, y mañana Él seguirá vivo, y pasado mañana también estará allí. Dios es siempre el mismo. Él siempre ha provisto y seguirá haciéndolo. Por eso, esta petición: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”, es una petición de fe y de confianza.

Estamos llamados a orar por nuestras necesidades diarias, pero al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de que la prioridad en nuestras vidas debe ser Dios y Su reino. Por eso el Señor Jesús nos enseña en Mateo 6:33: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Y estas cosas son los cuidados y las necesidades de la vida diaria. El Señor proveerá. Por eso debemos orar todos los días: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”, pero al mismo tiempo, todavía debemos buscar primero al Señor y Su reino y Su justicia. Y así, el Señor quiere que vivamos confiando en Él. Confianza, qué bendición tener una vida de confianza. Te sorprenderás de cómo Dios puede proveer, porque Él es el Dios vivo. Él sabe lo que necesitas hoy y también mañana. Él es un Dios solícito.

Para dar un ejemplo de eso, esto le ocurrió en el siglo XIX a un hombre llamado George Müller. George Müller había organizado y arreglado varios orfanatos en la ciudad británica de Bristol, y todos los días ponía las necesidades de los niños huérfanos delante del Señor. Dio a conocer sus necesidades por todo el país, pero nunca

solicitó fondos. Él solo oró, y continuamente el Señor le dio todo lo que necesitaba, por lo que recibió muchos regalos financieros de toda Inglaterra.

Él nos da un ejemplo de cómo el Señor se preocupó de manera especial por él y por sus hijos porque sucedió una vez en un orfanato por la mañana que no había leche disponible para los niños, y ellos la necesitaban desesperadamente. Entonces, George Müller, temeroso de Dios, ordenó a todos los niños que se sentaran en sus desayunos y oraran para que Dios les diera su pan de cada día, y guio a los niños en oración, y agradeció al Señor por la leche que iban a recibir.

En ese momento, él no sabía de dónde vendría la leche, pero en ese preciso instante un carro repartidor de leche se averió justo en frente del orfanato. Se había roto su eje. Las reparaciones tomarían muchas horas. Por lo tanto, el conductor del carro de la leche dijo a George Müller que podía llevarse toda la leche para sus huérfanos porque de lo contrario la leche se volvería agria y habría que deshacerse de ella. Y así, el Señor se ocupó ese día de una manera muy notable de las necesidades diarias de los niños en el orfanato. Recibieron leche en respuesta a sus oraciones.

En la Biblia también encontramos muchos ejemplos de cómo el Señor se preocupa por nuestras necesidades diarias. Recordarás que el pueblo de Israel recibía el maná todos los días. Todas las mañanas el pan del cielo estaba allí. El Señor les dio agua de la roca, por lo que los sostuvo por 40 años a través de un desierto, y sus calzados no se desgastaron. El Señor los cuidó.

Y así, el Señor también puede preocuparse cuando hay una necesidad especial. Ya conoces el relato de la viuda que vino a Eliseo y en 2ª de Reyes capítulo 4 (versículos 1-7) dice que a esta viuda no le quedaba dinero y sus acreedores habían venido exigiendo que les pagara. Amenazaron con vender a sus hijos como esclavos, entonces el profeta Eliseo le dijo que reuniera sartenes y ollas vacías en su casa. A ella le quedaba una pequeña tinaja de aceite, pero pudo verter ese aceite en todas esas ollas y sartenes. Y así, el Señor les dio lo que necesitaba en abundancia.

En el Nuevo Testamento, encontramos que dice muchas veces que debemos venir al Señor con todas nuestras necesidades y peticiones. El apóstol dice en Filipenses 4:6: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Y en Efesios 6:18: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos”. Diariamente, debemos presentar todas nuestras necesidades delante del Señor, y eso no solo se refiere a nuestra comida, sino también a nuestra ropa.

El Señor sabe que necesitamos un lugar donde vivir y un lugar donde dormir. Sabe que necesitamos refugio, necesitamos cuidar a nuestros hijos, necesitamos protección al transitar por las carreteras. El Señor también sabe que tenemos necesidades emocionales y que tenemos necesidades físicas. A veces, los asuntos en la vida pueden ser difíciles y extenuantes, pero el Señor sabe exactamente lo que necesitamos. Incluso puede brindarte un esposo o una esposa piadosa, porque Él conoce todas nuestras necesidades.

¿No es un gran milagro que podamos orar a Dios y pedirle que nos dé todo lo que necesitamos? Porque, ¿quiénes somos? Hemos pecado contra Dios y nos hemos rebelado contra Él. Merecemos ser desechados y no recibir ninguna bendición, sin embargo, el Señor nos dice que oremos y derramemos nuestras necesidades diarias ante Él y que Él suplirá nuestras necesidades por encima de nuestras expectativas, y todo esto es por los méritos Señor Jesucristo. Él se ganó el pan de cada día a través de Su sufrimiento, Su muerte en la cruz y Su obediencia a las leyes de Dios.

También, considera con qué abundancia Dios puede responder esta oración en nuestras vidas. Algunas personas pueden ser ricas, otras pueden tener menos dinero, también hay pobres, pero ¿no puede el Señor proveer abundantemente incluso si somos menos ricos que otros, incluso si tenemos muy poco? Dios aun así puede proveernos. El Señor puede darnos comida, refugio, ropa, calor y atención médica. Él puede proveernos, tal vez de una manera distinta a la que quisiéramos, pero, aun así, Él nos dará lo suficiente y lo necesario. Por eso, deberíamos estar agradecidos por nuestro alimento de cada día y no debemos quejarnos de los tratos de Dios con nuestra vida si tenemos menos que otra persona. Estemos contentos con lo que Dios nos da y agradezcamos al Señor por todo Su cuidado y, cuando estemos reunidos con nuestra familia para comer, que este sea un momento alegre de todos los días, una celebración en nuestros hogares de que Dios ha suplido maravillosamente nuestras necesidades diarias.

Cuando vemos toda esta bondad del Señor y cómo Él provee para nosotros, ¿cómo debería afectarnos? Debería guiarnos al arrepentimiento. Observar todas las riquezas del amor y la bondad de Dios debería guiarnos, como dice Pablo en Romanos 2:4, al arrepentimiento. Considera qué es lo que mereces: Nada. Solo mereces juicio y aflicción por tus pecados. Ahora observa lo que el Señor da. Él da abundancia y la plenitud de las bendiciones. Por eso, humillémonos a causa de toda esta bondad. Los pecados se elevan al cielo, y la bondad de Dios y su cuidado diario se derrama sobre nosotros. Cuán bueno es el Señor. Entonces decimos: “No soy digno de la menor de Tus bendiciones”. Luego oras: “Señor, llévame al arrepentimiento genuino que me hará seguirte y me unirá a Ti, este Dios bendito que me provee... y que pueda amarte y vivir contigo para siempre”.

Si, el cuidado del Señor tan hermoso que Él incluso sabe lo que necesitas antes de que se lo pidas. Él es perfectamente consciente de todo lo que necesitas. Él ve al pequeño insecto arrastrándose sobre una hoja y al mismo tiempo sabe lo que necesitan las grandes ballenas y peces de los océanos. Incluso escucha a los cuervos jóvenes cuando lloran, nos dice la Biblia. Él abre Su mano y satisface el deseo de todo ser vivo. Cuánto más recibirán los hijos de Dios el cuidado diario del Señor.

Él sabe dónde vives y conoce tu circunstancia. Él conoce tu nombre. Él guía a las aves al lugar donde encontrarán pequeñas semillas esperándolas para ser su alimento. Dios posee los millares de animales en los collados (Salmos 50:10), y toda la plata y el oro le pertenecen (Hageo 2:8). ¿Acaso no proveerá para ti? “Sean vuestras costumbres sin avaricia”, nos dice Hebreos 13:5-6, “contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con confianza: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”.

Así, el Señor Jesús nos enseña a orar: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Debemos orar así todos los días. Incluso cuando tu despensa este llena o tengas un congelador lleno de comida, debemos orar: “Danos en este día nuestro alimento diario”. Podemos tener mucha comida y no comerla. Hay personas que tienen suficiente comida y no pueden comerla y hay algunos a los que la comida no les hace bien y se enferman. Como veras, no somos dependientes de la comida, sino de Dios. Las personas ricas a veces no pueden comer. En todas las circunstancias de la vida, ya sean pobres o ricos, somos totalmente dependientes de Dios. Sin la bendición de Dios, nada nos servirá.

Como nos dice el Salmo 127 en el primer versículo: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia”. Necesitamos la bendición de Dios en todo lo que hacemos, incluso sobre nuestra comida y bebida. Por eso, confesamos que el Señor es la fuente de todo bien; todo nuestro trabajo y todas nuestras posesiones no nos harán ningún bien sin la bendición de Dios. Es por eso que también oramos antes de comer, dando gracias al Señor por la comida y la bebida, pero también le pedimos a Dios que bendiga la comida y la bebida, para que les haga bien a nuestros cuerpos.

Entonces, cuando oramos: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”, también estamos confesando que es Dios el que hace que crezca el grano. ¿Quién nos da los campos llenos de arroz y de trigo? ¿Quién da el crecimiento después de que el agricultor siembra la semilla? ¿Quién da lluvia y sol? ¿Quién se ocupa de que los cultivos crezcan bien y de que se puedan cosechar los granos de trigo o arroz? ¿Quién se ocupa de que los cultivos no caigan en la tierra, se pudran y no puedan ser cosechados? Es todo por el cuidado de Dios, Él se preocupa por la naturaleza. El Señor da el crecimiento.

Y así, cuando el Señor Jesús nos enseña: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” también es importante fijarnos en esas palabras “nuestro” y “dánoslo”. No oramos: “El pan de cada día dámelo hoy”, sino: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Eso muestra que hacemos esta petición junto con otros. Mientras otros oran por su alimento diario, nosotros, en realidad, también estamos orando con ellos. Por eso, cuando tenemos abundancia y vemos a otros que tienen escasez, debemos ayudarlos y proveerles. Además, podemos dar de nuestra abundancia y cuando vemos a otros pasar necesidad, El amor de Cristo debe llevarnos a mostrar interés por los demás. Debemos dar generosamente, incluso si eso implica que hagamos un pequeño sacrificio. Incluso si tenemos un poco menos, debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Debemos caracterizarnos por ser personas que cuidamos de los demás y no ser egoístas. Es por eso que no oramos, “Dame”, sino: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”.

Por naturaleza, estamos enfocados en nosotros mismos y, a menudo, somos nuestro propio ídolo. Eso es espantoso. Por naturaleza somos personas egoístas, pero por la gracia de Dios, Cristo hará que este ídolo sea

destronado y que este pecado de egoísmo sea aniquilado por Su misericordia. Eso sucede cuando el amor de Dios entra en tu corazón. Piensa en el mismo Señor Jesucristo. Cuando estaba en el desierto, no pensaba en el pan, sino en Dios y Su reino. Y cuando el Señor Jesús estaba en lugares remotos y desolados, alimentó a miles de personas y les dio pan y pescado. El Señor no era indiferente a la necesidad de las personas. Los cuidaba mucho y no era indiferente a sus necesidades.

Por eso, estemos contentos con lo que el Señor nos da. Ese es otro aspecto que se conecta con el hecho de que no debemos quejarnos ni murmurar, sino que debemos estar contentos con el alimento que Dios nos da, y estar agradecidos por la provisión de cada día. No debemos desear riquezas y también podemos orar para no caer en la pobreza, sino que podamos vivir contentos con lo que Dios nos proveerá todos los días. Así también vivió el apóstol Pablo. Estaba contento en la abundancia o sufriendo escasez porque sabía que Dios lo cuidaría en todas las circunstancias.

Piensa en el cuidado que el Señor Jesús tuvo por los demás. Cuando el Señor Jesús tuvo hambre, aun así dio pan a otros. Tenía sed, pero aun así dio de beber a otros. Estaba cansado; dio descanso a los demás. Estaba triste, pero aun así dio alegría a otras personas, y en ningún momento hubo un suspiro de impaciencia. No hubo murmuraciones en el Señor Jesús. Estaba realmente conforme, y el amor brillaba en Sus ojos. La compasión resonaba en cada una de Sus palabras. Sigamos Sus pasos y así aprendamos a orar: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”.

Del mismo modo, en esta petición hay una maravillosa lección que el Señor nos enseña: Utilizar los medios. Los medios. Y esto se refiere al pan o al alimento diario. Como veras, el Señor es capaz de sostener nuestras vidas sin comida. Elías una vez caminó por el desierto 40 días y 40 noches sin comer ni beber. Moisés estuvo 40 días y 40 noches en la montaña sin comer ni beber. El Señor Jesús mismo estuvo 40 días en el desierto sin comida ni bebida. ¿Quién sostuvo sus cuerpos? Fue Dios quien lo hizo. Dios puede sostenerte incluso si no recibieras comida o bebida. Él es el Dios todopoderoso.

Pero, por el momento, a Dios le agrada sostenernos por medio del alimento y la bebida. Por lo tanto, no debemos orar, “Señor, sostenenos sin medios”. Puede haber circunstancias en las que Dios hará eso, pero normalmente estamos sujetos a los medios. Eso en cuanto a las necesidades físicas, pero también en el ámbito espiritual. En cuanto a la conversión en la vida espiritual, el Señor también nos dice que usemos los medios. En Juan 6:35, el Señor Jesús dice: “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”. Estamos llamados a humillarnos delante del Señor, confesar nuestros pecados, y pedir Su gracia. Necesitamos la gracia del Espíritu Santo para convencernos y guiarnos a la comunión con Cristo.

El Señor hace uso de los medios. Y, ¿cuáles son los medios en la vida espiritual? Son la Palabra de Dios y la oración y, al hacer uso de esos medios en lo espiritual, Dios nos concederá Su gracia. Deseas la comunión con Cristo? Utiliza los medios. “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”, Juan 5:39. Y, en Mateo 7:7: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. En Lucas 11:13: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”.

El Señor nos hace sujetos a los medios en la vida espiritual y también en la vida física hasta que llegue el día en que nuestros cuerpos y nuestras almas sean sostenidas sin el pan de cada día, porque en el reino de los cielos no habrá comida ni bebida, pero todo será sostenido por la presencia inmediata de Dios. Que ese sea nuestro objetivo. Gracias.

## *Lección 7*

---

# **PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 7**

Bienvenido a esta lectura, la número siete, de las series sobre la belleza de la oración.

Todos los días transgredimos los mandamientos de Dios. Todos los días fallamos y, por lo tanto, el Señor Jesús nos enseña a orar: “Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

“Perdónanos nuestras deudas”, esto por supuesto significa que recibiremos perdón por los pecados que cometemos contra Dios porque el hombre necesita perdón, la remisión de todos sus pecados; la escritura es muy clara al respecto. En el Salmo 14:1: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien”. Esto se repite en Romanos 3:10: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno”. Muchos textos nos refieren al hecho de que somos personas pecaminosas. Salmo 130:3: “JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?”.

Todas las leyes de los sacrificios en el Antiguo Testamento nos señalan la necesidad de que el hombre debe recibir el perdón de los pecados. Y luego, Juan el Bautista predicó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). El Señor Jesús es el cumplimiento de todos los sacrificios del Antiguo Testamento, hay que traer un sacrificio porque hemos pecado contra Dios. Ese es el principal problema del hombre: el pecado. Ese es nuestro mayor problema en la vida. El pecado siempre está vivo, pero el pecado nos lleva a la muerte y a la miseria.

Y así, diariamente crecen nuevos frutos amargos del árbol del pecado. Por eso, el Señor Jesús nos enseña a orar: “Perdónanos nuestras deudas”. Diariamente estamos llamados a confesar nuestros pecados ante el Señor. Y diariamente debemos reconocer nuestra corrupción ante Él. En nosotros mismos, somos carnales, vendidos al pecado. Por lo tanto, es un milagro que el Dios Todopoderoso y Santo todavía esté dispuesto a escucharnos. Por eso, estamos llamados a humillarnos realmente y confesar nuestros pecados.

Y al hacer eso, debemos ser muy concretos. Debemos mencionar ciertos pecados que hemos cometido. Debemos confesar ante el Señor nuestros pecados diarios, las palabras que hemos dicho y que no debimos haber dicho, actitudes pecaminosas hacia nuestras esposas o hijos o hacia nuestros esposos.

Del mismo modo, debemos confesar nuestra inclinación natural al mal. Debemos confesar nuestra corrupción natural, que hemos pecado en Adán. Ahí es donde el pecado comenzó en nuestras vidas. Y ahora tenemos naturalezas que tienden a odiar a Dios y a nuestro prójimo. Nuestro entendimiento se oscurece y quedamos

ciegos para con Dios y Su honor. En realidad, las cosas del Espíritu de Dios son locura para el hombre natural porque deben discernirse espiritualmente.

Es necesario confesar la terquedad de nuestra voluntad y que no obedecemos la voz de Dios. Incluso las imaginaciones de los pensamientos de nuestros corazones son malas (Génesis 6:5) y ha sido así desde nuestra juventud. Debemos poner nuestro afecto en las cosas celestiales, pero a menudo miramos las cosas de este mundo y estas llenan nuestras vidas y seguimos fácilmente el engaño y la vanidad. Hemos abandonado la fuente de agua viva. Además, en nuestras inclinaciones naturales, preferimos vasijas rotas que no pueden contener agua.

Incluso podemos haber sido criados en una iglesia cristiana, pero puede ser que nuestros corazones no estén bien ante Dios, que aún no estamos dispuestos a inclinarnos y rendirnos al Señor, entonces hemos sido plantados como árboles en el jardín del Señor, pero no hemos dado fruto. Somos estériles y merecemos ser arrojados al fuego. El Señor ha buscado fruto y nosotros hemos traído un fruto malo.

Entonces, esta es nuestra naturaleza pecaminosa. Y esto es lo que debemos confesar ante Dios. Al ser muy concretos en la confesión de nuestros pecados, también nos daremos cuenta de cuán necesario y cuán maravilloso es el hecho de que Dios perdona los pecados. Y cuando experimentamos el perdón de los pecados y confesamos nuestras deficiencias ante Dios, al mismo tiempo, también debemos pedir gracia para luchar contra los pecados para no cometerlos nuevamente.

Estos son los grandes asuntos en la vida que pueden molestar a una persona: Su pecado, su iniquidad. Oh, si nos enfocáramos en este asunto, ¿cuánto hay en nuestras vidas que no deberíamos simplemente pasar por alto, sino centrarnos en eso por un momento? Qué impacientes podemos ser. Oh, que puede que estallemos en ira injusta. Puede que tengamos corazones codiciosos. Que deseemos las cosas del mundo. Puede que haya orgullo dentro de nosotros. Puede que seamos desagradecidos con Dios por Su bondad. Puede que murmuramos bajo las aflicciones. Puede que desconfiemos del Dios viviente. Puede que seamos duros con nuestro prójimo. Puede que seamos indiferentes a sus necesidades. Puede que juzguemos a quienes nos rodean. Puede que seamos perezosos, espiritualmente hablando. Y el retroceso y la tibieza pueden aparecer. ¿Quién puede controlar su lengua? Los hombres deben dar cuenta por cada palabra ociosa que dicen. Y así, por nuestra actitud, por nuestras obras y por nuestras palabras, todos estamos condenados.

Y sabes, el pecado nunca ha hecho a una persona feliz. Nadie queda contento como resultado del pecado en su vida. La mayor alegría es honrar a Dios. Pero no honrar a Dios es una gran miseria. Entonces, los pecados son una realidad en nuestras vidas y lo encontramos repetidamente en las Escrituras. El Señor nos acusa de nuestra naturaleza pecaminosa. El Señor incluso tiene que quejarse de Su pueblo, Israel, de haberlos criado. Él dijo: “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí” (Isaías 1:2). Y ese es nuestro dolor en la vida diaria. Esto es lo que hizo que el apóstol Pablo gimiera: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7).

Leemos en las Escrituras que muy a menudo el pueblo de Dios confiesa sus pecados. Sí, no solo los inconversos que se presentan ante el Señor con arrepentimiento, sino también el pueblo de Dios después de haber caído en pecado. Mira a David, un hombre conforme al corazón de Dios. En 2ª de Samuel 24:10 confiesa: “Yo he pecado gravemente por haber hecho esto; mas ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque yo he hecho muy neciamente”.

Y el sacerdote piadoso, Esdras 9:6 dice: “Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo”.

Escuchamos de Daniel en Daniel 9:5: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”. Daniel no dice “la gente hizo eso” o “nuestros padres hicieron eso”, sino, “lo hemos hecho”. Se incluye a sí mismo y no está exagerando. Él sabe que hemos pecado.

Así mismo, el apóstol Pablo dice: “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios”, en 1ª de Corintios 15:9. Aunque Dios ha perdonado ese pecado, esa conciencia de ese pecado aún permanece en él. Eso le da oportunidad de tener humildad.

Observa también a Lucas 15 donde el hijo prodigo dice: “Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (versículo 21). Solamente podemos suplicar por el perdón de

nuestros pecados debido a la obra terminada del Señor Jesús. Romanos 3 dice: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:23–24).

También, el apóstol Juan dice en 1ª de Juan 1 y 2: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros... si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación”, el pago, “por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1ª de Juan 1:8–10 y 1ª de Juan 2:1–2).

Así que, las Escrituras son muy clara en que recibimos el perdón de nuestros pecados a través de la sangre del Señor Jesucristo. Por eso, debemos confesar nuestros pecados en la oración.

Puede ser que sigas viviendo fuera de Cristo, que no seas un hijo de Dios, que no estés reconciliado con Él. Y en cualquier momento, Dios puede sacarte de esta vida mientras aún estas en tus pecados. Estás colgando de un hilo sobre el pozo del infierno, y seguramente caerás en el infierno si mueres sin reconciliarte con Dios. Necesitas arrepentirte. Necesitas creer en el Señor Jesucristo. Necesitas a Dios, el Espíritu Santo, para que te convenza, te atraiga y te salve. Debes estar unido a Cristo. Debes ser partícipe de Cristo y de todas Sus bendiciones. Y así serás salvo y justificado. Cree en el Señor Jesucristo y tus pecados serán perdonados.

Una vez que has sido llevado a confiar en el Señor Jesucristo, tus pecados son perdonados y estás incorporado en Cristo. Has sido declarado justo ante los ojos de Dios. Eres un heredero del cielo y la vida eterna ya está dentro de ti. El apóstol Pablo dice en 1ª de Corintios 6:11: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”. Y este es el maravilloso intercambio, la gloriosa bendición: Que Dios les da a los pecadores perdidos una nueva vida, la esperanza es verdadera.

Por eso, el apóstol se regocija en Efesios 1:6–7: “Nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. Esa es una maravillosa realidad para un hijo de Dios.

Pero, ¿por qué entonces el Señor Jesús enseña aquí a Sus hijos a orar cada día: “Perdónanos nuestras deudas”? Las personas que creen en el Señor Jesús tienen corazones que ahora son guiados a buscar a Dios. Ellos aman a Dios y desean andar en Sus caminos. El Espíritu Santo los está guiando en una vida de devoción a Dios. La inclinación de sus corazones ha cambiado. Hay una nueva naturaleza dentro de ellos y sus pecados han sido perdonados. Sin embargo, el Señor Jesús los llama a orar diariamente: “Perdónanos nuestras deudas”. ¿Por qué tenemos que seguir orando así? Porque, todavía, los hijos de Dios pecan todos los días y, cada día, continúan violando las leyes de Dios. No pueden guardar ni siquiera uno de los mandamientos de Dios en su totalidad. Por eso, necesitan reconocer ante Dios que todavía pecan.

Deben confesarlos porque deben confesar quiénes son y lo que hacen. De ese modo, deben pedirle a Dios que perdone Sus caídas y tropiezos diarios. Y al mismo tiempo, le piden gracia a Dios para luchar contra el pecado, contra el diablo y todo su dominio. Necesitan ser guiados a una vida de dedicación al Señor.

Por eso necesitan orar todos los días: “Perdónanos nuestras deudas”. Necesitan reconciliarse con Dios después de haber caído en pecado y, como ya sabes, por esa razón el Señor Jesús se vuelve cada vez más precioso para nosotros. Porque cada día, nos volvemos a dar cuenta de que es por causa de Cristo que nuestros pecados son perdonados. Lo necesitamos todos los días.

Entonces, esta petición, “perdónanos”, es el aliento de un alma creyente. Viene de un corazón que es muy consciente de su propia miseria y pecaminosidad. En ese sentido, se vuelven mansos y humildes de corazón, y confían en el Señor. Y así, esta oración continuará en esta vida hasta nuestro último aliento. Entonces, se transformará en alabanza eterna a Dios, porque en el cielo no habrá más pecado.

Y nuevamente, démonos cuenta de que todo este perdón solo es posible gracias al Señor Jesús y Su sacrificio perfecto. El Señor Jesús pagó por los pecados de todo Su pueblo. Por eso, qué realidad tan preciosa es para ti, conocerlo como tu Sumo Sacerdote a la diestra de Dios que intercede por ti. Él está listo para orar por todos los que vienen a Dios a través de él. Es un Sumo Sacerdote compasivo y precioso, y solo Él puede ser el Sacrificio y el Sacerdote, Él es el pago total de nuestros pecados. Y así, vemos en Cristo que el Señor se deleita en la misericordia, que se deleita en perdonar.

Y así es como se reveló a Moisés. En Éxodo 34:6-7: “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”. Dios perdona el pecado. Por eso, el profeta Isaías dice en Isaías 55:7: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. Y Nehemías escribe en Nehemías 9:17: “Pero tú eres Dios que perdonas”. Así es Dios. Este es Su carácter y Su deseo. Pero también es un Dios de justicia.

El perdón de pecados, solo es posible a través de la obra terminada de Cristo y Él invita a los pecadores a venir a Él. Isaías 1:8: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. Nunca digamos que nuestros pecados son demasiado grandes y que nuestras transgresiones son demasiado enormes. Podemos arrojar todos nuestros pecados ante Su trono.

El apóstol Juan nos anima en 1ª de Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. ¿Ves el orden en este texto? Primero, confesamos nuestros pecados y luego recibimos el perdón del pecado. Por lo tanto, si ves pecado en ti, confíesalos. Sin importar que tan grandes sean, confíesalos; y el Señor aún está dispuesto a limpiarte y liberarte. Por eso, el Salmo 32 nos dice: “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (versículo 5). El Señor perdona.

El Señor también puede castigar por los pecados. David cometió pecados terribles en su vida, y recibió el perdón, pero aun así fue castigado por ellos. Dios hace eso para que se den cuenta de la enormidad de su pecado, huyan de su pecado y nunca piensen en cometerlo nuevamente. Es por eso que la espada nunca se apartó de la casa de David, por los pecados que había cometido con Betsabé y cómo había dejado que mataran a su esposo, Urías. Pero sus pecados fueron perdonados.

Y así, en todos nuestros fracasos diarios, en todos los descuidos en la vida religiosa, en medio de todas nuestras oportunidades perdidas cuando hemos perdido nuestro tiempo, cuando hemos descuidado las Escrituras, cuando hemos abandonado la oración personal, incluso, cuando hemos puesto excusas para pecar y cuando hemos escuchado al tentador, cuando hemos buscado nuestro propio honor, cuando vemos las sombras del mal mezclándose con todas nuestras actividades diarias, cuando hemos sido severos con otras personas y cuando hemos afligido al Espíritu Santo, debemos orar: “Perdonarás también mi pecado, que es grande” (Salmos 25:11).

Esta debe ser nuestra oración diaria todos los días: “Perdónanos nuestras deudas”. Pero si descuidas esta oración, te volverás orgulloso y presuntuoso, te endurecerás, te volverás indiferente y te encontrarías en un serio retroceso. Dios esconderá su rostro de ti y el Espíritu se apartará de ti. Y el resultado final puede ser que nunca conociste la gracia de Cristo en tu corazón y que todavía estás en tus pecados.

Así que esta petición, “perdónanos nuestras deudas”, solo es posible debido a la obra terminada de Cristo en el Calvario. Oh, deléitate en humillarte a ti mismo delante de Él. Su amor derramado en tu corazón te constreñirá y a los pies de Cristo experimentarás dulzura. Allí verás cuán precioso es el Salvador que se entregó por ti. Y te derretirás en amor y adoración porque Él perdona el pecado, porque sangró y murió en la cruz por ti, soportó las agonías infernales para que nunca tuvieras que estar allí y fue abandonado por Dios para que tú nunca fueras abandonado por Dios. Es Su gloria, Su bondad.

Esto hace que Miqueas en Miqueas 7:18 estalle en adoración: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia”. Este Sumo Sacerdote hace que un nuevo gozo fluya en tu vida cuando has confesado tus pecados y recibes nuevamente el perdón de tus pecados. Tu conciencia es liberada, la bendita paz de Cristo fluye a tu corazón y amas a tu Salvador cada vez más y más. Es por eso que cada día necesitas orar nuevamente: “Perdónanos nuestras deudas”.

En esta petición que dice, “perdónanos nuestras deudas”, podemos ver que, de nuevo, aparece en forma plural. No debemos preocuparnos solamente por nuestros pecados, sino también por los de los demás. Debemos gemir y dolernos por nuestros propios pecados, pero también por los de otros. También debemos confesar los pecados que otros cometen y rogarle a Dios que intervenga en sus vidas y los despierte para que vean su pecado y también los confiesen, y no debemos ser partícipes de los pecados de otros.

No debemos pensar que somos superiores a otras personas. No, debemos suplicar por la gracia de Dios en nuestro propio corazón para que podamos ver cuán pecaminosos somos. Solo así, según nuestro propio juicio, nos

volvemos más pecaminosos que otras personas porque entonces conoceremos nuestros corazones. Y consiguientemente, también nos volvemos humildes al orar por otras personas para que sean liberadas de sus pecados.

Job, ofreció oraciones por los pecados de sus hijos y, ¿No pidió Moisés por el perdón de los pecados de los hijos de Israel? Piensa en cómo Nehemías y Daniel oraron por el perdón de los pecados. Por eso, oramos: “Perdónanos nuestras deudas”. Oramos por los pecados de otros para que el Señor los perdone.

Pero hay algo agregado a esto y eso es que encontramos: “Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. El Señor nos llama a perdonar a los que transgreden contra nosotros. Verás, si necesitamos perdón y le pedimos a Dios que nos perdone por las transgresiones que cometimos contra Él, entonces también debemos estar dispuestos a perdonar los pecados de otros contra nosotros. Todos llegaremos a ciertas circunstancias en la vida donde veremos cómo las personas nos han errado y nuestra naturaleza nos llevará al deseo de venganza y al enojo. Pero el Espíritu de Cristo nos enseña lo contrario. Nos enseña a ser humildes y mansos, a orar por los que nos maltratan; que busquemos su bienestar de todos modos.

El Señor Jesús explica esta necesidad en Mateo 6:14–15: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”. Si no estamos dispuestos a perdonar los pecados de otras personas, Dios no perdonará nuestros pecados.

Y entiende esto, que lo que hemos hecho a Dios es mucho peor que lo que los seres humanos nos han hecho. Y aquí tenemos la prueba verdadera: si lamentamos nuestros pecados, si realmente necesitamos el perdón de Dios y si realmente lamentamos nuestros pecados, entonces también estaremos dispuestos a eliminar la carga de la culpa de otras personas que vienen a nosotros pidiéndonos perdón. Entonces estaremos dispuestos a perdonarlos.

Si has experimentado la gracia de Cristo en tu propia vida y vives a través de Su amor perdonador, también perdonarás a los demás. Es triste decirlo, pero todavía hay muchas personas que se guardan rencor entre sí. Incluso dentro de la iglesia cristiana. Incluso entre los que confiesan conocer la gracia; alguien dice que vive por gracia, y el otro proclama que vive por la misericordia perdonadora de Dios, pero no está dispuesto a mostrarle misericordia a los que lo rodean o no muestra gracia ni es amable con ellos. Eso no puede ser. Eso es absolutamente incorrecto. Cuando te reconoces a ti mismo como pecador, e incluso como dijo Pablo, como el mayor de los pecadores, entonces serás amable y manso con los demás y dirás: “Señor he hecho mucha maldad contra Ti, estoy avergonzado de mí mismo”. Y luego, podrás perdonar a los demás lo que han hecho en tu contra.

Sabes que, si Dios entrara en juicio contra ti, no podrías estar en pie delante de Su trono. Necesitas Su gracia y misericordia. Y cuando te des cuenta de esto, también estarás dispuesto a perdonar a tu prójimo. Dios me perdona mis pecados para que yo también perdone los pecados de los demás. Piensa también en cómo el Señor Jesús oró: “Perdónanos”.

Ahora bien, el Señor Jesús pidió que aquellos que cometieron el mal contra Él recibieran el perdón. Él oró: “Padre, perdónalos”. Él elevó esta oración. Si el Señor Jesús hizo eso, ¿cuánto más deberíamos nosotros orar? Y como Dios nos perdona de inmediato, oremos para que nosotros también perdonemos de inmediato y estemos dispuestos a perdonar de corazón. Debe haber un perdón sincero en nuestro corazón.

No podemos adorar a Dios con un corazón limpio y sincero mientras tenemos una actitud de resentimiento hacia un hermano que nos ofendió. Por lo tanto, pide gracia a Dios para mortificar los rencores que podamos tener y que el Señor nos quite el deseo de venganza. No tenemos que vengarnos nosotros mismos. Si alguien ha hecho mal contra ti, Dios lo verá. Él lo visitará. Es por eso que Pablo dice en Romanos 12:19: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”. Entonces, incluso podrás sentir pena por los que te lastimaron, y podrás perdonarlos porque si no han encontrado el perdón por sus pecados delante de Dios serán castigados, y sentirás pena por ellos.

Si resistimos y mantenemos un resentimiento, entonces Dios no nos perdonará nuestros pecados. Pero, tal vez, alguien te ha lastimado. ¿Cómo puedes deshacerte de eso? Mirando a Jesús. Donde observas lo que Dios te ha perdonado y cómo ha perdonado a los que lo han ofendido. Entonces Él también te enseñará ese mismo espíritu y te enseñará esa actitud en la vida para que aprendas a orar de corazón: “Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Gracias.

## *Lección 8*

---

# **NO NOS METAS EN TENTACIÓN, MÁS LIBRANOS DEL MAL**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 8**

Bienvenido a esta lección, la número ocho, de las series sobre la belleza de la oración. Hoy estaremos considerando la petición que el Señor Jesús nos enseña cuando nos dice: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”. La última vez, consideramos la petición: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Ahora, si conoces el perdón de los pecados como una realidad en tu vida y has experimentado la paz que Dios da al remover toda la culpa de tu vida y al lavarte de todos tus pecados, entonces no hay otra alternativa, anhelas vivir según Su voluntad. El amor de Dios ha entrado en tu corazón y tu deseo es vivir para Él porque ha sido bueno contigo y, ahora, odias todo tipo de pecado y sólo quieres alejarte de ellos y cortarlos de tu vida.

Al mismo tiempo, notarás rápidamente que no puedes simplemente quitar el pecado de tu vida porque éste siempre está cerca. Las Escrituras dicen que el pecado siempre está a la puerta (Génesis 4:7). Puedes tropezar fácilmente y volver a caer en pecado, pero si te encuentras bien espiritualmente, odiarás el hecho de que todavía pecas. Es una lucha, ¿no? Es una batalla en curso durante toda la vida que necesita ser peleada nuevamente cada día. Es una lucha contra todo tipo de pecado, no solo contra algunos que pueden ser predominantes y con los cuales luchas.

Pero no es una lucha contra uno o dos pecados. Es una batalla contra todo tipo de pecado. Luchar contra todo tipo de pecado es la marca de un corazón que ha sido renovado por el Espíritu de Dios. Pero si no tienes un corazón renovado, entonces no conoces esta batalla. Verás, es como un pez. Un pez muerto flota con la corriente, mientras que los peces vivos nadan contra la corriente. Cuando el Señor haya renovado tu vida, resistirás el pecado. Él te enseña a hacer eso y, a menudo, irás en contra de lo que otras personas están haciendo. No serás parte de sus pecados porque Dios te ha enseñado a ir contra la corriente del pecado y la tentación. Es una batalla difícil. ¿Cómo puede una persona seguir adelante en esa batalla? Recordando esta oración y orándola con frecuencia durante su vida: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”.

¿Qué es la tentación? La tentación es un intento de llevar a alguien a encontrarse con una trampa, o a que alguien caiga en un pozo. Por crueldad y engaño, hace que alguien caiga en pecado. Eso es exactamente lo que el diablo quiere hacer. Lo hace él mismo y también puede hacer que otras personas te lleven a la tentación y te hagan caer en el pecado. Él también puede usar tu propio corazón, haciendo que tu corazón y tus deseos pecaminosos te tienten a hacer algo pecaminoso. Ya sabes, cuando el pecado irrumpe en la vida, y al ser llevado a cabo, los resultados pueden ser la miseria y la muerte, incluso la muerte eterna.

Al tratar este asunto de la tentación, debemos distinguir entre las tentaciones y las pruebas. Observarás que, el diablo tienta a pecar, pero Dios nunca tienta a pecar. Dios puede ponernos a prueba. Santiago nos muestra esto claramente en el capítulo 1:13-15: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”.

El diablo conducirá al pecado, pero Dios nunca guiará a una persona al pecado. El Señor puede purgar y purificar a Su pueblo mediante castigos y llevándolos a ciertas pruebas y luchas. De esta manera, son ejercitados a la piedad, como un soldado y entrenados por medio de dificultades y pruebas. Y así, el Señor también puede guiar a Su pueblo a ciertas luchas y pruebas porque el oro debe ser purificado, porque es oro al igual que la vida de fe debe ser purificada, porque es fe.

Vemos en las Escrituras como esto ocurre en la vida de varios de los hijos de Dios. Recuerda la prueba por la que pasó Abraham en Génesis 22:2, donde el Señor le dijo: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”. Qué gran prueba, parece imposible. ¿Cómo puede un hombre matar o sacrificar a su propio hijo? Esta fue una prueba que Dios usó para aumentar la fe de Abraham. Ahora bien, Abraham creía y confiaba completamente en Dios; tanto así, que estaba dispuesto a hacerlo. Entonces, tomó a Isaac, leña y fuego, y se fueron a la montaña. Imagina cómo el diablo debe haberlo asaltado con tentaciones de abandonar a Dios y alejarse de Su llamado. El diablo debe haberle dicho: “Tú tienes dinero. Compra tierras y vive aquí con los cananeos, salva a tu hijo y olvídate de Dios y de todas Sus promesas de salvación. ¿Cómo puede Dios pedirte que hagas algo como esto?” Pero Abraham resistió todas esas tentaciones y perseveró en su prueba. Él creyó a Dios y su fe fue fortalecida. El Señor lo guio.

Como puedes ver, el Señor pone ciertas pruebas en las vidas de quienes ama. Lo hace por su bien, porque a los que aman a Dios todas las cosas los ayudan a bien. Del mismo modo, el Señor castiga a quien ama, y a través de estos castigos, la fe de ellos se fortalece. Piensa en Hebreos 12:6-7: “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?”. El Señor puede permitir que el diablo tienta a Su pueblo. El objetivo del diablo es conducir a la destrucción, pero el objetivo de Dios es fortalecer la vida de fe, para que seas guiado a comprender tu debilidad y cuán dependiente eres de Dios. Así mismo, entiendes cada vez más el valor de Cristo y la necesidad de ser limpiado por Su sangre.

Encontramos más ejemplos de las pruebas que Dios pone en las Escrituras, por ejemplo, el caso de Job. El diablo tuvo permiso para tentar a Job. Dios le permitió al diablo afligir a Job, pero no quitarle la vida. Finalmente, cuando Job perdió su salud, quedó muy confundido, pero, aun así, confiaba en Dios. Fue guiado a humillarse delante de Dios y reconocer que Él seguía siendo justo en todos Sus caminos y en Su obrar. Más adelante escuchamos a Job confesando su propia debilidad e incapacidad delante del Señor. Él confiesa su pecaminosidad en Job 42:5-6: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, Y me arrepiento en polvo y ceniza”. A través de estas grandes pruebas, la fe de Job se fortaleció. Al final, a Job le fue mucho mejor que antes.

Otro ejemplo claro lo encontramos en el Señor Jesús mismo, que fue tentado por el diablo cuando ayunó por 40 días y 40 noches en el desierto. El diablo vino con grandes y severas tentaciones, invitándolo a abandonar Su misión como El Salvador. En Mateo 4:1, dice: “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo”. Pero en esta circunstancia, el Señor Jesús también tuvo la oportunidad de mostrar Su poder y recordarle a Satanás la derrota que le esperaba.

Así que, frente a la realidad de las tentaciones y las pruebas, debemos entender la petición que el Señor Jesús nos enseña: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”. Por una parte, significa que el Señor nos libraré de la tentación. Por otra parte, significa que, cuando vengan estas tentaciones por la voluntad de Dios, seré sostenido y ayudado por el Señor, para que pueda pelear contra el pecado y resistirlo durante toda mi vida; porque la realidad es que soy débil bajo los ataques del príncipe de las tinieblas y necesito la fuerza de Dios. Así que, las tentaciones son una gran realidad en la vida de los hijos de Dios.

Lo vemos más a menudo en las Escrituras: las tentaciones. Piensa en Lot. Él se fue a vivir a la ciudad de Sodoma, sabía que la gente allí era malvada, pero era un lugar donde la tierra era muy fértil. La tierra era verde y frondosa. Esa fue una tentación para él. David, caminaba sobre la azotea de su casa, y vio a Betsabé bañándose.

Salomón fue tentado por sus esposas a cometer idolatría. Vemos a Pedro que se sentó entre los sirvientes de la corte del sumo sacerdote; a Abraham, que mintió porque temía que lo mataran, por lo cual dijo de su esposa: “Ella es sólo mi hermana”; e incluso, vemos a Jeremías que, en medio de todos sus sufrimientos y penas, maldijo el día de su nacimiento. Todos estos son ejemplos de los hijos de Dios cayendo y tropezando con tentaciones, y todos ellos pertenecían a Dios. Habían sido comprados por el Señor, habían sido redimidos por la gracia de Dios, habían probado la gracia perdonadora de Cristo y experimentaron el amor de Dios en sus corazones; pero también cayeron en ciertas tentaciones, porque hay momentos en los que pueden surgir batallas despiadadas en el alma y en la mente de los hijos de Dios. Por lo tanto, necesitamos conocer esta oración: “No nos metas en tentación”.

Es necesario que resistamos esas tentaciones y que peleemos la buena batalla de la fe. Necesitamos la fuerza de Dios y Su protección. No creas que tienes el poder para vencer ciertos pecados, o que cuando ya no seas tentado a cometer cierto pecado es porque ya lo has vencido. Es Dios el que te mantiene a salvo de esas tentaciones en las que ya no piensas más. Eso no ocurre por ti, sino por causa de Dios.

Por eso, necesitamos orar: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”, porque la realidad es que la vida de un cristiano se encuentra bajo asalto. Hay tres enemigos que luchan contra los hijos de Dios. ¿Quiénes son? Son: El diablo, el mundo y nuestros propios corazones malvados. El diablo es el príncipe de este mundo, y recorre el mundo para asaltar a los hijos de Dios. El hombre tiene un corazón pecaminoso que se inclina a todo tipo de maldad, incluso después de haber recibido la gracia. Piensa en David, ¿Qué hizo durante su vida? Así que, todas estas inclinaciones malvadas no son eliminadas por completo a través de la conversión. Es cierto, en la conversión, el poder del pecado ha recibido un golpe mortal, pero las inclinaciones todavía están allí y, a veces, pueden estallar, y el objetivo es hacer que los hijos de Dios caigan. Estos tres enemigos son enemigos mortales que buscan nuestra perdición y destrucción. El diablo, el mundo y tu propia carne, buscan tu destrucción. El diablo nunca dejará de asaltar a los hijos de Dios, porque él es su enemigo mortal y, junto a las tentaciones del mundo y la inclinación pecaminosa de nuestros propios corazones, el diablo ataca a los hijos de Dios.

Sabes, es muy triste, pero por naturaleza somos amigos del diablo, el mundo y de nuestro propio corazón carnal. Escuchamos rápidamente lo que nos dicen. Estos tres enemigos mortales deben convertirse en nuestros enemigos y nunca más en nuestros amigos y eso sólo sucederá cuando Dios intervenga, cuando Dios nos dé un gusto por los asuntos espirituales, cuando renueve nuestro corazón. El Señor ya lo había anunciado en Génesis 3:15: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. Esta enemistad está en los corazones de todos aquellos a quienes Dios saca del reino de las tinieblas al reino de Su luz. Los atrae por el poder de Su amor. Él ilumina sus almas y les enseña a vivir por amor. Sus ojos están abiertos, pueden ver la realidad en sus vidas de que siguen por naturaleza las inclinaciones del maligno y sienten el peso de esa culpa. Han visto la bondad en servir al Señor y ahora desean seguirlo por el resto de sus vidas. Y entonces, surge en su corazón una enemistad contra este enemigo triple: el diablo, el mundo y nuestro propio corazón malvado.

Esos enemigos te asaltarán continuamente. Cada edad puede tener su propia tentación o prueba específica, cada edad o cada etapa de la vida. Los jóvenes pueden tener tentaciones distintas a las que tienen las personas mayores, pero estos enemigos siempre estarán al ataque. Piensa, por ejemplo, en Lucas 4:13: “Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo”. ¿Lo ves? Sólo por un tiempo, pero luego regresará y atacará de nuevo. Así que, si observamos a estos tres enemigos, tenemos primero, al diablo. ¿Quién es realmente el diablo? Bueno, él fue una vez un ángel en una posición alta, lleno de bondad. Así es como Dios lo creó, pero cayó en pecado. ¿Cómo fue eso posible? Las Escrituras nos dicen que cayó en pecado por orgullo. Se volvió muy orgulloso y luego se rebeló contra Dios. Quería ser como Dios. Encontramos esto en 1ª de Timoteo 3:6, donde Pablo le dice a Timoteo que no trate a uno que sea nuevo en la fe como a un anciano porque puede elevarse rápidamente, y pensar demasiado de sí mismo, hasta enorgullecerse. Por eso dice Pablo: “No un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo”. El diablo se volvió orgulloso y cayó en esa condenación.

También leemos de otros demonios, los demonios que antes eran ángeles en el cielo. Judas 1:6 nos dice: “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”. Del mismo modo, sabemos que hubo guerra en los cielos, Apocalipsis 12:7-9: “Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado

fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”.

De allí viene el diablo. Esto no contesta todas nuestras preguntas. Hay ciertos asuntos aquí que todavía no entendemos y no necesitamos entenderlas. Podemos conformarnos con saber simplemente que Dios es bueno, y que Dios no es el autor del mal, que odia el pecado, y que para combatir el pecado estuvo dispuesto a sacrificar a Su propio Hijo para salvar a los pecadores. Por eso, todavía no entendemos cómo fue posible todo esto, pero sabemos que Dios dio a los ángeles un libre albedrío, y en virtud de ese libre albedrío, podían rebelarse contra Dios. Eso fue lo que algunos de ellos hicieron. Ahora odian a Dios y hacen guerra contra los hijos de Dios.

En Apocalipsis 12:17, leemos: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella” (esa es la iglesia), “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”. El nombre Satanás significa “adversario”. Él siempre va en contra de Dios y Su voluntad. El diablo busca apartar al pueblo de Dios y luego mentirles, diciéndoles: “la van a pasar muy bien si se rebelan contra Dios”, pero luego, caen en miseria y sufrimiento.

Muchos piensan que hablar sobre demonios es propio de la gente pagana, aquellos que creen en espíritus malignos y, que esta creencia ya no pertenece a nuestra era de la iluminación, pero eso es exactamente lo que al diablo le encanta ver. Te das cuenta de que él es una realidad terrible, y que le encanta cuando la gente ni siquiera cree que existe. Pero lo ves en la Biblia claramente revelado, y puedes verlo en todas partes. ¿Por qué hay tantas personas que odian a los cristianos? Ellos [es decir, los cristianos] solo aman a Dios y a su prójimo. ¿Por qué hay tanta enemistad, tanta violencia contra el pueblo de Dios, todo el engaño y el error que él derrama sobre la iglesia y que arruina la vida de fe y que trata de detener el esparcimiento de la Biblia y toda la lujuria y las tentaciones que usa para destruir la vida espiritual? Él ataca personalmente al pueblo de Dios. Él intenta poner en duda a la palabra de Dios, y cuando eso no funciona, tratará de retratar el servicio a Dios como aburrido, seco y sin vida, o tratará de sembrar discordia entre los hermanos.

Entonces, les susurra: “El Señor te ha abandonado y te ha olvidado”. O viene con toda clase de ideas mezcladas sobre el pecado. Él puede señalar aquellos pecados que has cometido y resaltarlos. Él está tratando de conducirte a la desesperación o, por otra parte, enfatiza solo la gracia de Dios y te empuja a la presunción, haciendo que parezca como si no hubiera una pena real por el pecado, ni arrepentimiento. Así que, el diablo intenta alejarte de Dios. Él quiere que rompas tu comunión con Él.

¿La palabra de Dios es real? Así como le dijo a Eva. ¿Dios ha hablado? Así es como él trabaja y ha sido el asesino desde el principio. Por eso es que debemos orar: “Líbranos del diablo, del mal”. Pero él es solo un enemigo. También está el otro enemigo: el mundo, el segundo enemigo. El mundo no es el mundo creado, sino el mundo en su pecado, rebelión y odio contra Dios, el mundo con todo su orgullo por la vida, la lujuria de los ojos y de la carne. Todo eso va en contra de Dios, al igual que 1ª de Juan 2:15–16 nos lo dice: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”. Y así, Pablo escribe en Romanos 12:2: “No os conforméis a este siglo”, este mundo que es rebelde en contra de Dios.

Ya lo sabes, si vivimos para este mundo, para el materialismo, somos mundanos. Si vivimos para las riquezas, somos mundanos. Si no nos preocupamos o amamos a nuestros compañeros miembros de la iglesia y los menospreciamos, entonces tenemos una mentalidad mundana, aunque estemos en la iglesia. El mundo representa un gran peligro y necesitamos el amor de Cristo en nuestros corazones, para que Él nos transforme a Su imagen. Necesitamos ser librados de las tentaciones del mundo.

Pero aún queda otro enemigo, el tercer enemigo, nuestra propia carne, nuestro propio ser que tan fácilmente se resiste a Dios, ese es un enemigo que abrigamos en nuestros propios corazones, el enemigo que está de este lado de la puerta. Este enemigo a menudo busca alinearse con el mundo y con el demonio. Eso lo demuestran nuestros deseos pecaminosos, la codicia, la dureza de corazón, nuestro orgullo. Este es el obrar del viejo hombre dentro de un cristiano, el que se opone a Dios. Ese viejo está tan cerca de nosotros que, antes de darnos cuenta, estamos tropezando y cayendo. Necesitamos reconocer a estos tres enemigos: el diablo, el mundo y nuestra carne. Incluso podemos ser ciegos a ellos. Debemos darnos cuenta de que están allí y luego orar para que Dios nos libre de todo este mal.

¿Cómo podemos resistir a estos enemigos? Esta es una batalla espiritual y, por lo tanto, necesitamos armas espirituales. No puedes luchar contra estos enemigos con violencia o con armas carnales. Necesitas armas espirituales que el Espíritu Santo enseña. Entonces, el Espíritu Santo enseña al pueblo a resistir al diablo, a negarse a sí mismo y a huir de las tentaciones. La fuerza allí se recibe a través de la oración y el estudio de la Palabra de Dios. Cuando oramos para ser librados de la tentación, en realidad oramos: “Padre, líbrame de los lugares donde pueda ser tentado a pecar contra Ti y entristecer a Tu Espíritu”. Es una oración que hacemos para que Dios no quite Su cuidado restrictivo de nosotros. Es una oración para que Dios te abra los ojos y puedas reconocer el engaño y la inmundicia de este mundo, y es a través de la oración que recibes fuerzas.

Piensa en lo que Pablo dice en Efesios 6:18: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos”. El Señor nos da fuerzas para resistir el mal. Él ilumina nuestros caminos para que reconozcamos los trucos del diablo. Sabes que sin el Señor no podemos resistir ni un momento. Pedro cayó cuando una criada le preguntó algo. David cayó por una mujer. Demas cayó por amor al mundo. Oh, cómo necesitamos la gracia de Dios, el poder del Espíritu de Dios para luchar contra estos enemigos. Necesitamos ser guerreros cristianos, soldados, para que podamos resistir en el día malo. Eso es lo que dice Pablo en Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Ese es el asunto. El Señor viste a su pueblo con armadura espiritual. Él les da el casco de la salvación, el cinturón de la verdad y el escudo de la fe (Efesios 6:13–17). Les da disposición. Les muestra el poder de la Palabra de Dios que pueden usar como espada en esta batalla. Y cuando tropiezan, aun así, el Señor está dispuesto a perdonarlos y, eventualmente, al resistir al diablo, verás que huirá de ti (Santiago 4:7). Es una batalla que tiene lugar a lo largo de nuestra vida.

Pero huye al Señor con todas tus debilidades, también con tus fallas. El Señor te sostendrá y te guiará. Él sabe lo que es ser tentado. Los discípulos lo tentaron. La multitud lo tentó. Incluso los fariseos lo tentaron y Él superó todas estas tentaciones. Ahora estás invitado a venir a este Salvador, quien resistió a toda tentación. Él está dispuesto a ser tu Dios, tu Salvador, y por eso oramos: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”.

## *Lección 9*

---

# **PORQUE TUYO ES EL REINO, Y EL PODER, Y LA GLORIA**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 9**

Bienvenido a esta lectura, la número nueve, de las series sobre la belleza de la oración. Hoy estaremos estudiando la conclusión del Padrenuestro. El Señor Jesús nos enseña a orar: “Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria”. Realmente esta no es una petición. No es una solicitud. Es una confesión. Es la conclusión. Lo leemos en Mateo 6:13: “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos”.

Así es como el Señor Jesús nos enseña a concluir nuestras oraciones. Es una conclusión de adoración, de glorificación. Dios debe ser exaltado. Debe recibir toda la gloria, la alabanza y la adoración. Ese es el objetivo de nuestra vida y de nuestra existencia. Ese también debería ser el objetivo de nuestra oración, la manera en la que debería terminar nuestra oración, en la gloria de Dios.

Entonces, el Señor Jesús enseña a sus discípulos a inclinarse en tierra ante la majestad, el poder y la gloria de Dios. No es nada que venga de nosotros. Todo está en Él. Nosotros no recibimos la gloria. Él recibe la gloria, y ese es el deseo de todos aquellos que han aprendido a amar a Dios. Desean verlo glorificado en sus vidas. Esta es la gran conclusión, la perspectiva excelente de la oración. Al hacerlo, el Señor Jesús da a Su pueblo, por así decirlo, alas para volar hacia Dios y contemplar Su grandeza y ver la certeza de Su poder, poderío y majestad. Qué consuelo, qué perspectiva tan gloriosa que ahora puedan terminar en Dios.

Han orado por el perdón de todas sus deudas. Han puesto las necesidades de la vida diaria ante el Señor. Le han rogado al Señor que los libre de todo mal, y ahora al final de esto, pueden apartar la mirada de sí mismos y de sus propias necesidades, y pueden ver quién es Dios. Pueden mirar la gloria y la belleza de Dios, y esa debe ser la culminación, la conclusión de su oración. Pueden admirar Su grandeza. Pueden maravillarse ante Su poder y en Su glorioso reino y honor.

Al comienzo de esta oración, se nos enseñó a comenzar nuestra oración dirigiéndonos a Dios que está en el cielo: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Y esa es la gloriosa realidad de Dios. Él está en el cielo. Está entronizado en poder, en majestad. Y ahora, al final de esta oración, el Señor Jesús vuelve al principio y termina en quién es Dios. De nuevo, podemos ver al Dios glorioso que está en el cielo. Puedes comenzar tu oración, y puedes terminar tu oración en el poder, la gloria y la majestad de Dios y entonces, puedes saber que Su reino vendrá. Aquí no hay duda.

Porque simplemente dice: “Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria”, el poder de convertir a los pecadores, de enseñarlos a hacer Tu voluntad, de hacer que venga Tu reino, y que Su glorioso nombre será santificado y recibirá

la gloria. Oh, esta última parte de la Oración del Señor es tan gloriosa. Nos da la seguridad de que todo esto, por lo que hemos orado, sucederá. Es un hecho. No es una pregunta, no es objeto de debate. Es simplemente un hecho: “Tuyo es el reino”.

Como puedes ver, Dios es Rey para siempre. Ahora, Dios le ha dado el reino a Su Hijo. Ahora, el Señor Jesús es Rey para siempre y Su reino será el único reino. Cualquier otro reino o imperio caerá, pero Él gobernará sobre todo y será así por toda la eternidad. A Él deben inclinarse todas las personas. El Señor tiene el control total. Podemos descansar en Él. Podemos descansar en Su fidelidad, en Su poder, en Su gloria. Podemos decir: “Señor, tú eres mi roca y mi escondite. Estoy descansando sobre el Dios todopoderoso que glorificará Su nombre, que hará venir Su reino y que guía mi vida de tal manera que todas las cosas obran para mi bien y para Su gloria”.

Debido a que el reino de Dios vendrá, y que toda rodilla se doblará delante de Él y toda lengua lo confesará como Señor de señores, muchos en ese día lo harán porque se verán obligados a someterse. Antes de ser condenados a apartarse de Dios para siempre, primero tendrán que admitir que Él es Dios para siempre. Esta es la gloriosa realidad, lo que el Señor Jesús nos está enseñando, que esta oración que nos enseña termina con una perspectiva sobre el glorioso reino de Dios.

El reino de Dios consistirá, en última instancia, en un cielo nuevo y una tierra nueva, donde el cielo y la tierra se unirán. Ese será un reino que durará para siempre. Será un reino sin corrupción, sin miedo, sin ningún enemigo. Un reino de paz perfecta, un reino que nunca será destruido o conquistado. Este reino de Dios hará pedazos todos los demás reinos y el reino de Dios permanecerá para siempre. Incluso si Su pueblo en la tierra es asesinado, aún reinarán con Él en gloria; del mismo modo, si tienen una larga vida, aún reinarán con Él en gloria. Ese es el fin y el objetivo definitivo de todos aquellos que aman al Señor.

Este reino es el reino de Cristo. Este Rey también tiene poder, ya que no es solamente: “Tuyo es el reino”, sino también: “Tuyo es el poder”. En realidad, cada poder existente tiene su origen en Dios. Incluso el poder del diablo, y el poder que las personas tienen para cometer todo tipo de maldad lo reciben de Dios, pero están abusando su poder y serán castigados por eso.

Pero, para que un hombre haga lo malo necesita poder de Dios. Ahora bien, Cristo ha mostrado el poder de Dios al aplastar la cabeza de Satanás. Eso ocurrió en la cruz cuando venció al príncipe de las tinieblas. Ahora, está exhibiendo Su poder al liberar a las personas que están atadas y esclavizadas por el diablo. Él está liberando y redimiendo a los cautivos y está haciendo que venga Su reino. El poder es una perfección esencial de Dios.

Dios no solo tiene el poder de hacer las leyes, sino también de hacerlas cumplir. Emite mandamientos, pero también puede imponer la obediencia. Lo hace por Su poder. Las personas pecaminosas nunca quisieron escuchar a Dios. Son vencidos por el poder de Cristo, y ese poder ahora atrae a las personas que se resistirán y lucharán a Dios, pero Él vencerá su falta de voluntad. Los hará ofrecerse voluntariamente en el día de Su poder, Salmos 110.

Los atrae con lazos de amor. Recibirá el poder de Dios para convertir a los pecadores. Las cadenas de Satanás están rotas. El reino de Dios está establecido en las almas de Su pueblo. Su poder los sostiene y evita que caigan; y los trae a este reino celestial. Entonces, cuando oramos a Dios, debemos darnos cuenta de que Él tiene todo el poder, y de que ese poder está disponible para ti.

Un poder eterno está ahí para ti. Cuando has sido ganado para Su reino, este poder de Dios está de tu lado. Él puede defenderte de cualquier enemigo. Él puede salvarte de todas las dificultades. Incluso puede hacer que vengan Sus ángeles a librar te. Él puede someter cualquier pecado dentro de ti. No hay nada demasiado difícil para Él. Puede salvar perpetuamente porque es el Dios Todopoderoso, todopoderoso y eterno. Él está dispuesto a salvar. Es poderoso y está dispuesto: poderoso para salvar, dispuesto a salvar. Así es como se revela: como un Dios amoroso y misericordioso.

Él es capaz y está dispuesto a proveerte en todas tus necesidades, y cuando ores, acuérdate de Su poder todopoderoso, por medio del cual, salva a los pecadores perdidos. Él ya ha demostrado este poder de maneras muy hermosas. ¿Cómo es posible que Dios pueda hacerse hombre? Eso solo es posible a través de Su Hijo. Dios envió a su Hijo a este mundo, e hizo que Su Hijo naciera de una virgen, y naciera, creciera y viviera entre nosotros. Dio su vida como un precio de rescate por el pecado, y por Su poder todopoderoso, venció a la muerte. Él se levantó de entre los muertos.

Por este mismo poder todopoderoso, conquistó el infierno. Él venció el poder del maligno. Elimina la culpa de su pueblo, y luego, en ese mismo poder, envía Su Espíritu para aplicar la obra de Cristo a las almas de los

hombres. Él cambia la vida de las personas. Los hace nuevos y eso solo es posible gracias a Su poder todopoderoso. Nada puede cambiar el corazón de un pecador, solo el poder de Dios.

Sabes, el mismo poder que creó el cielo y la tierra, el mismo poder que hace que un hombre muerto se levante de la tumba, es el mismo poder que se necesita para convertir a un pecador. Entonces, es a través del mismo poder todopoderoso que el Espíritu de Dios salva a las personas de sus pecados y los traslada de la oscuridad a Su maravillosa luz. Ese es Su poder todopoderoso. El Señor ha mostrado Su salvación.

Ahora, cuando ores, piensa en Su poder. Piensa en Su poder todopoderoso, por el cual está dispuesto a salvar a los pecadores perdidos. Confía en Su poder todopoderoso. Él puede liberar a los pecadores de la esclavitud. Los pecadores más grandes pueden convertirse. Confía en Su poder. Él ya ha demostrado mucho de Su poder en este mundo. Tal vez ya has visto Su poder en tu propia vida. Cuando conoces Su gran poder que te salvó, y recuerdas cómo venció las dificultades de tu vida, tal vez estás volviendo tu mirada a las imposibilidades y las estas trayendo ante el Señor y no sabes cómo podría resolverse ese problema en tu vida. No sabes cómo podrías seguir adelante, pero recuerda, Él puede salvar perpetuamente porque es todopoderoso.

Recuerda las cosas que Él ha hecho como lo registran las Escrituras. Recuerda las cosas que ha hecho en tu vida. Anímate. Ruega por Su poder todopoderoso. Eso puede darte esperanza y consuelo, incluso en los momentos en los que sientes que aún estás fuera de la gracia salvadora de Dios. Es posible que veas que necesites Su obra salvadora en tu vida y que no puedes renovarte a ti mismo, pero lo que tú no puedes hacer Él sí puede hacerlo. Él es el Dios todopoderoso. Por lo tanto, puedes dejar tu situación con Él. Ten esperanza en Su poder todopoderoso.

Reconoce que el Señor Jesús puede y está dispuesto a realizar esta obra de salvación en tu vida: ‘Lo que no puedo hacer, Tú lo puedes hacer, porque Tú eres todopoderoso’. Un hijo de Dios no tiene poder en sí mismo, pero en ese caso, puedes acercarte como una paloma tímida y débil. Puedes refugiarte bajo las alas del poder de Jesús. Qué contraste tan fuerte: Su gran poder y nuestra debilidad total. En la vida espiritual, nos familiarizamos tanto con el poder de Dios como con nuestra propia debilidad. Se nos enseña a abandonarnos a nosotros mismos y a confiar en Él.

Verás, mientras más veas tu propia debilidad, más confiaras solo en Dios. Te atreverás a confiar en Su poder. Cuando un capitán ve que su barco es frágil y tiene una filtración de agua, buscará a un carpintero que lo repare. Cuando reconoces que eres débil, huirás a Dios para recibir poder para ayudarte en el tiempo de necesidad. Muy a menudo, un cristiano, un hijo de Dios, confiará en su propio poder y pensará que puede manejar las cosas y descuidará la búsqueda del poder y la gracia de Dios. Verás eso en la vida de David y de Pedro y de otros.

Nunca confíes en tu propio poder, sino confía en el poder de Dios. Verás, esto glorifica a Dios: “Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria”. Cuando vemos el reino glorioso de Dios y observamos Su poder, todo esto lleva a la glorificación de Dios porque Dios debe recibir gloria eterna y hay muchas razones para eso. ¿No es algo glorioso ver una vela que no se apaga en medio de vientos tempestuosos o ver la misma vela en medio de grandes olas aún encendida?

No se apaga. De la misma manera, es glorioso ver a un humano débil atribulado en todo, pero sostenido firmemente por el brazo de Dios hasta que finalmente cada enemigo es derrotado. Nuestra debilidad nos conduce a Dios y por causa de Su poder, una pobre caña cascada no se rompe y un pábilo débilmente humeante no es apagado (Isaías 42:3). Qué bendición es descansar en el Señor para que puedas hacer todas las cosas en Cristo que te fortalece (Filipenses 4:13). De esta manera, Dios es glorificado.

Verás esa salvación durante toda tu vida. No es por ti. Todo es porque Él cuida de ti, por Su gracia, por Su poder. Por lo tanto, la gloria debe atribuirse solo al Señor. Nuevamente, como dijimos anteriormente, ese es el objetivo de todo lo que Dios hace. Es la gloria de Dios mismo. Él hizo todas las cosas para Su gloria. Eso quiere decir, que todas las cosas fueron creadas por Él y para Él, y todas deben contribuir a Su alabanza suprema e infinita. Por eso el Señor Jesús siempre promovió la gloria de Dios. Deseaba que Dios fuera glorificado en Su vida aquí en la tierra y ese debe ser el objetivo de todo Su pueblo.

Él dijo: “Yo te he glorificado en la tierra”, porque Dios hace que todas las cosas obren en favor de la gloria y el honor de Su nombre. Él salva a los pecadores para la gloria de Su nombre. Él muestra misericordia a un pecador para que Su nombre sea honrado y adorado, de eso se trata la oración: la gloria y el honor de Dios porque el Señor hace todas las cosas para Su gloria. Creó el cielo y la tierra para Su gloria, Salmos 19:1: “Los cielos cuentan la gloria de Dios”. El Señor obra la salvación por la gloria de Su nombre: Efesios 1:5-6: “En amor habiéndonos

predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia”.

Piensa en ese hermoso texto del Salmo 50:10: “E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”. Dios salva y libra para que puedas contar que Dios es bueno. A Él sea la alabanza y la adoración. Así que, el Señor sostiene a Su pueblo y fortalece a Sus siervos y ayuda a Sus siervos mientras estos llevan Su Palabra. Lo hace todo para la gloria de Su nombre. Así que, salva y libra a Su pueblo de todas sus angustias para la gloria de Su nombre.

Por lo tanto, cuando ores, que este sea el trasfondo de tu oración, que todo debe tener esta meta: que Dios sea glorificado. Que también sea tu oración personal: “Señor, glorifica Tu nombre en mi vida”. De esa manera, no importa lo que suceda en tu vida en última instancia, siempre y cuando Dios sea glorificado.

Incluso en los días de enfermedad, en los días de dificultad, pide que aquello por lo que estás pasando pueda ser para la gloria de Su grandioso nombre. Pide la gracia para ser guardado del pecado. Pide la gracia de que seas hecho obediente a Dios y que todo sea para la gloria de Dios, pues Él es digno de toda la gloria, alabanza y adoración.

Sabes que Dios es glorificado en la acción de gracias. Dios es glorificado cuando reconocemos que Dios responde la oración. Debemos ofrecer acciones de gracias a Dios por Sus bendiciones abundantes y esto le trae gloria a Dios. Por eso el cristiano no debería solo orar y poner peticiones delante de Dios, sino también recordar dar gracias a Dios.

Cada día el Señor nos da muchas señales de Su gracia y misericordia y esto nos da muchas razones para ofrecer acciones de gracia delante de Él, y esto será para la gloria de Su nombre. Piensa en cómo el Señor te provee la comida diaria. Piensa en cómo hace salir Su sol y hace caer Su lluvia. Piensa en cómo te ha dado Su Palabra y cómo habló Su Palabra a tu corazón. Piensa en las invitaciones a la vida eterna y cómo te muestra Su gracia perdonadora.

Incluso cuando pasas por dificultades, cuando un hijo de Dios mira atrás, ¿quién levantó tu cabeza? ¿Quién te sostuvo? ¿Quién te levantó? ¿Quién te dio gracia? Fue el Señor, quien hizo esto. A menudo, es en el camino de las dificultades en el que el Señor enseña a Su pueblo lecciones espirituales abundantes y en cierto sentido, incluso las aflicciones pueden ser bendiciones disfrazadas porque te muestran más de quién es Dios y por lo tanto, Él es glorificado.

Así que, estamos llamados a venir a Dios con acción de gracias. Esto es algo que lo glorifica, pero aun así es algo que con frecuencia se descuida. La gente recibe bendiciones. Están felices. Están contentos, pero eso no es lo mismo que estar agradecidos. No es lo mismo que darle gloria a Dios. Encuentras esto, por ejemplo, en el caso de los 10 leprosos que vinieron a Jesús; el Señor los sanó a todos, Lucas 17:17-18: “Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?” Y era un samaritano.

El apóstol Pablo nos dice en Filipenses 4:6: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Así que, la Biblia nos muestra la necesidad de ser agradecidos. ¿Por qué? Porque de ese modo Dios recibe la gloria. En nosotros mismos no podemos añadir nada a Su gloria, pero Él se complace en recibir nuestras simples alabanzas y se complace en aceptar nuestra acción de gracias y en considerar que de ese modo será glorificado.

La verdadera acción de gracias viene de un corazón que está humildemente consciente de su propia indignidad. Para dar gracias de verdad, debes darte cuenta de que no merecemos nada de lo que recibimos. Un corazón como ese valorará los dones y apreciará el amor del Dador de todos estos dones y dirá con Jacob: “menor soy que todas las misericordias” (Génesis 32:10).

Así que para dar gloria a Dios es importante ser particular en mencionar las bendiciones que Dios nos ha dado. Puede haber muchas bendiciones diarias en las que Dios muestra que cuida de nuestras vidas diarias. Puede que hayamos estado en ciertas dificultades y que el Señor nos haya dado plena libertad. No olvides esas ocasiones, sino más bien, ponlas delante del Señor con acción de gracias. El Señor nos ha dado muchos más privilegios que a otras personas. Reconozcámoslo por eso. Se preocupa por la naturaleza. Él sostiene el cielo y la tierra. Vemos el sol, la luna y las estrellas y debemos adorar a Dios por todas las obras de Sus manos.

El Señor también nos da distintas estaciones y se asegura de que el pasto crezca en las montañas. El Señor alimenta a los animales y cómo se preocupa por los cultivos, en Salmos 65:9-11, leemos: “Visitas la tierra, y la riegas; en gran manera la enriqueces; con el río de Dios, lleno de aguas, preparas el grano de ellos, cuando así

la dispones. Haces que se empapen sus surcos, haces descender sus canales; la ablandas con lluvias, bendices sus renuevos. Tú coronas el año con tus bienes, y tus nubes destilan grosura”. Dios es glorificado en cuidar de la naturaleza.

Cuando ofrecemos nuestra acción de gracias al Señor, debemos hacerlo recordando que Él nos hizo, que nos hizo ser criaturas razonables y que somos capaces de conocer a Dios, de amarlo y disfrutarlo. Esa capacidad ya es razón suficiente para dar gracias a Dios y alabar a Dios. Debemos alabarle porque no somos como los animales que perecerán, sino que hemos recibido el privilegio de conocer, amar y disfrutar a Dios.

Por lo tanto, ofrece acción de gracias al Señor, que nos guarda y nos protege, que nos da inteligencia y comprensión, que nos da cuerpos que funcionan como deberían y que nos ha cuidado desde el día en que nacimos. Isaías dice que el Señor nos ha traído todos nuestros días y nos ha cuidado. Nos ha cuidado en todos nuestros caminos, y eso a pesar de nuestros pecados, nuestras muchas deficiencias y de que no le hemos dado el honor que merece recibir. Demos gracias a Dios por todo Su cuidado, por la salud y cuando la ha restaurado después de la enfermedad. Solo hay un pequeño paso entre la vida y la muerte, pero el Señor nos ha sostenido durante toda nuestra vida.

Todavía podemos estar en la tierra de los vivos. El Señor ha librado nuestras almas de la muerte, nuestros ojos de lágrimas y nuestros pies de resbalar (Salmo 116:8). Por lo tanto, debemos dar gracias al Señor por todas estas bendiciones. Es como un pastor que cuida sus ovejas y que nos da todos los días comida y alimento. Puede ser que el Señor nos haya bendecido en nuestro trabajo y nuestra ocupación diaria. Tal vez nos ha dado fuerza y entendimiento en nuestra profesión y habilidad para que las obras de nuestras manos sean bendecidas. El Señor nos da un hogar para vivir y nos salva del peligro.

Tal vez nos ha bendecido con hijos. Si sigues pensando en cuantas bendiciones el Señor nos da, pronto te darás cuenta de que no podemos enumerarlas todas. Se vuelven tan abundantes que terminamos viendo frente a nosotros una pila enorme. Realmente, es una montaña enorme de todas las señales de la bondad de Dios para con nosotros.

Si luego nos fijamos en quiénes somos en nosotros mismos, podemos ver otra montaña; la montaña de nuestros pecados, de nuestros defectos y, muchas veces, nos olvidamos de hacer lo que deberíamos haber hecho. No hicimos la voluntad de Dios; nos hemos quedado cortos. Por eso, es un enorme milagro que, a pesar de esta gran montaña de pecados e iniquidad, todavía podemos ver esa montaña de bendiciones de Dios hacia nosotros. Entre estas dos montañas vemos el valle de la gracia de Dios en el Señor Jesucristo.

Todas estas bendiciones provienen del mérito de Cristo, a pesar de todos nuestros pecados. Por lo tanto, a Dios sea toda la gloria, la alabanza y la adoración. Verás, es un pensamiento muy reconfortante, un pensamiento que no podemos comprender completamente, pero que será muy glorioso en el cielo, pues allí Dios recibirá toda la gloria sin ninguna mancha de pecado y eso ocurrirá por toda la eternidad. Este es un hermoso pensamiento: La historia de este mundo terminará en que Dios recibirá gloria por todas Sus obras. Esta será la alegría de todos los que lo aman: que pasarán la eternidad magnificando y glorificando a Dios por todas las riquezas de Su gracia.

Por lo tanto, la acción de gracias y la adoración que ahora elevas a Dios en esta vida un día será perfecta: Adoración perfecta, verdadera alabanza pura y sin mancha. Allí, toda la Iglesia de Dios estallará en adoración: “Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos”. Gracias.

# *Lección 10*

---

## **AMÉN**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 10**

Bienvenido a esta lección número 10, de las series sobre la belleza de la oración. Hoy estaremos estudiando la última palabra que el Señor nos enseña. Es la palabra “amén”. Después de que el Señor Jesús nos enseñó a pedir por el reino de Dios, el poder y la gloria de Dios y que Él debía recibir esto por la eternidad, después de llegar al final de nuestras oraciones y de haber presentado todas nuestras peticiones ante el Señor y haber buscado al Señor derramando nuestro corazón delante de Él, concluimos la oración diciendo “amén”. Sin duda esta es una conclusión de esta oración muy gloriosa y reconfortante, la palabra “amén”.

Algunas personas piensan que amén quiere decir “fin”, el final de nuestras oraciones. Ya podemos abrir los ojos porque la oración ha terminado. Pero ese no es el significado de la palabra “amén”. Amén, en realidad, es una hermosa palabra que viene del hebreo. En realidad es una palabra hebrea que quiere decir: “Esto ciertamente así será”. En el contexto de la oración, significa que después de haber expuesto nuestras necesidades ante Dios, podemos estar seguros de que Dios escuchará nuestras oraciones.

El Señor promete en Su Palabra que escucha la oración. Él es un Dios que se deleita en escuchar las humildes oraciones de Su pueblo, y lo hará. Cuando oramos conforme a Su voluntad y Su Palabra, el Señor nos dice varias veces que escuchará nuestras oraciones. Esa palabra “amén” es una conclusión muy fuerte para nuestras oraciones, “Así será”.

El Señor nos enseña en Mateo 7:7-8: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”. ¿Notas también aquí que el Señor Jesús repite la misma verdad seis veces, para que estemos convencidos de que Dios escucha la oración?

Encontramos hermosos ejemplos de eso en las Escrituras. Por ejemplo, Pedro estuvo preso. Hechos 12:5 nos dice: “Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hizo sin cesar oración a Dios por él”. Entonces, oraron por la libertad de Pedro y el Señor escuchó sus oraciones y puso a Pedro en libertad. El ángel del Señor entró en la prisión y liberó a Pedro sacándolo de allí. Entonces Pedro caminó hacia la casa donde se reunía la iglesia primitiva y tocó la puerta principal. Pero entonces te das cuenta de que ni siquiera creían que él estaba allí. Siguió tocando, y finalmente se dieron cuenta de que realmente era Pedro.

Ves que la respuesta del Señor a la oración no depende de si lo esperamos o creemos. La respuesta de Dios a nuestras oraciones no depende de nuestros sentimientos o de nuestras expectativas. Depende de la fidelidad de Dios; depende del poder y la gracia de Dios. Por lo tanto, debemos orar, orar sin cesar. No lo harás en vano. Expón todas tus peticiones delante del Señor, incluso si el Señor te escucha de una manera diferente de la que crees o incluso de la que esperas.

Para usar nuevamente ese ejemplo del apóstol Pedro, sabemos por la historia de la iglesia primitiva que más adelante fue a Roma. Allá en Roma, finalmente fue encarcelado y ejecutado. Podemos imaginar que la iglesia

de aquellos días también habría orado al Señor pidiéndole que lo sacara de la cárcel nuevamente, pero Dios respondió de manera diferente. Dios sacó a Pedro de esta vida y lo llevó a la gloria. Dios aún cuidó de Pedro, pero de manera distinta a la que la iglesia esperaba en sus oraciones.

Así que, a veces, Dios puede contestar a nuestras oraciones de manera distinta a la que imaginamos. Tal vez te es conocido el ejemplo del apóstol Pablo, que oró fervientemente tres veces para ser librado de un aguijón en su carne, un cierto dolor que tenía, alguna gran necesidad urgente. Debe haber pensado: “Si este aguijón en la carne no estuviera allí, podría hacer aún más por el Señor”. El Señor no le concedió lo que pidió; el aguijón permaneció. El Señor le dijo a Pablo: “Bástate mi gracia”. Ves que el Señor respondió y escuchó, pero de manera distinta a lo que Pablo había esperado.

Pues verás, el Señor hace lo que es bueno y lleva a todo Su pueblo a ser fortalecido o a donde está Él en gloria. Él escucha la oración. Él hace lo que es bueno para Su pueblo. Él sabe qué están pidiendo en oración y les responderá. Qué realidad tan segura y tan abundante y qué bendición tan hermosa. Por eso podemos orar con expectativa. Deberíamos tomarnos nuestras oraciones en serio. Dios toma nuestras oraciones más en serio que nosotros mismos. Por eso, podemos concluir nuestra oración con esa pequeña palabra “amén”, lo cual implica que Dios escucha la oración.

Esa pequeña palabra “amén” es una confesión al final de nuestra oración de que creemos que Dios contestará nuestras oraciones. Al mismo tiempo esa pequeña palabra “amén” es también una invitación a tener fe. Expresar y pronunciar esa palabra “amén”, nos invita a tener la certeza y la confianza en el Señor de que Él escuchará. Él nos guiará y no tendremos ningún mal que temer, pues Él lo hará por nosotros. Esa pequeña palabra “amén”, es un llamado a confiar en Dios.

Ahora, ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Oramos con fe? ¿Ejercemos la fe verdadera? Esta palabra “amén” es un llamado a un examen personal sobre si dependemos del el Señor con confianza o no. Al Señor le agrada tratar con Su pueblo a través de Sus promesas y esas promesas son un llamado a la fe, a creer, a confiar en el Señor.

Así que el Señor trata con nosotros por medio de Sus promesas. La fe es importante, pero hay mucha fe que no es verdadera fe, que no es la fe salvadora bíblica. También existe la fe falsa. Hay personas que se hacen llamar cristianos y que dan la impresión de que también confían en el Señor, pero que son falsos creyentes.

¿De qué forma podemos reconocer la fe falsa? La fe falsa está estrechamente relacionada con la idolatría. La idolatría es una realidad en la que remplazamos al Dios verdadero por un ídolo. Ahora, puede tratarse de un ídolo literalmente, puede ser una imagen. Solía suceder con frecuencia y todavía ocurre que en ciertas religiones se adoran ídolos. Pablo habla al respecto en Romanos 1:25: “Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos”.

También podemos tener ídolos en nuestras vidas. Podemos creer y confiar en ciertas cosas, esperando recibir de ellas felicidad y gozo. Algunas personas creen en la sexualidad, otras en el dinero. Algunas personas son su propio ídolo. Se elevan y se impresionan de sí mismos. Creen que son tan importantes que terminan haciendo un ídolo de sí mismos. El apóstol Pablo incluso dice que algunas personas hicieron de su vientre un ídolo porque solo piensan en comer, beber y disfrutar de las cosas, pero eso todo es pecaminoso.

También puede ocurrir que las personas inventen su propia visión de Dios, eliminando todos los atributos bíblicos de Dios que no les gustan. Así que inventan a un dios a su gusto. Hay bastantes personas que hoy en día piensan que Dios solo es amoroso, que aprueba la iniquidad, que solo hace cosas bonitas y solo está allí para bendecirnos y para llevarnos al cielo después de esta vida. Pero esa es una visión deformada de Dios: un Dios que es solo amor y que nunca castiga el pecado, que nunca molesta a las personas. Esa es una visión equivocada de Dios. Ahora bien, este tipo de idolatría ocurre con frecuencia y es difícil de detectar porque también se habla de Dios y de Cristo, pero no es la fe verdadera. Es una fe falsa. Es idolatría. No tienen la visión bíblica de Dios, sino una visión de quién es Dios creada por ellos mismos.

Así que, la fe falsa está relacionada estrechamente con la idolatría. Una fe falsa también es delirante. Nos engaña, socava nuestra capacidad de pensar correctamente acerca de Dios y oscurece nuestro entendimiento. Romanos 1:21–22: “Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios”. Pablo escribe en 2ª de Corintios 4:4: “En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos”. Estas son personas que siguieron al dios de este mundo, un ídolo o una visión de la vida centrada en el hombre, pero el resultado es que están cegados. Siguen el engaño, por lo que sus habilidades

racionales se ven comprometidas. Ya no podemos discernir entre la verdad y el error, estamos ciegos. Todos creen en algo, pero muchas personas creen en una mentira, y esa mentira los ciega y los endurece, porque la fe falsa es delirante.

La falsa fe es también un compromiso intencional con el mal. El hombre desea lo que es malo; eso se muestra en el hecho de que los hombres huyen la verdad de Dios, por ejemplo, Juan 3:19: “La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”. Las personas no quieren a Dios. Se esconden de Él y no lo buscan en lo absoluto. No tienen ningún deleite en la Palabra de Dios.

Incluso, una vez que entras en ese patrón te vuelves adicto. Ese patrón va creciendo y se vuelve cada vez peor en una persona. Se convierte en un compromiso intencional con el mal. Entonces, ni siquiera quieren volver escuchar a Dios. Es una rebelión. Así que, solo hay dos alternativas: la fe genuina o la desobediencia desafiante. Entonces, esta es la realidad de la fe falsa y, es una característica del hombre natural, sustituir la verdad acerca de Dios por una mentira. Es cautivador. Arruina nuestra relación con Dios. Destruye nuestra alma y también arruina las relaciones con otras personas.

Para ser librados de la fe falsa y aprender a confiar verdaderamente en Dios, necesitamos que Dios nos salve. Necesitamos que el Señor ilumine nuestra mente y nuestro corazón. Cuando Su Espíritu obra en nuestros corazones y vemos cuán verdadero es Dios, cuán fiel es Él y que Su Palabra es verdadera, aprendes a confiar verdaderamente en el Señor y luego aprendes realmente a decir “amén” a Dios, y dices “amén” a todos Sus mandamientos y a Su Palabra. Entonces, tendrás sed de Su presencia en tu corazón y en tu vida, y eso es algo que debemos aprender: a vivir por esta fe verdadera que dice “amén” a Dios y a confiar en el Dios vivo.

Por lo tanto, debemos aprender a ejercer la fe verdadera, y eso puede ser bastante difícil. Tal vez te resulte difícil confiar siempre en Dios y esperar en Él. Espero que no abras un ídolo, más bien, que ames la verdad de la Palabra de Dios en vez de tener algún compromiso con el mal, y que puedas conocer en tu corazón cómo el Señor se ha vuelto demasiado fuerte para ti y que ha puesto el temor de Su nombre en tu corazón. Espero que esto sea lo que anhelas y aquello por lo cual vives. Y aún puede ser que te resulte difícil confiar siempre en Dios y esperar siempre en Sus promesas a través de la fe.

Verás, cuando te miras a ti mismo ves tus defectos, tus fracasos y también reconoces que Dios es un Dios Santo. Frente a tus defectos, ves que Dios es fuego consumidor. Puedes temer fácilmente, incluso después de haber recibido la gracia, la gracia salvadora; y luego preguntarte: “¿Seguiría habiendo gracia para un pecador como yo?” Tal vez estas siendo sacudido de aquí para allá. Tal vez estás en crisis. Entonces mira a Jesús. Míralo a Él. Observa cómo trata con Sus discípulos, que tan a menudo se extraviaban, se impacientaban y se llenaban de incredulidad.

Observa cómo el Señor Jesús trata con los pecadores en los evangelios. Vienen a Él y Él no rechaza a ninguno. Él dice en Lucas 19:10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Él te declara en Juan 3:17: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. Él anhela la salvación. Tenía compasión de la multitud porque los veía como ovejas sin pastor. Lloró sobre la Jerusalén impenitente que mató a los profetas. Ansiaba juntarlos como una gallina junta a sus polluelo. Mira los sufrimientos de Cristo. Pasó por una vida de penurias y miserias y pasó por la muerte más miserable. En todo esto, vemos en Jesús Su amor por los pecadores. Su amor por los pecadores es tan grande que se entregó a Sí mismo. No pienses que Él te rechazará con ira cuando corras al Él con todos tus fracasos, con tus pecados, con tus defectos, con tu indignidad, con tus luchas contra la incredulidad y con toda la debilidad de tu fe.

Ven a Él. El Señor es misericordioso y recibe a esas personas. Está lleno de bondad amorosa. Él se ofrece a ti libremente con toda Su habilidad para salvarte y bendecirte. Incluso dice en los últimos versículos de las Escrituras: “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). Nota cómo el Señor te invita amablemente en esta oración a esperar, solamente del Señor, toda gracia y toda salvación. Él te llama. Él expone ante ti todas tus necesidades, los asuntos importantes en tu vida, aquello por lo que necesitas orar. Puedes venir a Él, rogando por Su misericordia. Puedes confesar tu indignidad, suplicando Su justicia, y puedes sentirte alentado y consolado de que el Señor está dispuesto a escuchar tus oraciones muy por encima de tus expectativas. Eso es lo que ves ante ti en esta pequeña palabra “amén”. Qué bendito consuelo, qué gloriosa esperanza, mirarle. Puedes decir como en las luchas del padre de ese niño enfermo en Marcos 9:24: “Creo; ayuda mi incredulidad”.

Así que, “amén” es un llamado a confiar en el Señor. Es un llamado a adorar a Dios. Es un llamado a agradecerle por todas Sus bendiciones y Su fidelidad; y solo cuando oramos de acuerdo con Su voluntad podemos decir “amén” verdaderamente, después de orar. Él nos manda a decir “amén” después de que hayamos orado bíblicamente y eso consiste en orar enfocados en el honor de Dios, en la extensión de Su reino; y por eso suplicamos por el poder de Dios y buscamos primeramente Su reino y Su justicia. Eso es orar de acuerdo a la Palabra de Dios y, a esa oración, el Señor dice a Su pueblo que diga: “Amén”.

Entonces, “amén” es un llamado a confiar en Dios. Todos los que han sido enseñados a orar por el Espíritu de Dios deben perseverar en tal oración, porque Dios responderá. Anímate. Dios es fiel en el Señor Jesús. Persevera en la fe para la extensión del reino de Dios. Continua en fe procurando el honor de Dios. Sigue orando por los que te rodean y por tu iglesia, por sus miembros. Sigue orando por la iglesia que está siendo perseguida en todo el mundo. Pide que Su glorioso nombre sea exaltado. Persevera en oración porque los días son malos. Hay mucha confusión y engaño. Hay muchas necesidades, pero ponlas todas delante del Señor y concluye tu oración con “amén”, confiando en que Él lo escuchará porque “amén” es un llamado a confiar.

“Amén” es también un llamado a estar verdaderamente agradecido, reconociendo todos los beneficios que el Señor Jesucristo te ha dado y agradecerle por eso. Por este agradecimiento, debes decir “amén” en tus oraciones, sabiendo que Dios es fiel a Su causa. Considera los milagros por los cuales puedes estar agradecido: Que el Dios eterno se hizo carne y habitó entre nosotros, que entró en nuestras vidas para que tengamos vida eterna. Piensa en todas las exposiciones del Señor Jesús que nos fueron reveladas en el evangelio para que podamos meditar en ellas y en el hecho glorioso de que conquistó la muerte, venció la corrupción, se ganó la vida eterna y que promete hacer nuevas todas las cosas. Qué gran amor nos muestra Dios en la gloriosa victoria de Cristo, que Él compró todos los beneficios.

Qué bendición conocer esta salvación y que el Señor nos ha dado a maestros, ministros y sobre todo, Su santa Palabra. Cuando tenemos la gracia de Dios en nuestras vidas, nos damos cuenta del gran privilegio del cual Ezequiel 16 nos habla. Esas palabras se han cumplido en nuestras vidas. Allí, el profeta usa la ilustración de un bebé recién nacido que no es deseado, arrojado al desierto y a punto de morir. Así es como Dios nos vio a ti y a mí. “No hubo ojo que se compadeciese de ti para hacerte algo de esto, teniendo de ti misericordia; sino que fuiste arrojada sobre la faz del campo, con menosprecio de tu vida, en el día que naciste. Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres, y cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive! Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!” (Ezequiel 16:5–6). Dios entregó a Su Hijo para que muriera en tu lugar.

¡Qué milagro! Él te conoce desde antes de la fundación del mundo. Su espíritu ha entrado en tu corazón. Él ha abierto tus ojos por la gracia de Jesucristo. Él te ha dado un nuevo propósito en la vida. Ahora puedes conocer Su amor, el amor de Cristo en Su corazón. Él no te dejó a la merced de tus propias pasiones malvadas. Te guía diariamente, te da una consciencia limpia a través de la fe en Cristo. Te fortalece cada día en todas tus labores. Te ha dado a experimentar la comunión con Dios. “Serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tú los abrevarás del torrente de tus delicias”. Por todas esas razones, da gracias a Dios y puedes añadir “amén” a eso, sabiendo que es verdadero y seguro. Él siempre te ha provisto, muestra un agradecimiento verdadero.

¿Cuántas respuestas a la oración te ha dado el Señor? ¿Con qué frecuencia has llorado en las profundidades y Él te escuchó? Gracias a Dios que es fiel. Incluso en tiempos de aflicción, ¿no te ha animado? 2ª de Corintios 4:17: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”. Qué cuidado tan continuo el de Cristo, que ahora mismo está obrando, preparando un lugar para ti en la casa de Su Padre y se aseguró de que no seas arrancado de Su mano, sino que te dará la victoria. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero. Cómo debemos dar gracias al Señor por toda Su bondad. Debemos agradecer al Señor por su Palabra.

Entonces, todas estas bendiciones fluyen de esa palabra “amén”. Son confirmadas por la palabra “amén”. Es pensar en todas las bendiciones y decir “amén” a ellas. La palabra “amén” es un llamado a la confianza. Es un llamado a estar agradecido, a darse cuenta de lo que Dios ha hecho. Esta palabra “amén” es un llamado a la adoración, a glorificar a Dios, a recordar Su amorosa bondad para que, a pesar de ser pequeños e indignos, podamos adorarlo por toda Su bondad y Su amor. Verás, es en ese momento en el que menguas.

Lo que Pedro dijo en Lucas 5:8: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Él quiso decir: “Tú y yo no encajamos. Soy tan indigno”. O, como el centurión romano dijo en Mateo 8:8: “Señor, no soy digno de que

entres bajo mi techo”, menguamos. Entonces, debemos adorar a Dios y, en consecuencia, todo en tu vida debe girar en torno a la gloria del nombre de Dios. Entonces tu vida no se trata de tu comodidad y placer, sino de Su honor. No soy importante, señor. Tu nombre es importante. Eres importante.

Cómo necesitamos la ayuda del Espíritu Santo para poder decir en abnegación que realmente lo adoraremos. Él es digno. No se trata de mí. Se trata de ti, oh Señor. Notas que el honor de Dios y la salvación del hombre, siempre se unen porque Dios salva para la gloria de Su nombre. Entonces, cuando decimos “amén” al final de nuestras oraciones, es un llamado a adorar a este Dios glorioso que hace el bien. Entonces, cuando el “amén” final suene, será en el cielo, donde todos los redimidos dirán: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Leemos en Apocalipsis 5:12-14 que todos estaban unidos para glorificar a Dios y adoraban al que vive por los siglos de los siglos. Amén.

## *Lección 11*

---

# **CUESTIONES PRACTICAS SOBRE LA ORACIÓN**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 11**

Bienvenido a la lectura número 11, de las series sobre la belleza de la oración. En las lecciones anteriores, hemos considerado los diversos aspectos del Padrenuestro. Y ahora, en estas lecciones finales, esperamos considerar algunos aspectos de la oración, algunos temas prácticos relacionados con la oración. Así que con esto comenzaremos esta lección.

La oración es algo muy sensible. Es difícil. Requiere esfuerzo y abnegación. También, requiere de tiempo. Pero la oración hace de la vida cristiana algo muy hermoso, porque entras en contacto con Dios mismo. Eso nos lleva a la pregunta: ¿A quién debemos orar? Bueno, entendemos que, el Señor Jesús nos enseñó: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Y leemos con mucha frecuencia en las Escrituras que las personas invocan al Señor, a Dios. Sí, debemos orar sólo a Dios porque Él nos hizo. Dependemos de Él. Muchas personas no quieren orar a Dios. Quieren ser independientes de Dios y luego quieren usar su cuerpo, su mente, sus talentos y los dones que Dios les da, para sí mismos. Y no oran a Dios. Todo esto es rebelión contra Él.

Entonces, el hombre quiere ser independiente de Dios, pero la realidad es que dependemos totalmente de Dios. Dios es el Hacedor: de nosotros, de nuestros cuerpos. Él ha creado nuestra alma, nos ha dado nuestra mente e inteligencia. Por lo tanto, también debemos rendir cuenta de lo que hemos hecho con nuestros cuerpos, con nuestras mentes y cómo hemos cuidado nuestra alma. Debemos dar cuenta de lo que hemos hecho con nuestro dinero, con nuestro tiempo; y debemos dar cuenta de todo esto ante Dios.

¿Sabes lo que significa rendirse incondicionalmente delante de Dios? Que todo en tu vida sea presentado delante de Él. Espero que conozcas esto, rendirte delante de Dios de esta manera. La oración realmente es eso: Rendirse delante de Dios. Es por eso que juntamos nuestras manos, confesando que no podemos hacer nada. Nuestras manos no pueden ayudarnos. Cerramos los ojos, no queremos que nada nos distraiga. Necesitamos que Dios nos ayude. Oramos a Dios.

También sabemos que Dios es el Dios Trino. Dios el Padre es la fuente de todas las cosas. Él es el Hacedor del cielo y de la tierra. Él ha ideado el plan de salvación. Él es el juez del cielo y de la tierra. Ante Él somos responsables y sabemos que Dios Hijo es el Mediador, el Mediador del Dios Padre, de modo que el Dios Hijo fue el Mediador en la creación. Todo fue hecho por medio de Él. Y también es el mediador de la salvación. Y también es Aquel a quien el Dios Padre ha dado el poder para juzgar al cielo y a la tierra, a todas las criaturas y todo lo que ha sido dado a Él, el Señor Jesús, el Hijo de Dios. Y el Espíritu Santo es el poder de Dios.

Entonces, la creación tuvo lugar a través del poder del Espíritu Santo. Él es el dador de la vida y la salvación se recibe a través del poder del Espíritu Santo, que aplica la Palabra de Dios a nuestro corazón. Del mismo modo,

las personas serán condenadas en el Día del Juicio; perecerán para siempre por el poder acusador del Espíritu de Dios. Verás, el Dios Padre es la Fuente, el Dios Hijo es el Mediador, y el Dios Espíritu es el Poder a través del cual obra el Dios Trino. Y estas tres personas divinas son iguales. Todas son Dios Entonces, la Biblia nos dice, un Dios, tres personas. Cada persona es completamente Dios y, sin embargo, solo hay un Dios, no tres dioses.

Dios es tan exaltado que no podemos entenderlo. Además, la Trinidad es algo que va más allá de nosotros. En la eternidad, las Tres Personas del Dios Trino se amaban mutuamente. Y luego, cuando nos referimos a la oración, la gente se pregunta: “¿Podemos orar al Dios Padre, al Dios Hijo y al Dios Espíritu Santo? ¿A quién estamos orando realmente, cuando oramos al Dios Trino?” Bueno, estás orando, como bien dices, al Dios Trino; Estás orando al Señor. Pero también podemos dirigir nuestras oraciones al Padre. También puedes orar al Hijo. Lo encontramos muy a menudo en Las Escrituras, en el Nuevo Testamento. También puedes orar al Dios Espíritu Santo porque Él también es Dios, pero debemos darnos cuenta de que Dios, el Espíritu Santo, alumbró al Hijo, el Señor Jesús. Y que el Señor Jesús es un mediador para reconciliar a los pecadores con el Dios Padre. En última instancia, es el Dios Padre, nuestro Hacedor contra quien nos rebelamos y con el que somos reconciliados, el Dios Padre. Para que Dios sea todo en todos.

El Hijo abrió un camino nuevo y viviente hacia el Padre. Y el Espíritu lo toma de Cristo. ¿Qué es lo que toma? La salvación. La salvación ganada y la aplica a nosotros. Luego, un pecador convencido de su pecado, se adquiere un deseo por el Señor. Y así, vemos las diversas obras dentro de la Trinidad. Así, podemos orar a estas tres personas divinas, pero ten en cuenta las distintas posiciones de las tres personas divinas.

No se encuentra tan a menudo en las Escrituras que la gente ore a Dios el Espíritu Santo. Lo hacemos, pero eso es porque el Espíritu ilumina a Cristo. Él obra en el trasfondo. Él no atrae la atención a Sí mismo. Señala hacia al Señor Jesús, no hacia sí mismo. Se deleita en el hecho de que los pecadores están unidos a Cristo y se reconcilian con Dios.

Otra cuestión práctica con respecto a la oración es el formato de la oración. ¿Cómo debemos orar? Debemos ser organizados en nuestras oraciones. Hay varios aspectos de la oración que debemos distinguir. Las Escrituras nos enseñan que debemos adorar a Dios. Él debe recibir alabanza y adoración. Él es Dios. También debemos dar gracias a Dios, presentando nuestro humilde agradecimiento por las muestras de Su gracia y los muchos beneficios que nos brinda. Es importante que al orar también confesemos nuestros pecados; que pongamos nuestras súplicas y necesidades delante del Señor y que también intercedamos, es decir, orar por las necesidades de otros.

Estos son los diversos aspectos de la oración, el formato de la oración. Entonces, podemos decir que la oración incluye lo siguiente: Adoración, acción de gracias, confesión, súplica e intercesión. Entonces, algunas personas se preguntan: “¿De qué sirve orar, si Dios ya ha ordenado todo lo que va a suceder porque Él es el Señor soberano? Él ya lo ha ordenado todo. Él ya ha decretado quienes serán salvos. Él gobierna todos los eventos. ¿Por qué deberíamos orar entonces?”. Porque el Señor quiere que oremos. Y debemos darnos cuenta de que Él concede las peticiones de Sus hijos. Él incorpora las oraciones de Su pueblo en Su plan soberano. Él lleva a cabo Su consejo de acuerdo con sus oraciones. Es por eso que se deleita en las oraciones de Su pueblo, y las escucha con la mayor gracia.

Entonces, la oración es muy útil y necesaria. ¿Con quién debemos orar? ¿Deberías hacerlo solo o con otros? Bueno, en primer lugar, debemos hacerlo cuando estamos solos, la oración personal. Pero es muy importante orar junto con otros. Si estás casado, orarías con tu cónyuge. Si tienes una familia, orarías con tu familia. Y como iglesias, al reunirnos, también estamos llamados a unirnos en oración porque el Señor escucha la oración. Entonces, es muy bueno unirnos como un grupo de creyentes para orar en la iglesia.

Leemos, por ejemplo, en 2ª de Crónicas 7:14: “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”. Entonces, aquí tienes el ejemplo: si las personas se unen para confesar sus pecados, el Señor escuchará sus peticiones. Por eso, orar con otros es importante, pero lo más importante es la oración personal, cuando estamos ante Dios a solas. Porque el Señor Jesús nos dice en Mateo 6:6: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”. Debemos orar en lo íntimo. En nuestra habitación. En aquellos días, era un depósito. En los días del Señor Jesús, a menudo las casas solo tenían una habitación, pero también tenían un pequeño depósito. Parecido a un armario grande. Y ahí es donde debes entrar, dice el Señor Jesús. Y cierras la puerta detrás de ti, y allí debes orar solo, donde nadie te vea excepto el Señor.

Y esa vida de oración delante del Señor es de mucha bendición. Allí descubrirás quién es Dios para un pobre pecador perdido. Allí la Palabra de Dios te revelará tu pecado e iniquidad. Allí, las profundidades que están dentro de ti de las cuales ni siquiera eres consciente, son abiertas. Allí, te quedan claras tus motivaciones internas. Es en la recámara interior donde la gracia de Cristo se aplica al corazón, donde descubres la paz con Dios. Allí, el Señor Jesús muestra amor al alma de Sus grandes pecadores. Allí, aprendes a ver al Salvador crucificado como el más precioso. Allí, a solas con Dios, aprendes a renunciar a toda resistencia a Cristo y allí, entiendes lo que significa que tu corazón se derrita por el amor de Dios. Allí, saboreas delicias y placeres en Dios, que son incomparables. Es una vida fructífera, esa vida en la recámara interior. Es allí donde se cultiva y se nutre el fruto de la fe, el fruto de la benignidad, la paciencia, la humildad, el amor, la gracia y la bondad. Estos son frutos que el Señor da como resultado de la oración a solas en tu habitación.

El Señor quiere que cerremos la puerta para estar a solas con Él. También lees en las Escrituras que Isaac salía a meditar en el campo a la hora de la tarde, Génesis 24:63. Que el Señor Jesús subía a una montaña para orar (Mateo 14:23). Lo hacía durante toda la noche. Leemos en Marcos 1:35: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”. Leemos en el libro de los Hechos que Pedro subía a la azotea de la casa para orar (Hechos 10:9). Verás, que cuando estés a solas ante Dios, tus oraciones serán diferentes. Amas a tu esposa. No le guardas secretos, pero aun así, cuando estás con ella, tus oraciones son diferentes. Porque en tu oración personal el Señor te abre el corazón. Y allí recibes fuerzas en medio de las luchas personales.

También lo leemos en los evangelios, que el Señor Jesús se sentó a comer y primero oró cuando comió con los 5,000 hombres en Mateo 14. De la misma manera, vemos que, en otras ocasiones también se ofrecía oración. El Señor Jesús pidió una bendición y también hizo una oración de acción de gracias. Y así, nosotros, como familia, debemos conducirnos de esta manera. A menudo, esto también nos da la oportunidad, no solo de leer las Escrituras, sino de poder cantar varios Salmos o himnos espirituales después de una comida. Y luego podemos pedir que Dios bendiga el trabajo que hacemos diariamente, recordando a cada miembro individual de nuestro hogar. Qué hermosa es esa oración comunitaria en una familia, donde toda la vida familiar está involucrada en esta vida de oración.

También vemos estos asuntos revelados en las Escrituras. Ya mencionamos a Abraham, a Isaac y a Jacob; y sabemos por los cinco libros de Moisés que los padres en Israel fueron llamados a instruir a sus familias. Pablo exhorta a los hombres en 1ª de Timoteo 2:8: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda”. Cuando Pablo dice “en todo lugar”, se refiere especialmente a sus hogares propios. Allí es donde están llamados a orar.

Entonces, los padres de familia o los líderes de la familia están llamados a dirigir la oración. En realidad, cada familia debería ser una pequeña iglesia, y cada hogar debería ser una casa de oración. Ahora bien, no estamos hablando de la oración personal, sino de la oración dentro del entorno familiar, orando con nuestra familia y con nuestros amigos.

Encontramos esto también en Hechos 12:12: “Donde muchos estaban reunidos orando”. La oración familiar es algo que se hace dentro de un hogar. Se pueden dar muchas razones para promover la oración familiar. ¿Por qué debemos dirigir la oración familiar? Porque Dios ha prometido escuchar la oración. Dios escucha la oración. Él es el Dios viviente. Los que invocan el nombre del Señor serán escuchados, Salmo 34:15: “Los ojos de Jehová están sobre los justos y atentos sus oídos al clamor de ellos”. Y en Mateo 18:19 dice: “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”.

De igual forma, leímos acerca de la reina Ester, que se reunió con sus doncellas en sus viviendas y le pidieron a Dios que la liberara (Ester 4:16). Leemos acerca de Job, quien santificó repetidamente a sus hijos a través de sacrificios y oraciones (Job 1:5). Cuando hay una oración mutua abierta, las disputas y desacuerdos en la familia desaparecerán; y habrá mucho consuelo a través de la oración familiar cuando haya días de dolor y tristeza.

Muchas personas se han preguntado si está permitido leer una oración escrita, una oración que alguien más ha escrito y que leemos en nuestros devocionales con nuestras familias. Respondemos que esto ciertamente está permitido. Puede ser que a los líderes de una familia les resulte difícil formular oraciones, por lo que pueden hacer uso de las oraciones escritas por otros hombres piadosos. Pero debemos reconocer que puede haber ciertas necesidades dentro de una familia que son mencionadas en esa oración estándar. Por eso, aún debemos modificar

esa oración para incluir las necesidades de nuestra familia. También, usando oraciones escritas en ciertos lugares, puede evitar que aquellos que dirigen la oración siempre usen los mismos términos, palabras y fraseología; porque aquellos que dirigen la oración deben tener cuidado de no usar siempre las mismas palabras, por lo que una oración escrita, o incluso leer una oración propia preparada con antelación, puede ayudarte cuando te llamen a participar en oración pública. Por lo tanto, puede ser útil que las leas tú mismo.

Otro asunto importante es el hecho de que debemos enseñar a nuestros hijos a orar. Lo hacemos siendo de ejemplo para ellos. Pero también, instruyéndolos en que ellos mismos deben orar, en que deben darse cuenta de que son personas pecadoras, que necesitan un nuevo corazón, que necesitan nacer de nuevo y que el Señor Jesús ha pagado el precio por el pecado. Y así, debemos enseñar a nuestros hijos a orar por la obra del Espíritu Santo de Dios en nuestros corazones y mostrarles que podemos presentar todas nuestras necesidades ante Él. Debemos enseñarles que no deben vivir para este mundo sino para el cielo y mostrarles que la gracia y las riquezas en Cristo son mucho más importantes que las riquezas del mundo. Muéstrales y adviérteles de cuán malvado es el pecado y de sus terribles consecuencias. Diles que Dios está listo para escucharlos. Es importante para los niños que se den cuenta de estos asuntos a una edad temprana. Al principio, debemos orar junto con ellos. Y luego, guíalos para que oren por su cuenta y muéstrales que también deben orar por los que están a su alrededor. Enséñales que esto es lo más importante en la vida y que no hay necesidades demasiado pequeñas para el Señor y que tampoco hay necesidades demasiado grandes para el Señor, de modo que un niño aprenda a desahogarse ante el Señor.

Y luego, también enséñalos a orar por el bienestar de la iglesia. Enséñalos a orar por los niños de Dios que son perseguidos, los que están presos y que sufren por la causa del Señor Jesús. También enseña a tus hijos que deben dar gracias al Señor por sus muchas bendiciones inmerecidas. Cuando han estado en necesidad personal, angustia o enfermedad, deben poner sus oraciones y acción de gracias ante el Señor. No deben olvidar Sus misericordias inmerecidas para ellos.

Encontramos un claro ejemplo de oración familiar en la persona de Josué. Él es un ejemplo para cada esposo y padre temeroso de Dios. Había resuelto no solo a servir al Señor, sino que incluso, si todos los demás no lo hicieran, él y su familia lo harían (Josué 24:15). Josué tomó esta decisión y lo leemos en Josué 24:2. Cuando tomó esta decisión, probablemente tenía más de cien años y tenía un celo notable. Y la influencia de este hombre de Dios fue tan fuerte que, durante varias generaciones, la gente realmente adoró al Señor. Josué 24:31: “Y sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué y que sabían todas las obras que Jehová había hecho por Israel”.

Verás, el impacto de la oración personal puede ser grande y poderoso para las generaciones futuras. Por eso, la oración será una bendición para tu familia. Cuando oras, puedes esperar una bendición de Dios sobre tu familia. El Señor puede convertir a tus hijos y es por eso que debes orar también en presencia de ellos, por su conversión. Ora, ora a Dios para que se mantengan alejados de las tentaciones del mundo. Él puede hacer que tus hijos prosperen y crezcan “como plantas de olivo alrededor de tu mesa”, Salmo 128, porque el Señor escucha la oración.

Por último, algunas personas se preguntan sobre la postura en la oración. ¿En qué posición física debemos orar? Ya lo mencionamos, cerramos los ojos y juntamos las manos. Pero realmente, la forma en que debemos orar no está realmente prescrita en las Escrituras. Leemos de algunos que se arrodillaban durante la oración. Pablo se arrodilló con los ancianos de Éfeso cuando oraron. Pero leemos del rey Salomón, él se paró delante de toda la reunión del pueblo, e invocó el nombre del Señor, 1ª de Reyes 8:22. El Señor Jesús se apartó de sus discípulos y se arrodilló en oración (Lucas 22:41). Pero leemos acerca de estar de pie durante la oración en Marcos 11:25 y Juan 11:41. Esa es una señal de devoción y humildad. Eso es lo que debemos tener en cuenta: la humildad y la devoción.

Y así, honramos al Señor con nuestras palabras, pero también con nuestra postura. Pero el tema central es nuestro corazón: cómo está dispuesto nuestro corazón. Puede ser muy difícil para ciertas personas arrodillarse. Algunos podrían sufrir de dolor en las rodillas o puede ser tedioso estar de pie por largos períodos de tiempo en la oración. Por lo tanto, que cada uno se convenza en su propia conciencia de cómo debe orar, siempre y cuando lo hagamos con el corazón. Por el momento, estas han sido algunas cuestiones prácticas sobre la oración. Gracias.

## *Lección 12*

---

# **LA VIDA DE ORACIÓN DE LOS PASTORES**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 12**

Bienvenido a la lección número 12 de las series sobre la belleza de la oración.

Hoy meditemos sobre la vida de oración de los pastores. Un tema muy práctico y espero que también muy útil. Muchos de ustedes que son pastores, aunque también aquellos que no están involucrados en el ministerio pastoral, pueden beneficiarse de esta lección.

Todos los cristianos están llamados a orar. “Orad sin cesar”, dice el apóstol Pablo. Pero los pastores están especialmente llamados a orar. Deben ser hombres de oración. Piensa en los apóstoles, lo que dijeron en Hechos 6:4: “Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”. Estos dos asuntos deben caracterizar a un pastor. Esta fue la tarea de los profetas en el Antiguo Testamento, piensa por ejemplo en Samuel, quien dice en 1ª de Samuel 12:23: “Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros”. Él consideró que la oración por el pueblo, la oración pastoral, era lo más importante.

Y así, ya vimos antes de esto, en 1ª de Samuel 7:5, que Samuel dijo: “Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová”. Esa fue la oración en un lugar público. Pero Samuel también conocía la oración en un entorno personal, de tal manera que oraba por el pueblo de Dios

Y esta es la tarea de los profetas y de los apóstoles. Es la tarea de los que tienen un cargo en la iglesia. Un pastor fiel debe estar de rodillas frecuentemente pidiendo al Señor gracia sobre los miembros de la congregación. Lo leemos muchas veces en la Palabra de Dios, cómo el uno oraba por el otro. Piensa en Abraham, que oró por Lot. Moisés, oró por el pueblo. Job, oró por sus amigos. Aarón intercedió entre los vivos y los muertos; Él oró por el pueblo de Dios. Daniel oró por Jerusalén. En Hechos 10:9 leemos que Pedro subió a la azotea para orar sobre la hora sexta. Y en Hechos 1:14: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración”. En Hechos 12 leemos que la iglesia, la iglesia primitiva en Jerusalén, oro por la liberación de Pablo que estaba preso. La iglesia oro a Dios sin cesar por él.

Del mismo modo, el Señor Jesús mismo necesitaba orar. Lo encontramos en Marcos 1:35: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”. Y en Lucas 6:12, leemos que el Señor Jesús oró durante toda la noche. Y también, el apóstol Pablo oró mucho por las iglesias. ¿No encuentras también cuando lees las epístolas apostólicas, referencias constantes acerca de la oración?

1ª de Corintios 1:4–5: “Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús”. Él siempre está agradeciendo en sus oraciones.

Colosenses 1:9: “Nosotros... no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual”.

2ª de Tesalonicenses 1:11: “Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros”.

Repetidamente encontramos que el apóstol Pablo oró mucho por las congregaciones que se le habían dado para que las cuidara. Entonces, es esencialmente importante que aquellos que trabajan en el reino de Dios sean diligentes en elevar la oración intercesora. Hay una oración que ellos necesitan para sí mismos, una oración para recibir luz y gracia, pero también, la oración intercesora, oración por los que están a tu alrededor.

Verás, los ministros de la Palabra también son débiles en sí mismos. También tienen sus pecados. Necesitan reconciliarse con Dios. Y a por su pecado, no son aptos para proclamar la Palabra de Dios. Y entonces, necesitan humillarse ante el Señor, pidiéndole gracia para ser fieles a Su Palabra y que puedan estar capacitados para predicar y enseñar la Palabra de Dios. En ese sentido, un siervo de Dios necesita nuevas cuotas de la gracia de Dios para poder proclamar Su Palabra con amor y celo. Y todo esto se recibe por medio de la oración.

Entonces, necesitan orar por ellos mismos. Pero además de eso, necesitan orar por los miembros de la congregación. Piensa en el gran ejemplo del sumo sacerdote en el templo, que fue al templo llevando el pectoral donde estaban grabados los 12 nombres de las 12 tribus de Israel. Y así, estaba delante del Señor, por así decirlo, orando por las 12 tribus de Israel. Del mismo modo, un pastor debe poner a sus miembros delante del Señor en oración.

También, que los que tienen cargos en la iglesia oren los unos por otros. Los ministros deben orar los unos por los otros. Esto dará lugar a un espíritu de amor y de armonía.

Como ya sabes, los pastores a menudo están muy ocupados cuidando de sus iglesias y pueden trabajar duro. Pero aun con todo su esfuerzo, podrían estar haciendo justamente lo incorrecto. Podríamos estar descuidando el gran tesoro de orar al Espíritu de Dios para que obre. Podemos usar el ejemplo de un velero. Podemos manejar las velas, recortarlas, atarlas. Podemos asegurarnos de que sean de la mejor calidad y encargarnos de reemplazar las velas rotas; pero si no hay viento para soplar en las velas, ¿en qué nos beneficiará? Necesitamos que el viento sople en las velas. Y el viento comienza a soplar cuando oramos.

El gran misionero en China, James Hudson Taylor, estaba muy comprometido con la oración. Su vida se caracteriza por la oración ferviente. Oró por todo lo que necesitaba y el Señor le dio todo lo necesario abundantemente. Oraba especialmente por los misioneros que trabajaban en otras partes de China. Hubo momentos en que sus vidas estuvieron en peligro debido a disturbios, pero James Hudson Taylor se levantaba varias veces en la noche para orar por ellos, creyendo que la oración protegería a estos misioneros.

En otra ocasión, oró por misioneros en el lejano oeste de China en un momento en que comenzaron a haber disturbios y revueltas violentas. Hudson Taylor no había oído hablar de ellos en un año, pero seguía orando y esperaba que, a pesar de todos los peligros y hostilidades, el Señor los estuviera guardando. También, sentía continuamente la carga de orar por ellos. De ese modo, concluyó que todavía estaban vivos. Y el Señor lo arregló todo. Después de más de un año, escuchó que estaban sanos y salvos.

Así, Hudson Taylor vio que, en el interior de China, con sus millones y millones de personas, necesitaban recibir el evangelio. Por eso, oró para que Dios enviara misioneros, que Dios inclinara los corazones de los cristianos en Occidente a apoyar sus labores financieramente y el Señor respondió generosamente a sus oraciones. Él escucha las peticiones de su pueblo. Él les da mucho más de lo que esperan. Y al final de la vida de Hudson Taylor, debido a su obra y oraciones, miles de misioneros y obreros indígenas estaban trabajando para proclamar el evangelio al gran pueblo de China.

Hudson Taylor se dio cuenta de que la fidelidad al servicio del Señor es de gran importancia. Debemos ser fieles en todos los aspectos de nuestro trabajo, también en los asuntos ordinarios del día a día. “Algo pequeño, es una algo pequeña”, dijo, “pero ser fiel en algo pequeño, es algo grande”. Y especialmente vio la necesidad de ser fiel en la oración continua. Repetidamente, oraba junto con sus trabajadores misioneros. Se dio cuenta de que la bendición no se reduce a nuestra mera diligencia, sino que la verdadera bendición proviene de Dios.

James Fraser fue otro misionero. Trabajó después de Hudson Taylor. James Fraser trabajó entre los lisu a principios del siglo XX en el oeste de China, y trató de predicarles el evangelio. Pero no funcionó. Fue difícil. Nadie quería escucharlo. Trabajó durante años sin ninguna bendición verdadera en su trabajo. Y luego descubrió que el trabajo misionero sólido y duradero se hace de rodillas. James Fraser fue fiel en la predicación de la Palabra de Dios, pero se hizo cada vez más consciente de que las oraciones del pueblo de Dios traían bendiciones sobre la obra. Y estas oraciones pueden ser elevadas por los misioneros mismos y, además, por personas de Occidente que nunca estuvieron en el campo misionero, pero que oran continuamente por bendición.

Fraser estaba convencido de que la bendición sobre la obra misionera consiste en dar creyendo en la oración.

Y eso es exactamente lo que encontramos repetidamente en el Nuevo Testamento. Ya mencionamos al apóstol Pablo. También necesitaba personas que oraran por él. No solo oraba por sí mismo, sino que les pedía constantemente a otros que oraran por él. ¿Acaso no sabía que Dios es Todopoderoso y que Dios puede cualquier cosa que es agradable a Él? Sí, por supuesto, el apóstol Pablo lo sabía, pero quería que oraran por él.

Romanos 15:30: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios”.

...Y, en Efesios 6:18–20: “Orando... por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio”.

En 2ª de Tesalonicenses 3:1: “Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra”.

Hebreos 13:18: “Orad por nosotros”.

Así, el apóstol Pablo creía que las oraciones del pueblo de Dios traerían una bendición sobre sus labores. La oración es de suma importancia y, especialmente los ministros, están llamados a ser embajadores del Señor Jesucristo. Deben salir y proclamar el evangelio: “Reconciliaos con Dios”. Su palabra debe ser solemne, como si fuera la palabra de Dios mismo. La predicación de un pastor debe ser una palabra tal que cuando la gente la escuche sean salvos, pero si no obedecen y deciden ir en su contra, perecerán para siempre en el infierno. Así de solemne es el trabajo de un pastor.

Para que un pastor pueda proclamar la Palabra de Dios, debe haber una unción de lo alto y esta se recibe por medio de la oración. A través de la oración, se recibe poder en la predicación. Un pastor llamado a orar debe humillarse más que otros hijos de Dios. Todo pastor debe decirse a sí mismo: “No solo he pecado contra Dios y no es solo que necesito perdón y reconciliación; sino debido a mis pecados, no estoy calificado, no soy apto para proclamar este precioso evangelio y sin embargo, estoy llamado a realizar esta tarea”.

También es un hecho que el pecado que mora en uno tendrá un impacto más severo en los siervos de Dios que en los hijos comunes de Dios. Podemos pensar en hombres como Isaías, que vieron su propia incapacidad y corrupción. Piensa en un hombre como Moisés que se dio cuenta de que no podía hablar y en Jeremías que era demasiado joven. Todos confesaron que no podían abrir la boca y hablar y sin embargo, tuvieron que predicar la Palabra de Dios. Esto es muy humillante. ¿Quizás tú también has experimentado eso? Haz visto tu propia insuficiencia. Por lo tanto, debes orar, no solo para estar bien con Dios y ser guiado en la vida cristiana, sino también para poder ser embajador del Señor Jesucristo. En tus propias fuerzas nunca podrás hacerlo.

Entonces, debe haber una oración continua y un ministro, un pastor, necesita recibir nuevas cuotas de la gracia de Dios para poder proclamar Su Palabra con amor y celo.

Observemos también la práctica de tal oración intercesora. Cuando los pastores exponen las necesidades de sus congregaciones delante del Señor, debemos mencionar a sus miembros por su nombre, pidiéndole a Dios que los bendiga. Ahora bien, este es un trabajo duro. Toma tiempo. A veces toma más tiempo del que le asignaste inicialmente; pero es lo más importante. No podemos convertir ni una sola alma. Ya sabes que el Señor puede hacer cosas maravillosas obrando en medio de Su pueblo mientras tú simplemente observas cómo lo hace. Hay numerosos ejemplos en la historia de la iglesia y todavía suceden. El Señor escucha la oración; Él inclina los corazones de Su pueblo. Por lo tanto, ora con expectativa porque “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2ª de Crónicas 16:9).

Por lo tanto, ora con esperanza, pero también con celo. Ora con la conciencia de que estás invocando al poder más grande y más real que existe, Dios Todopoderoso, que ha prometido ser un Dios y Padre misericordioso para ti. No es que Dios necesite la oración intercesora; Él es independiente de todo. Sin embargo, como mencionamos anteriormente, Dios incorpora las oraciones de Su pueblo en Su plan de salvación. Se deleita en sus oraciones y está dispuesto a escucharlas.

Además, sé sincero en tus oraciones, se serio. Toma el reino de los cielos con violencia. Piensa en cómo Jacob luchó con Dios en Peniel en Génesis 32:26: “No te dejaré, si no me bendices”.

Piensa en Daniel, quien suplicó al Señor con toda sinceridad. “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo” (Daniel 9:19).

Ora también con fe. En Marcos 11:24, dice: “Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”. Ora con fe, confiando en el cuidado de Dios.

Ora también deseando honor del nombre de Dios. Piensa en Josué, cómo abogó en su oración por el honor del nombre de Dios, “¿Qué harás tú a tu grande nombre?” En Josué 7:9, y cómo Moisés suplicó en Éxodo 32:12: “¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: para mal los sacó, para matarlos en los montes?”

Así que, el honor de Dios está en juego. Entonces, aboga por su honor.

Para orar se necesita santidad, santidad personal. Es decir, una vida estrechamente conectada con Dios. Necesitamos depender de Dios. De hecho, algunos autores incluso han dicho que la conversión de los pecadores y el bienestar de la iglesia dependen del grado de santidad del pastor. Encontramos ejemplos en las Escrituras de hombres santos que el Señor usó abundantemente. Fueron devotos y dedicados a Dios, y sus trabajos fueron bendecidos. Bernabé, Hechos 11:24: “Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor”.

El amor de Cristo debe vivir en el corazón del pastor y así como Cristo se conmueve por las almas que perecen, el ministro también debe tener celo y amor por ellas. Deberá orar, trabajar y esforzarse a solas en su habitación. Allí el pastor le pedirá a Dios por la conversión de ellas. Allí el pastor será conmovido en su propia alma a través de la comunión con Dios.

Un pastor debe ser un hombre bondadoso, un hombre piadoso, porque un pastor frío y de mente mundana seguramente tendrá una iglesia fría. Un pastor vivo tendrá una iglesia en la que abunda la vida, la alegría y la oración.

Y así, podemos encontrar ejemplos que se pueden dar de hombres santos y dedicados, pero de hombres santos que a veces todavía trabajaban bajo dificultades. Sin embargo, que fueron bendecidos. Piensa en Isaías. Que trabajó y, sin embargo, tuvo que decir: “¿Quién ha creído nuestro anuncio?” (Isaías 53:1). Sin embargo, este profeta Isaías es llamado el evangelista entre los profetas. Ha sido una tremenda bendición. En ninguna otra parte encontramos tan claramente al Señor Jesús revelado en el Antiguo Testamento como en el libro de Isaías. Entonces, él encontró dificultades, pero fue bendecido. Era un hombre dedicado y santo.

De igual forma, un pastor está llamado a ser como Cristo. Debe cultivar la piedad personal. Él mismo debe estar en la presencia de Dios. Luego, la habitación del pastor se convertirá en un depósito donde se repone. Será una fuente de donde puede volver a beber. Es el aposento alto, donde puede comunicarse con el Señor Jesús. Allí el Espíritu Santo lo cubrirá con su sombra. Allí recibirá la gracia y la fuerza para hacer las tareas que el Señor le impone. Allí se decidirá a mantenerse firme en el Señor. Es en el aposento, en la oración personal, donde se pelean y se ganan las batallas, donde se toman las decisiones. Allí él recibe un amor inextinguible por el Señor Jesús y un celo que atrae la gloria de Dios y un amor por la prosperidad de la iglesia. Allí se aferra a los recursos inagotables de Dios.

Un pastor debe ser un hombre totalmente devoto. Lo que el miedo es para un soldado, la debilidad para un atleta, la deshonestidad para un hombre de negocios, lo es la falta de piedad para un ministro. Sería su deshonra. Ningún hombre es más honrado que un ministro devoto y constante. Pero ninguno es más despreciado que el que es infiel e inconsistente. ¿Quién puede estimar el daño que inflige un ministro impío? Sus acciones, sus crímenes serán contados de este a oeste. Se contará más allá de los mares, nos dice Proverbios. Su historia será traducida a otros idiomas. El enemigo se regodeará en su mal comportamiento y en ningún sitio se repetirá sin dolor ni lesión. Afligirá a los piadosos. Alentará a otros a pecar. Y todo eso se debe a la conducta descuidada y pecaminosa de un pastor infiel.

Entonces, un pastor necesita ser lleno del Espíritu Santo y evitar tambalearse en el servicio a Dios. Se debe evitar que abandonen su llamado y no puede pasar un día sin que un pastor presente sus peticiones ante el Señor, luchando para recibir la mente de Cristo, para recibir gozo en el servicio a Dios. Y así es como se recibe el poder en el ministerio y en el oficio.

Algunos pastores afirman que están demasiado ocupados para orar. Pues bien, de hecho, están demasiado ocupados. ¿Qué tan ocupado estás realmente? ¿No puedes encontrar tiempo para la oración? ¿Nos atreveremos a suplicar ante el Señor Jesús, delante de Su trono de juicio diciendo: “Señor, no tuvimos tiempo para la oración”? Nuestros deberes diarios pueden no abrumarnos y hacer que descuidemos la oración. Mira en las Escrituras, hay muchos ejemplos de hombres que estaban extremadamente ocupados, pero que tenían una vida de oración extensa: Daniel en la corte del rey, Nehemías lo mismo, Ezequías rey de Judá, David un hombre lleno de trabajo y guerras por el Señor, Abraham, Isaac y Jacob, Pedro, Cornelio. Sin embargo, eran hombres de oración.

Y hay tanta bendición relacionada con la oración intercesora, una dulzura que no probarás en ningún otro lugar. A veces será un anticipo del cielo mismo. Estar familiarizado con el Señor es lo más dulce aquí en la tierra. Es un gran privilegio que te proporcionará refinamiento espiritual. Allí el Señor te mostrará las deficiencias en su propio carácter, te serán reveladas tus propias debilidades y allí combatirás esas debilidades.

Grandes hombres de Dios, que alguna vez fueron útiles para la iglesia, han caído debido a algún pecado. Y al mirar atrás, la razón por la que cayeron en pecado fue porque descuidaron la oración personal. Descuidaron el cultivo de su propia alma y, lo que sucede aún más a menudo, es que un ministro, aunque no cae en un gran pecado, su predicación se vuelve seca, aburrida y sin vida. Se debe al descuido de la oración personal.

Y luego, también puede surgir la pereza ministerial. Porque otras personas no notarán si has descuidado la oración personal. No lo ven. Y ese es un pecado que ocurre frecuentemente entre los pastores. Tienen tantos impulsos apremiantes de ir directamente al trabajo, que posponen el trabajo de la comunión personal. Piensan que están demasiado ocupados, o que es demasiado tarde o que es demasiado temprano. Pero qué terrible. Que la oración sea la caracterización de nuestro trabajo ministerial. ¿Cuántas bendiciones podemos haber perdido por falta de oración? Apenas podemos adivinar. Ninguno de nosotros puede saber cuán pobres somos en comparación con lo que podríamos haber sido, si hubiéramos vivido habitualmente, más cerca de Dios en la oración. Los remordimientos vanos ahora son inútiles. Pero, en cambio, que haya una resolución para enmendar nuestras formas de negligencia.

Debemos ser hombres de oración. Seremos hombres de oración. Esforcémonos en la oración. Entonces, nuestras iglesias y nuestras congregaciones serán bendecidas. Y disfrutaremos la presencia de Dios en nuestras vidas y eso es maravilloso.

Que el Señor te bendiga. Gracias.

## *Lección 13*

---

# DIFICULTADES EN LA ORACIÓN

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 13

Bienvenido a la lección número 13 de las series sobre la belleza de la oración.

El día de hoy, meditaremos acerca de las dificultades de la oración porque la oración personal no es fácil. Cuando intentes orar, te encontrarás con todo tipo de oposiciones. Puede que nos resulte difícil apartar el tiempo suficiente para la oración. Podemos sufrir de una debilidad física o de falta espiritual de fuerza. A veces será difícil concentrarse.

El maligno tratará de distorsionar nuestras oraciones inyectando todo tipo de pensamientos extraños, tontos y pecaminosos precisamente mientras oramos. A veces ni siquiera podremos usar palabras, sino que expresamos nuestras necesidades al Señor en forma de gemidos y suspiros. La memoria de los pecados pasados nos acosará, el dolor que otros nos han infligido puede aparecer en primer plano precisamente durante la oración.

El maligno tratará de obstaculizar nuestras oraciones porque le teme a la oración, porque Dios es Todopoderoso; y el maligno no sabe lo que Dios hará debido a las oraciones de Su pueblo. Es por eso que el pueblo de Dios está llamado a orar y perseverar. Un asalto severo a la oración es que el enemigo nos hará pensar que Dios no nos escucha. Luego nos acusamos de ser carnales.

Vemos nuestros pecados y a eso le puede seguir el pensamiento: “Dios no escuchará nuestra oración”. Sin embargo, cuando miramos en las Escrituras, vemos casos notables de cómo el Señor escuchó oraciones, incluso de personas pecaminosas, de personas no convertidas. Estas eran personas que estaban bajo la impresión de la verdad, y creían en la verdad de Dios, mientras que sus corazones todavía estaban endurecidos y no estaban verdaderamente convertidos. Sin embargo, el milagro es que Dios, aun así, escuchó sus oraciones.

Por ejemplo, el rey Acab gobernó las 10 tribus de Israel. Durante su reinado, condujo a la gente del país a la oscuridad del pecado. Él y Jezabel implementaron la idolatría como nunca antes. Él hizo que el pueblo de Israel se extraviara, y luego Acab pecó porque permitió que Nabot fuera asesinado bajo falsas acusaciones. Entonces, de repente, el profeta Elías se encontró con Acab y proclamó que la casa real de Acab se derrumbaría, y todos serían asesinados incluyendo Acab.

Luego, en respuesta, el rey rasgó su ropa; se puso la tela de saco; y anduvo humillado (1ª de Reyes 21:27). Tenía pena por sus pecados. No era que tuviera un verdadero arrepentimiento evangélico, pero, aún así, se humillaba. Tenía mucho miedo del juicio de Dios y entonces, el Señor escuchó sus lamentos. Elías tuvo que ir a Acab y decirle que esta maldición no vendría sobre Acab durante su vida. Acab recibió aún más tiempo para arrepentirse verdaderamente, así que Dios escuchó una oración de un pecador inconverso.

¿Qué deberíamos pensar de los hombres de Nínive que se arrepintieron en repuesta a la predicación del profeta Jonás? Lo único que Jonás proclamó fue: “De aquí a cuarenta días Nínive será destruida” (Jonás 3:4). El pueblo de Nínive creyó a Dios y declaró un ayuno. Se pusieron cilicio y su rey se levantó de su trono. Normalmente, un rey no se levantaría de un trono. Él es rey; se sienta, pero este rey se levantó de su trono y se cubrió de cilicio y cenizas.

Se volvieron al Señor en Jonás 3:9, “¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos?” No leemos que Nínive se convirtió en una nación cristiana. No, seguían siendo paganos, y sin embargo Dios escuchó sus oraciones. “Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo”, Jonás 3:10, un ejemplo de cómo el Señor escucha incluso a las personas pecaminosas.

Cuando estamos afligidos creyendo que, debido a nuestros pecados Dios no nos escuchará, no creas en esas tentaciones o esos pensamientos. Ponlos lejos de ti. Cuando los niños pequeños oran pueden tener solo una fe infantil, una fe formal, pero Dios los escuchará. Podemos orar por la verdadera conversión, porque no conocemos esa vida de conversión. Dios escuchará tal oración.

Hay otras dificultades con las que podemos enfrentarnos mientras buscamos alcanzar una vida de oración. Podemos estar muy ocupados con nuestro trabajo diario. Podemos estar realizando labores mentales o trabajo físico y podemos estar tan ocupados con nuestro trabajo diario que dedicamos todo nuestro tiempo a eso. Es una tentación que el diablo nos lanza. Mencionamos eso en una lección anterior, pero debemos estar atentos a esta dificultad en la oración y superarla.

No podemos permitir que nuestras labores diarias nos consuman o que las preocupaciones de la vida diaria nos aplasten porque entonces la buena semilla del evangelio también será aplastada y no habrá fruto espiritual en nuestras vidas. Por otro lado, debido al ajeteo de la vida diaria, podemos volvernos perezosos, autocomplacientes y no tener tiempo para orar. Debemos ser diligentes. Realmente solo hay una cosa necesaria en la vida, y es conocer, amar y obedecer al Señor Jesucristo.

Jamás podemos dejar que nuestro trabajo diario interfiera con el espiritual o con la oración. Si no oramos, nuestro trabajo, por bueno que sea, se volverá pecaminoso. Otro obstáculo para la oración es la ignorancia acerca de la naturaleza de Dios. Es decir, no reconocemos la benevolencia de Dios y no vemos Su deseo, que Él está dispuesto a dar todo lo que se necesita. La ignorancia acerca de la naturaleza de Dios conduce a una falta de fe, y eso es muy perjudicial para la vida de oración.

La falta de conocimiento de la misericordia de Dios y la falta de conciencia de Su generosa bondad, es perjudicial para la oración. Ten en cuenta quién es Dios: lleno de bondad, amable, dispuesto a escuchar las oraciones de Su pueblo, cuidándolos como el Padre más amoroso. Sé consciente de quién es el Dios a quien oras. Otra dificultad es que el maligno tratará de distanciarnos del Señor. Tratará de crear una distancia entre nosotros y Dios.

Eso fue lo que les hizo a Adán y Eva en el Paraíso. Los tentó a pecar. Escucharon sus mentiras, y luego se apartaron del Señor. Eso es exactamente lo que el diablo quería lograr: que se ocultaran, que se distanciaran de Dios y se rebelaran contra Él. El diablo está tratando de guiar a las personas hacia un cierto pecado, causando una separación entre ellos y el Señor.

Debemos examinar nuestras vidas a diario y estar alertas de que no haya un distanciamiento entre nosotros y Dios. Un obstáculo muy común para la oración también es la mundanalidad: Vivir para este mundo, estar enamorado de lo que este mundo tiene que ofrecer, amar al mundo, la vanagloria de la vida. Eso es muy perjudicial para la oración. No podemos permitir que el amor al mundo esté presente en nuestras vidas. No podemos permitirnos tener una actitud fría y mundana en nuestras propias almas hacia los demás porque eso obstaculizará el acceso a Dios.

La vida de oración no podrá continuar. El maligno también causará dificultades al inyectar pensamientos terribles en las mentes del pueblo de Dios, pensamientos dolorosos, de auto-reproche: “Hemos pecado demasiado; nuestros pecados son demasiado grandes”. El diablo dice: “Mejor deja de orar. ¿Cómo te atreves a acercarte a Dios con esos labios inmundos?”. En repetidas ocasiones, el pueblo de Dios puede enredarse con el pecado y lo odian; luego la tentación es dejar de orar.

Descubren que son impuros. Encontramos un ejemplo de esto en Zacarías 3:3. Allí encontrarás al sumo sacerdote Josué parado frente al Señor con ropas sucias. Esa es una imagen de su impureza y pecaminosidad.

El diablo lo está reprendiendo y quiere limitar su trabajo como sumo sacerdote, pero el Señor intervino por Su siervo y habló en el versículo 4: “Quitadle esas vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala”.

Cuando nos enredamos en el pecado, debemos confesar ante el Señor que el Señor, a pesar de nuestros pecados, solo recibiría nuestras oraciones debido a la obra terminada del Señor Jesucristo. Otra dificultad importante en la oración es que pensamos que Dios no contesta nuestras oraciones. Puede haber momentos en que parezca ser así. Incluso puede ser que el Señor postergue responder nuestras oraciones. Él pospone la respuesta, pero eso no significa que esté negando nuestras oraciones.

A menudo, el Señor tiene razones especiales para hacerlo y Él concederá nuestra solicitud en el momento más adecuado. Hay un tiempo señalado para conceder la liberación. Si pudiéramos tomar las cosas por nuestra propia cuenta, lo haríamos neciamente. Usando el ejemplo de una herida, supongamos que tienes un vendaje sobre una herida y que lo retiras antes de que la herida se haya curado, mientras que sería mejor dejar el vendaje allí por un tiempo más antes de retirarlo.

El Señor también sabe cuál es el mejor momento para escuchar nuestras oraciones. Encontrarás un ejemplo de eso en la mujer cananea. El Señor tenía la intención de concederle su petición y, aun así, lo pospuso para que ella clamara aún más, de modo que su fe aumentara. El Señor puede retener la bendición para que oremos más fervientemente para recibirla y que cuando se dé la respuesta, reconozcamos que es por obra de Dios y no a causa de nuestras acciones.

De ese modo, valoraremos y estimaremos mucho estas bendiciones. A veces, el Señor puede retener una respuesta para humillarnos más porque a menudo el pueblo de Dios necesita aprender humildad. Necesitan comprender su debilidad y su incapacidad, así como José, que era un joven piadoso, pero lo dejaron durante años en prisión hasta que estuvo listo para ser liberado, de modo que pudiera ser vice regente de Egipto y estar calificado y apto para liberar a su propia familia del hambre.

Fue instruido en paciencia y humildad. A veces, estamos tentados a considerar que Dios demora una respuesta como una negación rotunda y esto dificulta la oración. Bueno, a veces, el Señor puede negarnos algo, pero el Señor también tiene algo mejor reservado para nosotros. Dios no concede todas nuestras peticiones. Piensa en Moisés, cómo le suplicó al Señor que lo dejara entrar en la tierra prometida en Deuteronomio 3. El Señor se lo rehusó, pero le dio algo mucho mejor.

Será llevado a la gloria, a la Canaán celestial. Pablo oró para ser liberado de aquel doloroso aguijón en la carne. Él oró tres veces por eso, pero el Señor dijo que su gracia, la gracia de Dios, será suficiente para él (2ª de Corintios 12:7-9). Un aguijón puede conducir a una persona a la humildad y mantenerlo humilde para que no se eleve a sí misma. Te das cuenta de lo que dice el Salmo 84:11: “Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad”.

Si es algo bueno para ellos, Dios no negará ninguna solicitud de los íntegros. Que esto sea un estímulo para creer en la oración, un estímulo para recibir bendiciones espirituales para la conversión, para el crecimiento y la gracia, para la salvación de nuestras familias, para el avivamiento en nuestra iglesia y nación. El Señor sabe mejor que nosotros lo que es bueno. Dios es libre en cómo responde, pero responderá a Su propio tiempo.

También hay ciertas luchas relacionadas con la vida de oración. Es bueno estar al tanto de eso. Mencionamos en nuestra última lección, al misionero inglés de los siglos XIX y XX en el suroeste de China, James Fraser. Él experimentó extensas luchas espirituales relacionadas con la oración y su relación personal con el Señor.

Fraser, un misionero piadoso que se entregaba al servicio del Señor y trabajaba duro en circunstancias difíciles, experimentó una depresión severa mientras trabajaba solo durante años, proclamando un evangelio que nadie quería escuchar. Sufrió una deprimente sensación de soledad causada por la rutina diaria de arduo estudio, ya que estaba solo con sus libros. Debido a todo esto, se aflojó en su comunión diaria con Dios. Él nos describe ese relato. El objetivo de este asalto del diablo era cortar su comunicación con Dios; y para lograr esto, el diablo diluyó el alma de Fraser con una sensación de derrota.

Lo cubrió con una espesa nube de oscuridad. Los poderes satánicos deprimen y oprimen el espíritu del hijo de Dios y esto a su vez dificulta la oración. Conduce a la incredulidad; destruye el poder espiritual en un hijo de Dios. Esto es algo que Fraser experimentó vívidamente y una sombra extraña y siniestra vino sobre él. Estaba perplejo; se encontró sumido en una tristeza cada vez más profunda. Fue asaltado por dudas profundas y

traicioneras. En repetidas ocasiones, fue asaltado por pensamientos tales como: “Tus oraciones no son respondidas. Nadie quiere escuchar tu mensaje. Será mejor que abandones todo”.

Incluso fue atacado por pensamientos suicidas. Los poderes de la oscuridad habían aislado a Fraser y luego vio lo que le estaba sucediendo. Vio que era un claro asalto del poder satánico y respondió con una resistencia deliberada, una resistencia definitiva alegando la obra terminada del Señor Jesús en la Cruz. Esto funcionó, e inmediatamente los poderes de la oscuridad tuvieron que dejarlo ir. La nube de depresión se dispersó, reclamó la liberación en el terreno de la victoria de su Redentor en la Cruz.

Incluso gritó su resistencia a Satanás y todos sus pensamientos oscuros colapsaron en ese momento como un paquete de cartas para no volver más. Experimentó alivio al repetir en voz alta los versos apropiados de las Escrituras. Fue como chocar contra la oposición. Experimentó lo que leemos en Santiago 4:7: “Resistid al diablo y huirá de vosotros”. El diablo había tratado de aislarlo para obstaculizar sus oraciones.

Fraser experimentó que no solo debemos resistir al diablo o resistir el pecado, sino que también estamos llamados a resistir deliberadamente el desánimo en la oración porque la oración es la única arma para hacer retroceder las fuerzas de la oscuridad. En su vida de oración, James Fraser nos cuenta cómo a veces podría experimentar una comunión profunda y personal con Dios. Sintió la necesidad de confiar en el Señor para que lo guiara en la oración, así como en otros asuntos. Experimentó lo que Salmos 25 nos dice: “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen” (versículo 14). Los que viven más cerca del Señor entenderán Su voluntad.

Debemos orar para conocer Su voluntad. Con mucha frecuencia, los líderes cristianos, pastores, hacen sus propios planes. Trabajan duro por ellos y luego piden sinceramente la bendición de Dios. Es mucho mejor esperar en Dios en oración y conocer Sus planes antes de comenzar. Debemos recibir nuestras oraciones de Dios y Él nos guiará en tales oraciones. Es mejor esforzarse por conocer Su voluntad y, que una vez que tengamos la tranquilidad y la seguridad profunda de Su voluntad en este asunto, presentamos nuestra petición ante Dios como lo hace un niño con su padre.

Esa es una oración de fe y el diablo detesta esa oración porque para el diablo esa oración es una orden de que debe retirarse. No le importan tanto las divagaciones, las oraciones carnales. No lo lastiman mucho, pero la oración de fe, luchando ante el Señor por una respuesta, es importante. Fraser también vio la necesidad de disciplina personal con respecto a la oración personal. Consideraba muy importante levantarse temprano antes de que el día alumbrara y antes de que el tuyo se enrede con todo tipo de actividades de la vida diaria.

Fraser encontró varios lugares en las colinas donde podía orar. Tenía diferentes lugares para diferentes tipos de clima. Entraba en cuevas o en templos abandonados, donde nadie estuviera. Ahí es donde estaría para orar a Dios. Lo haría en voz alta, hablando como un hombre habla con su amigo. Se arrodillaría en oración. A veces, él caminaba de arriba abajo mientras oraba. La oración es la tarea más importante para un cristiano y es por eso que el diablo ataca específicamente esta vida de oración.

Al diablo le gusta dejarnos esperar por mejores oportunidades y nos dice que usemos las palabras “sí” o “cuándo”, para posponer la oración de ahora. Nos tienta a considerar “si hay mejores circunstancias” o “cuando tengamos más tiempo para orar”, pero las Escrituras nunca nos dicen que hagamos eso; debemos servir ahora, en las cosas que deben hacerse ahora y, entonces, el Señor nos ordena trabajar, observar y orar, pero el diablo nos sugiere que esperemos por una mejor oportunidad.

Está demás decir que esta oportunidad siempre se encuentra en el futuro. Fraser reconoció que en el reino de Dios, las armas carnales no pueden obtener la victoria. La fuerza de voluntad humana no obtendrá la victoria. La energía carnal no es un arma en la guerra espiritual contra los poderes de la oscuridad. Sin embargo, todos los poderes del infierno juntos no pueden anular la poderosa influencia de la oración constante y creyente. Fraser comentó que servir en el reino de Dios es una batalla espiritual y que debemos estar preparados para una guerra espiritual seria.

Necesitamos la fuerza de Dios para eso, no nuestra fuerza natural, pero podemos apoyarnos en los brazos eternos de Dios y renovar nuestra fuerza continuamente (Deuteronomio 33:27 e Isaías 40:31). Fraser escribió en su diario que debemos orar en cada aspecto de nuestro trabajo en detalle para recibir el conocimiento de Su voluntad, para obtener sabiduría sobre cómo tratar con las personas, gracia para instruir a las personas en el evangelio. Necesitamos gracia incluso en las conversaciones ordinarias, y ciertamente necesitamos gracia en la predicación.

Necesitamos orientación con respecto a los asuntos diarios, por lo que debemos mencionar con nombre a nuestros trabajadores, líderes y ayudantes cuando oramos. Todo depende de la bendición de Dios y una oración tan detallada es agotadora, pero es efectivo determinar la voluntad de Dios y obtener Su bendición más elevada. En su vida de oración, Fraser también reconoció las derrotas que sufrió, como el desánimo, la apatía o la impaciencia.

Experimentó que morar con Cristo era su arma más exitosa contra todo tipo de pecado. Él sacó fuerzas de la comunión viva con Dios. Y en estas luchas, Fraser reconoció que se puede estar tan involucrado en el ajetreo de la vida cotidiana que no se puede luchar y que el enemigo lo obstaculiza. Es un truco sutil del enemigo el mantenernos ocupados con preocupaciones superficiales como la venta de libros o el estudio de idiomas, administrar una estación misionera, escribir informes, correspondencia, mantener cuentas, reparar edificios, comprar cosas, leer.

Entonces, estás tan ocupado con todo tipo de preocupaciones secundarias y triviales que descuidas el llamado principal: La oración. A veces podemos estar trabajando como personas cuyo barco está varado en un banco de arena. Puedes empujar, pero el barco se queda allí. Puedes esforzarte en tu trabajo sin obtener resultados. La marea debe entrar; la gracia de Dios debe entrar. Necesitamos orar y eso es lo que trae la marea. A veces puedes pasar por luchas en las que la tentación te dice: “Debo rendirme, ya no puedo seguir”.

Sin embargo, Dios renueva tu fuerza, porque buscas gracia y fortaleza de Él. Si es que caemos en ciertos pecados, recuerda lo que dice 1ª de Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Cuando sufres oposición de otros. Recuerda Jeremías 1:19: “Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte”.

El Señor lo hará por ti. Por eso la oración es de suma importancia. Para mencionar nuevamente la experiencia de James Fraser, primero pensó que la oración debería tener el primer lugar y que la enseñanza debería tener el segundo lugar, pero luego comenzó a ver que la oración debería tener el primer, el segundo y el tercer lugar, y luego, la enseñanza el cuarto lugar. Lo aprendió por experiencia, trabajando durante meses y años sin fruto.

Pero luego, mediante la oración y un simple testimonio, ocurrieron milagros. Fue como huesos secos, sobros los cuales sopla el Señor (Ezequiel 37:1–14), y se produce el derramamiento del Espíritu de Dios. Las personas son convencidas de pecado y hay una revelación del Señor Jesús en sus corazones. Es una señal del derramamiento del Espíritu de Dios, entienden la verdad y el amor de Dios se derrama en sus corazones. Están ungidos con el poder de Dios para resistir el mal y como ya sabes, Dios está dispuesto a derramar Su Espíritu y está dispuesto a darnos mucho más de lo que necesitamos.

Para superar todas estas dificultades en la oración y recibir el derramamiento del Espíritu de Dios, se necesitan ciertas características en la vida de oración. ¿Cuáles son las características en la oración en las que debemos ejercitarnos? Son: La humildad, la fe, el amor y la paciencia. El Señor tiene un respeto especial por aquellos que son humildes. Él mira al altivo de lejos; El alma humilde tiene pensamientos elevados acerca de Dios y bajos pensamientos de sí mismo (Salmo 138:6).

Si los ángeles en el cielo se humillan a sí mismos, ¿cuánto más deberíamos nosotros, los que hemos pecado, humillarnos ante Dios? Además de la humildad, también está la fe. Debe haber confianza en que Dios dará mucho más de lo que merecemos. Nada es demasiado difícil para Él y, aunque cualquier otra ayuda fallará, Su brazo traerá salvación (Isaías 59:16). Podemos descansar sobre Sus promesas y permitir que también haya amor.

Tengamos amor por nuestros hermanos. No alberguemos ningún mal pensamiento o resentimiento hacia ellos. Ejercemos el amor al Señor, conscientes de Su amor, lo que Él ha hecho y que nosotros, en el espíritu de amor, debemos derramar nuestro corazón ante el Señor. También, tener paciencia, perseverar en la oración. Orar por el Espíritu de Dios continuamente, sin rendirse.

Reconociendo que Dios escuchará como David dijo: “Pacientemente esperé a Jehová”. Vemos lo que también dice en el Salmo 40:1: “Y se inclinó a mí, y oyó mi clamor”. Sé paciente en las oraciones y anímate, porque el Señor Jesús es nuestro abogado en el cielo (1ª de Juan 2:1). Podemos tener acceso a Dios el Padre por el Espíritu y por medio del Hijo. Y Dios dará mucho más de lo que necesitamos, o incluso de aquello por lo que oramos. Gracias.

## *Lección 14*

---

# **BENDICIONES DE LA ORACIÓN**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 14**

Bienvenido a la lección número 14, esta es la última lección de las series sobre la belleza de la oración.

En esta última lección consideraremos las bendiciones de la oración, porque ligadas a la oración hay grandes y ricas bendiciones. Es conmovedor, maravilloso y emocionante. En las Escrituras, ¿Quiénes fueron bendecidos? Los hombres de oración. Observamos como oraban y como fueron bendecidos en sus vidas cotidianas, fueron guardados por Dios y prosperaron. Piensa en Abraham, pero también en Abimelec. Al igual que Abraham, era rico, pero ¿quién fue bendecido? Fue Abraham. Labán tenía muchas posesiones como Jacob, pero Jacob fue bendecido. Saúl era rey al igual que David, pero David fue bendecido.

Los bendecidos eran hombres de oración: Abraham, Jacob, David. Pensamos en Daniel, Ezequías, Cornelio y Pablo. Todos fueron bendecidos porque eran hombres familiarizados con la oración personal. Entonces, hay ricas promesas relacionadas con la oración. El Señor escucha a los necesitados cuando claman a Él. ¿Cuántas veces David no clamó debido a una gran necesidad y cuántas veces estuvo Moisés parado repetidamente por imposibilidades—de pie ante al Mar Rojo, parado ante la murmuración del pueblo, estando en situaciones donde no había comida, ni agua, enfrentándose a enemigos que atacaban al pueblo—y el Señor repetidamente lo liberó?

El apóstol Pablo, con todas sus preocupaciones diarias por las congregaciones, estando continuamente en peligro, sufriendo robos, naufragios, palizas, hambre, sed, encarcelamientos y sin embargo, en cada ocasión el Señor lo libró y lo condujo a través de las dificultades. Pablo no se quejó de las dificultades porque confiaba en que Dios lo guiaría, que Dios lo bendeciría, porque Dios escucha la oración. La escritura está llena de eso. Piensa en el Salmo 34, versículo 6: “Este pobre clamó, y le oyó Jehová y lo libró de todas sus angustias”. ¿No es esto lo que se puede destacar de la vida de cada hijo de Dios? Es por eso que el Señor a veces puede llevarlos deliberadamente a ciertas luchas y dificultades para que se desesperen en sus propias fuerzas y huyan a Dios y Él los libra.

Entonces, el Señor también los alienta de antemano. Juan 15:7: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. Dios escucha la oración, porque le dice al profeta, Isaías 65:24: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído”. Puedes estar convencido de que, a través de la oración personal e íntegra, el Señor te escuchará. En oración, puedes decir: “Ciertamente, Señor Jesús, por tu mansedumbre te seguiremos, escuchando que no desprecias al pobre pecador, que no despreciaste al ladrón penitente en la cruz y tampoco rechazaste a la mujer pecadora que suplicaba, o al clamor de la mujer cananea, o a la mujer atrapada en adulterio; y tú no has rechazado al publicano que oró, ni al

discípulo que te negó, ni al perseguidor de los discípulos. En el aroma de este ungüento de olor dulce, te seguiremos y confiaremos en que no nos despreciarás cuando estemos ante Ti rogando por Tu gracia”.

Dios escucha la oración, pero es a través de la oración que Dios te acerca a Él. El apóstol le dice a Timoteo en alguna parte: “Ejercítate para la piedad”. ¿Cómo pudo Timoteo hacer eso? Por medio de la oración. A través de la oración continua, te acercas a Dios. Allí, en oración, experimentarás la bondad, la gracia y la misericordia del Señor. Lo mejor en la tierra es vivir cerca del Señor. Entonces, te paras en Su fuerza. De esta manera, viviendo cerca del Señor, el trabajo ministerial se avivará. Tu vida personal será ricamente bendecida. La gente nota cuando has estado en la presencia de Dios. Resplandecerá en tu vida, en tus acciones, en tu comportamiento. Es de esta manera que recibes fuerza espiritual y resistencia para cumplir la tarea que Dios te ha impuesto.

Al orar, saboreas la bondad de Dios. Incluso a veces es un anticipo del cielo, la dulzura relacionada con la oración personal es una dulzura que no puedes probar en ningún otro lugar. El cielo puede estar tan cerca de ti durante la oración que uno experimenta una verdadera paz interior con el Señor, donde el Señor hará aumentar el amor a Sí mismo en tu corazón. Habrá una unción sobre tu vida espiritual. El Señor te permitirá continuar, brindándote gracia y coraje. Además, en los días difíciles, descubrirás que, como tus días será tu fuerza (Deuteronomio 33:25). En la oración saboreas la bondad de Dios.

La oración también revela tus defectos. Es a través de la oración que te das cuenta de tus deficiencias. Ya lo mencionamos anteriormente en una lección anterior, pero ahora debemos resaltar esto. Porque si los pecados continúan en tu vida sin control, dañarán tu trabajo. Los llamados pecados pequeños pueden ser muy perjudiciales para tu trabajo. Puedes ser frío, indiferente a las necesidades de las personas. Puedes tratar con dureza a las personas, incluso si no quieres ser así. Estos pequeños zorros, estropean la viña. Resultarán ser muy perjudiciales para tu trabajo.

Es muy bueno tomar conciencia de tus debilidades personales y de tus pecados y el Señor te muestra esto por medio de la oración porque a través de la oración, el Espíritu de Dios te guía y señala tus defectos. En la oración está la oportunidad de confesar estos pecados y pedir gracia para combatirlos. Ahora bien, la bendición de la oración es que da seguridad a los hijos de Dios. Les proporciona seguridad porque invocan al Dios Todopoderoso que escucha el clamor de Su pueblo, y su clamor les asegura Su poder y bondad para su bienestar y seguridad. Necesitas a Dios para seguir adelante. Necesitas que el Señor se muestre con fuerza en tu vida. Huyes a Su nombre como una torre de resguardo, y confías en Sus brazos eternos. Necesitas Su fuerza, Su seguridad, Su protección. ¿Si Dios es por ti, quién contra ti? (Romanos 8:31).

Entonces Él te dará fuerzas para hacer cosas que nunca pensaste que podías hacer y nunca pudiste hacerlas, pero Dios las hace a través de ti. Él te da las palabras. Él te da resistencia. Él te da seguridad. Entonces, el mundo se debilita en comparación con la fuerza y la gracia del Dios Todopoderoso. El mundo puede presumir de muchos placeres y atracciones, pero un cristiano recibe fuerzas para resistirlas todas. Dios te da el privilegio de ser adoptado como un hijo Suyo, que ya está lleno de un anticipo del peso eterno de gloria, plenitud de alegría y placeres para siempre. ¿Cómo puede un mundo con todos sus atractivos compararse con los placeres de la mano derecha de Dios? Cuando el Señor esté cerca de ti, no desearás el mundo. Mirarás con desdén al mundo, sintiendo lástima por esas personas porque has encontrado la perla de gran valor. Estás a salvo de las tentaciones y los atractivos del mundo porque la oración te da seguridad.

La oración también socava la obra de Satanás. El diablo es un gran adversario. Una oración ardiente arruinará la obra de Satanás. Los poderes del infierno han sentido la fuerza de la oración. Por eso Cristo ordenó a Sus discípulos que oraran para que no entraran en tentación. Bajo los asaltos del diablo, debemos mirar a Cristo. Mediante la oración, debemos confesar nuestros pecados. Mediante la oración, podemos recibir la gracia de Dios para resistir al diablo. Si has caído en pecado, confésalo lo antes posible, porque entonces la boca acusadora de Satanás se detiene y somos limpiados de toda injusticia y se restaura la paz con Dios. A través de la oración, el Señor renueva la gracia y la fuerza para resistir las tentaciones del diablo. El Señor nos asegura que Su gracia es suficiente y que Su poder se perfecciona en nuestra debilidad (2ª de Corintios 12:9).

La oración nos lleva al Dios de la paz que prometió aplastar en breve a Satanás bajo nuestros pies (Romanos 16:20). En la oración, recibimos sabiduría para entender el engaño del diablo. A través de la oración, se aumentará la sabiduría. Nuestro amor por el Señor será nutrido y nuestros corazones estarán íntimamente unidos al Señor. Así seremos guardados de la tentación, y la fuerza seductora de Satanás será socavada.

La oración también debilita la carne porque todavía tenemos nuestra carne, nuestros deseos pecaminosos y la lujuria de la carne. Estas lujurias, hacen guerra contra nuestras almas. ¿Qué hace David para obtener la victoria sobre sus lujurias? Él ora en contra de ellas. Límpiame de las faltas secretas y preserva también a tu siervo de las soberbias. La oración matará la corrupción. La oración dará lugar a la santificación, a la santidad y a la dedicación a Dios. A través de la oración secreta, se revive la gracia y se logra mortificar la carne.

Consideremos también varios consejos para perseverar en la oración y recibir sus bendiciones. Ciertas advertencias, ciertas pautas sobre cómo orar. Ora con audacia. Para obtener bendición sobre nuestras oraciones, se valiente en tu oración, porque Dios es capaz y está más que dispuesto a concederte tus peticiones, pues le añaden a Su honor. Por eso, ora con audacia. Ten en cuenta que estás invocando el poder más grande que existe y Él ha prometido a través de Su Hijo que será un Dios y Padre muy amable contigo.

Leemos en las Escrituras muchos ejemplos de personas orando. Piensa en Sansón orando mientras estaba parado entre los dos pilares. Le suplicó a Dios: “Señor Jehová, acuérdate ahora de mí, y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios” (Jueces 16:28), para que cumpliera con su llamado como juez sobre Israel. Piensa en muchos otros ejemplos en las Escrituras de personas orando. Nehemías orando para que Dios le permitiera proteger a Jerusalén y a Su pueblo de los ataques de Sanbalat y Tobías y para que él mismo fuera fiel en liderar al pueblo. Piensa incluso en la oración del siervo de Abraham mientras realizaba esa extraña encomienda para encontrar una esposa en Padan-aram para Isaac. ¿Cómo pudo hacerlo? Oró y oró con audacia. Oró con valentía. Daniel, Jacob, ya vimos esos ejemplos y cómo Moisés suplicó por la cercanía de Dios con humildad.

Además, ora con fe. Cree que tus oraciones hacen la diferencia. “Pedid, y se os dará” (Mateo 7:7). Él está dispuesto a concederte tu petición en Su honor. El Señor Jesús dijo en Mateo 9:29: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”. Orar sin fe es como cortar con un cuchillo sin filo. No funciona. Por eso, Marcos 11:24, dice: “Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”. Ora con fe.

Además, ora siempre. Nuevamente, debemos enfatizar la necesidad de no descuidar la oración, sino de estar siempre comprometidos con la oración. Hay varias razones por las cuales siempre debemos orar. Dios siempre está listo para escuchar. Él mira hacia abajo, hacia la tierra. Está escuchando a quienes lo buscan diligentemente. Él puede dar mucho más de lo que imaginamos o esperamos. Juan 4:23: “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren”. Isaías 59:1: “He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír”. Siempre debemos estar orando porque Cristo siempre está intercediendo. Él ayuda a los creyentes elevando sus oraciones a Dios en el cielo. Hebreos 7:25: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”.

También deberíamos estar orando porque el Espíritu Santo está listo para ayudarnos en nuestra debilidad. Él nos da gracia y habilidad para orar. Por lo tanto, ora siempre porque el Espíritu siempre está listo para instruirnos y animarnos. Él está dispuesto a liberarnos de nuestra muerte. Él ensancha nuestros corazones al presentar nuestros deseos ante el Dios de toda gracia. Nos fortalece para luchar por una bendición. Él intercede por nosotros con gemidos indecibles, Romanos 8.

Deberíamos estar orando siempre porque el diablo siempre está listo para atacarnos. Es comparado con un león. Y cuando un león se retira, siempre se retira yendo hacia atrás. Él mantiene su ojo enfocado en ti. Así es como se retira. Siempre está listo para hacer otro ataque. Ya sabes, así es como siempre trabaja el diablo. Debes estar atento a los ataques del diablo, “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). Según todas estas designaciones, el apóstol Pablo se está refiriendo a los poderes satánicos, el diablo y sus demonios siempre listos para atacar y, por lo tanto, hay que estar siempre en oración.

Siempre debemos estar en oración porque nuestras inclinaciones naturales hacia el pecado se levantan fácilmente y están en nuestra contra. Cuando descuidamos la oración, se levanta la fea cabeza de la corrupción interior y recupera fuerza. David debería haber estado orando en lugar de caminar sobre la azotea de su casa y mirar a esa mujer. Si él hubiera estado orando siempre, él y su familia se habrían salvado de tanta miseria, pero él no oró. Él miró.

Cuando Israel luchó contra Amalec. Mientras Moisés levantaba sus manos al cielo, Israel obtenía la victoria. Pero cuando las manos de Moisés caían, Amalec obtenía la victoria. Esta es una ilustración de la necesidad de

la oración continua y por qué la oración es indispensable. Realmente no podemos expresarlo completamente en palabras, pero reconocemos ese hecho, incluso cuando nos resulta difícil explicarlo. ¿Realmente creemos que la iglesia existiría como lo hace ahora sin la oración de Cristo el Sumo Sacerdote? Él ora continuamente. Que ese sea nuestro ejemplo.

Además, combina tu oración con la meditación. Al orar, entrénate para reflexionar en los milagros de la salvación de Dios. Medita en la maldición que descansa en nosotros debido a nuestro pecado, que estamos contaminados, que nuestras almas se ven afectadas por el pecado, que nuestras voluntades están arruinadas por el pecado; y considera el amor de Dios contra nuestra corrupción, el amor del Padre; que el Padre te ha amado desde toda la eternidad, que ha puesto Sus ojos sobre todos Sus hijos y que Dios ama también Su justicia y que desea que Su justicia se cumpla y que no puede tratar contigo a menos que exista un pago por tu maldad. Entonces, Dios estuvo dispuesto a dar a Su Hijo para que muriera en tu lugar.

Qué gran amor del Dios Padre, y qué amor el de Dios el Hijo que estuvo dispuesto a venir. Él era el Dios rico. Sin embargo, se humilló tan profundamente. Tenía derecho a todo y, sin embargo, eligió tanta humillación. Durante Su vida en la tierra, no tenía nada que pudiera llamar suyo, ni cuna, ni lugar donde recostar la cabeza. Ni siquiera tenía Su propia tumba. Incluso, lo último que tenía, Su ropa, le fue quitada. Tal amor para que seas salvo y reconciliado con Dios.

Piensa en el amor de Dios, el Espíritu Santo, que formó el cuerpo de Cristo en el vientre de María, que ungió al Señor Jesús y lo equipó para realizar Su obra y que aplica la obra de Cristo al corazón del pecador. Él atrae a ese pecador a Cristo y lo guía continuamente. ¡Oh, medita en ese gran amor del Dios Trino! No pienses en Ellos apresuradamente, sino profundamente. Medita en Ellos. Entonces experimentarás cómo el amor de Dios comenzará a arder en tu corazón. Porque en lugar de que la tierra abra su boca para devorarnos, como les sucedió a Coré, Datán y Abiram, que es lo que también merecemos; en cambio, el cielo se abre por el gran amor de Dios. Él da vida en lugar del infierno. Él da amor y cielo. Él da gracia sobre gracia.

El Hijo se ha convertido en tu Hermano. El Espíritu Santo se ha convertido en tu Consolador. Dios se ha convertido en tu Padre. Oh, sé eclipsado por el amor de la santísima Trinidad. Esta es la paz de la fe. Esto formó la fuerza de los mártires. Esta era la alegría del viejo Simeón. Este es el honor de Dios. Es tan bueno que medites en tus oraciones sobre Quién es Dios.

A través de la oración, también recibimos la gracia de Dios porque: “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Juan 16:23). Dios se complace en responder las oraciones. Nuevamente, enfatizamos esto. Elías, oró para que la lluvia se detuviera y se detuvo durante tres años y medio. Luego, oró nuevamente y comenzó a llover. A través de la oración, el sol se detuvo en los días de Josué. En los días de Ezequías, la sombra del reloj de sol retrocedió 10 grados, a causa del poder Todopoderoso de Dios. A través de la oración, truenos y relámpagos descendieron del cielo para confundir a los enemigos. A través de la oración, Dios dio lluvia cuando era necesario. A través de sus oraciones, el mar Rojo se dividió. A través de las oraciones, el Señor dio fecundidad y bendición a la tierra.

Algunos dicen que si Esteban no hubiera orado que Dios perdonara su pecado, Saulo de Tarso nunca se habría convertido. A través de la oración, fueron abiertas las puertas de la celda. En los días del rey Asa, un millón de soldados fueron vencidos por medio de la oración. Piensa en el privilegio que la reina Ester tuvo para presentarse ante el rey. Pero, tenemos un privilegio mucho más abundante de venir delante del Rey de reyes, que tiene todo el poder y la fuerza sobre la tierra. Por lo tanto, los hijos de Dios pueden salir de poder en poder (Salmo 84:7).

Uno de los ministros británicos pidosos escribió una vez: “El verdadero cristiano marcha eficazmente en busca de su victoria. Mantiene a su enemigo en la mira. Es cauteloso. Está atento. Despacha mensajeros, sus oraciones, sus suspiros, sus lágrimas, para traer suministros frescos de arriba. Sus oraciones hablan. Sus suspiros lloran. Sus lágrimas tienen lengua y todas suben con el mismo mensaje”. Esta es una cita del puritano británico, Richard Alleine, del siglo XVII.

Como puedes ver, es un milagro inestimable que Dios nos haya dado esta oportunidad para que oremos y que nos ha dado Su Palabra. Depende de Su Palabra y estúdiala. Combina eso con la oración, pues cómo necesitamos que el Espíritu de Dios sople a través de nosotros, durante toda nuestra vida, especialmente los pastores. Entonces serás fiel. Entonces estarás equipado.

Piensa en el ejemplo de un arpa. La persona que toca el arpa viene y se sienta al lado de un arpa. Él o ella comienza a tocar, a tocar las cuerdas, y todo el instrumento cobra vida. Ahora, tu eres el arpa. El Espíritu de Dios se acerca y dispara tu alma. Toca las emociones. Él saca la melodía del corazón y la música comienza a ascender. Es la música del alma y el amor del alma por Dios. Entonces, oremos para que, se derrame “el espíritu de gracia y de oración sobre nuestro pueblo” (Zacarías 12:10).

Cuando oramos, no nos conformemos con algunas formas externas o palabras simples, sino luchemos, esforcémonos y oremos por la gracia de Dios y por la ayuda del Espíritu Santo. Él los enseñará. Él los guiará a través de sus vidas como pastores y como cristianos. Los llevará a ese lugar donde un día no habrá más oraciones, sino que solo habrá adoración. Entonces, Dios recibirá toda la gloria, alabanza, acción de gracias, honor y adoración por toda la eternidad. Allí recibiremos la conciencia más plena acerca de la belleza de la oración. El Señor los bendiga a todos y los haga fructíferos en al servirlo. Gracias por mirar y escuchar estas sencillas lecciones sobre la belleza de la oración.